



ALTURA- 1,70 m.

PESO- 63 Kgr.

SEXO- V.

TIPO DE SUELO- Goma

TIPO DE SUELO- Barro Rojo

MICHAEL INNES

TRAS LA NIEBLA Y LA NIEVE

Una rancia familia inglesa se reúne con motivo de las fiestas de Navidad. Arthur Ferryman, narrador y miembro de la misma, nos introduce en el extraño ámbito de Belrive y en el contradictorio comportamiento de sus habitantes. ¿Quién intenta matar a Wilfred Foxcroft? Una cita del Antiguo Marinero de Coleridge: «Y ahora llegaron la niebla y la nieve, / y sobrevino un frío asombroso», aclara el enigma al inspector Appleby del Scotland Yard, tras una investigación dificultada por los miembros de la familia que se acusan entre sí.

La excelente prosa de Michael Innes reúne talento, erudición, humor y suspense. Es ésta una gran novela del género policial.

Lectulandia

Michael Innes

Tras la niebla y la nieve

John Appleby - 6

ePub r1.0

Titivillus 07.06.2018

Título original: *There Came Both Mist And Snow*

Michael Innes, 1940

Traducción: J. Alegre

Portada: Julio Vivas

Retoque de portada: Preigad

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

'MICHAEL INNES IS IN A CLASS BY HIMSELF'
TIMES LITERARY SUPPLEMENT



AN
INSPECTOR
APPLEBY
MYSTERY

THERE CAME BOTH MIST AND SNOW

MICHAEL INNES

En raras ocasiones he hecho mi visita anual a Basil sin reflexionar acerca de la naturaleza irracional de nuestros sentimientos sobre el nacimiento y el linaje. Los abuelos son, supongo, necesarios para un inglés que frecuenta la Alta Sociedad; los bisabuelos son Una ventaja. Pero ahí termina la utilidad práctica de los antepasados. Siempre ha sido posible hacer un *gentleman* en tres generaciones; hoy en día — cuando las familias son menos numerosas y la clase Alta debe renovarse rápidamente — esto se consigue en dos generaciones. Sin embargo, los antepasados remotos continúan siendo apreciados; cuanto más remotos mayor es nuestro orgullo. Y esto es particularmente ilógico. Compartimos la descendencia de nuestros abuelos con unas pocas personas únicamente. Tero la descendencia de cualquier antepasado más remoto, digamos de los tiempo del rey Juan, la compartimos virtualmente con todo el mundo en Inglaterra. Hay, de hecho, profundas razones de genética elemental tras la proposición de que todos somos hijos de Adán. Y esto hace absurda la cuestión del linaje. Pero lo que quisiera señalar aquí es que todo esto constituye un agradable absurdo que siempre siento cuando voy por unos días a Belrive Priory.

Me llamo Arthur Ferryman. Deténgase un momento y —si su imaginación visual es normal— verá a un tipo vagamente andrajoso empujando un bote de fondo plano a través del río. Sin embargo, habrá sido traicionado por una falsa etimología; mis antepasados ganaron su apellido esgrimiendo una notable mano férrea —*ferreus manus*— en la época medieval. Somos esclavos de las palabras y creo que esta derivación aristocrática, junto al hecho de que en la escuela privada donde fui me llamaron *Punts*, son responsables de buena parte de mi formación. El linaje,

*un título de sucesión, largo y oscuro, extraído de
los enmohecidos pergaminos del Arca de Noé*

puede siempre fascinarme.

Y también puede conseguirlo más racionalmente todo el panorama de la historia. «Oh, hermosa costumbre de aquellos tiempos antiguos». Spenser expresa lo que es una secreta y profunda convicción en mí. A pesar de ser un novelista de moda, creo que el pasado ha sido mucho mejor que el presente. Y Belrive, en donde incómodamente los dos nos movemos en una cama estrecha, excita este sentimiento de anticuario aún más de lo que aviva el sentimiento de alumbramiento.

Lo fascinante del pasado, de acuerdo con los psicólogos, radica en su aire de seguridad. El pasado ha terminado y está completo; nada más puede suceder en él; es, por tanto, un refugio para el difícil hoy y el problemático mañana. Para mí, el priorato es el pasado; simboliza un ambiente en el que, siguiendo con esta idea, uno no

necesita estar continuamente preparado al choque de lo inesperado. Quizá por esto el desastre del priorato —tan repentino e inesperado— me dejó tan abatido.

A un hombre le gusta recibir las noticias de violencia más o menos impasiblemente, y parece como si un impulso a excusarme por adelantado por mi comportamiento me haya inducido a acercarme al tema de una manera muy vaga. Me encarrilaré con mayor seguridad si abandono la ascendencia y el *hortus conclusus* de la historia y empiezo de nuevo hablando del priorato.

Hortus conclusus. El priorato es eso. El parque, la mansión y las ruinas están rodeados por un alto muro; un muro de principios del siglo XIX que representa una última y costosa protesta contra los vecinos intrusos. Cuando el honorable John Byng recorrió el norte de Inglaterra en 1792, las hilanderías de algodón de Cambrell y Wimms estaban en pleno ascendiente en Belrive. Byng apunta el hecho deplorable de que los monjes y los fabricantes de algodón necesitaban agua, y que existe por consiguiente una tendencia por parte de estos últimos a hilar donde los primeros se lavaban, meditaban o pescaban. Apunta también con disgusto —fue un recorrido solitario, y el futuro vizconde cuando estaba solo se inclinaba a *los juicios sombríos*— el abandono de la agricultura en los alrededores y el hecho siniestro de que la nueva población industrial se alimente con el trigo importado de Liverpool. Las hilanderías han crecido desde los días del *Torrington Diaries*, pero todavía los controla la misma familia; la casa Cambrell —descrita por Byng como una estúpida y desproporcionada caja de ciudadanos construida con el mal gusto del nuevo estilo— es ahora una mansión bastante añeja en las afueras de la ciudad. Las hilanderías mismas, que dominan las ruinas del priorato por el sur, son también casi añejas en la actualidad. Es una buena parte del reino de Satán.

Pero la fábrica de cerveza de Cudbird que flanquea el pequeño parque por el oeste es completamente nueva. Los cerveceros también necesitan agua; entiendo que su riqueza y su curiosa elevación social provienen del hecho de que necesitan poca cosa más. No es que los Cudbird sean de alta alcurnia. Son francamente plebeyos. Me pareció imposible encontrar desagradable a Horace Cudbird, personaje que aparece en este relato. Eso mismo, desgraciadamente, le sucedió a Basil.

Belrive, pues, que siglos atrás dominaba un valle solitario que ofrecía una vista distante de los valles del Yorkshire, se yergue hoy —un franco anacronismo— rodeada por una ciudad fabril. Una hilandería de algodón, una fábrica de cerveza y una carretera limitan el triángulo de su territorio. La carretera, en mi opinión, es el peor vecino. Es cierto que la fábrica de cerveza huele. Pero hasta hace poco los olores y la civilización han ido juntos; verdaderamente, así sucede hoy en día en algunos de los lugares más agradables que conozco. Es cierto que las hilanderías de Cambrell han envenenado el pescado, y esto a pesar de las numerosas disposiciones total y, creo yo, concienzudamente observadas. Más aún, con las fábricas ha llegado el motor

de combustión interna, y con la ayuda de éste se puede conseguir sobre la marcha una de las mejores pescas en poco más de media hora. Las hilanderías y la fábrica de cerveza desembocan en la carretera, que tiene tranvías eléctricos anticuados, autobuses, una corriente constante de tráfico industrial pesado, impacientes hombres de negocios dos veces al día en coches, impacientes trabajadores dos veces al día en bicicletas, niños chillones y mujeres de voz aguda desde el amanecer hasta el crepúsculo, además de seguidores del fútbol con zarabandas, beodos, bandas del Ejército de Salvación y taladradoras eléctricas a intervalos frecuentes. He pensado siempre que los tranvías son particularmente desenfrenados; se lanzan por su camino a una velocidad peligrosa mientras los conductores pisan firmemente con sus pies las estridentes campanillas de aviso. Un cobrador me ha dicho que deben ajustarse a sus horarios o perder su trabajo, y que esta persistente y maligna tortura es el único modo de evitar desgracias inminentes a cada momento; la existencia de tranvías no anunciados por este horrible carrillón sería simplemente ignorada por los transeúntes. Esto podría muy bien ser cierto. Ya hay bastantes accidentes tal como está. El pequeño pabellón a la entrada del priorato se utiliza con tanta frecuencia como dispensario que la municipalidad podría pagar una renta fija.

Siento la tentación de dedicar otro largo párrafo al ruido infernal que invade el priorato. Se da, por ejemplo, el hecho curioso de que mientras a los habitantes les molestan enormemente estos ruidos incesantes, a los ciervos del parque al parecer únicamente les perturban ruidos especiales; a los tranvías los ignoran; el Ejército de Salvación les altera; las taladradoras eléctricas les producen un pánico muy penoso para el observador. Pero quizá haya hablado bastante sobre esto. El ruinoso priorato que todavía recuerda la quietud del claustro, la mansión Reina Ana respirando la paz de los Augustos: todo esto rodeado por el clamor de nuestro mundo moderno.

La ubicación ofrece también extraños efectos visuales. Por la noche está el nuevo anuncio del neón de Cudbird. Desde la terraza de la casa se puede ver por encima de la torre en ruinas. Por un segundo hay oscuridad y la silueta de la torre es apenas visible a la luz opaca de un firmamento urbano. Luego aparece milagrosamente en la oscuridad una gran botella; ésta se inclina como una loca constelación en el cielo; un centenar de bombillas eléctricas fluctuantes simulan la bebida saliente; la torre parece una copa recibiendo el diluvio de cerveza. Así Horace Cudbird, un Ganímedes de nuestros días, oficia de copero para sus oscuros dioses.

Después de la cena, los huéspedes no familiarizados con este espectáculo irán a la terraza a contemplarlo durante interminables minutos. El espectáculo posee cierta belleza grotesca. Y abajo, entre las ruinas, el anuncio de Cudbird produce efectos más sutiles. Aquí la monstruosa botella es invisible y uno percibe únicamente una sucesión rítmica de tenues luces reflejadas jugando por encima de los muros ruinosos y entre las sombras. Primero aparece un manto de luz verde que envuelve la maciza obra de mampostería como un aura; la botella se ha encendido. A continuación, dardos de color rosado pasan a través de las ruinas como dedos sobre un teclado; la

ciudad es informada en letras gigantescas de que las cervezas de Cudbird son las mejores. De repente el mundo se tambalea, rueda, describe círculos; en una serie de sacudidas la botella gira sobre su eje. Y luego una pesada corriente ambarina cae como una lenta cortina; por un momento el priorato flota en un ondeante mar de cerveza; luego, durante unos segundos, y antes de que la botella se encienda de nuevo, reina la oscuridad. Es en estos segundos de inactividad, mientras Cudbird descansa entre las libaciones, cuando el efecto es más extraño. Pues en la oscuridad y por un engaño de la retina estos fenómenos se repiten rápida y confusamente; la mente se distrae momentáneamente entre el parpadeo que ella misma ha creado y lo que sabe que permanece inmóvil frente a ella. Se produce un efecto misterioso. Los servidores del priorato gustaban de llevar a sus novias a «ver las ruinas»; desde que apareció el anuncio es en la otra dirección en la que uno no debe pasear por la noche si quiere evitar encuentros embarazosos.

Este frasco de fuego por la noche, el palio de humo de la ciudad durante el día, el bullicio que amaina únicamente en las primeras horas de la mañana: éstos constituyen el ambiente, la envoltura, el marco de la hermosa casa de mi primo Basil. Los Roper están dotados de talento artístico —admito que de ellos recibí el talento que poseo— y durante generaciones han dado a Belrive un estilo que es conservador pero nunca inerte. Como resultado el lugar tiene ese aire de señorío que uno asocia con alguna de las grandes casas de Inglaterra. Los jardines son regulares sin ser incómodamente exóticos; no precisan, como otros jardines sobrecargados, más que de un firmamento septentrional. El parque posee un artificio escondido, un margen iluminado por cien manchas de verdor alrededor de las piedras, cálidas, aunque tristemente tiznadas, de las ruinas. La casa, en su aspecto exterior, es a la vez vieja e imaculada; habla de esas dos cosas excelentes, continuidad y una sólida cuenta bancaria. Eh el interior, uno se mueve entre la mezcla de gustos contrastantes de una sucesión de dueños ilustrados; se observa ese efecto de un ligero conflicto de personalidades dentro de la tradición aceptada que da vida a una casa. En breve, encuentro que Belrive es un lugar sumamente satisfactorio. Y volviendo la atención al día en que se abre esta crónica, me encontré, meditabundo, contra el fondo que he esbozado, a la figura ligeramente problemática de su dueño.

Basil Roper, el séptimo baronet, era por este tiempo un hombre entre la quinta y la sexta década, soltero, famoso y que empieza a comprender que la mayor parte de su carrera ya ha transcurrido. Explorador y montañero, sabía que nunca más volvería a estar tan alto sobre el mar como había estado. A los cincuenta uno puede escalar hasta los veinte mil pies, quizá hasta los veinticinco mil. Después el trabajo de uno está junto al telescopio y con las provisiones. Las últimas cimas y pináculos de la tierra cederán únicamente al mecanismo sin fallos del corazón de un hombre joven.

Basil, como muchos escaladores, no solo tenía la pasión de la altitud; lo mismo

podía ir al Central Gully en Lliwedd, a un día de camino desde Londres, como podía ir a escalar alguna roca monstruosa en el Himalaya. Con todo el corazón, que como una pieza de mecanismo tiene sus trabas, tiene, como un principio de vida, sus metas. Una de las metas de Basil había sido llegar muy alto; la posibilidad se había escabullido, y con ella cierta tensión de la que quizá no sea fácil prescindir.

Un hombre que ha servido a una idea hace sólo una incómoda retirada hacia los asuntos prácticos. Pero desde su juventud, Basil había sido un científico y se interesaba ahora por una serie de asuntos, esos asuntos inmateriales de la mente en los que un hombre puede hurgar para su contento, sin molestar a nadie y sin agitación ni agobio. Se podía librar a especulaciones geológicas como un hombre que entra en la soledad de una tienda de campaña en el Ártico. Explorar con un martillo entre las rocas le proporcionaba la misma satisfacción, creo yo, que la vista del hielo inviolado y la nieve no hollada. Por tales austeridades yo sentía poca afición; prefiero la tierra poblada, el campo lleno de gente. Sin embargo, me gusta comprender al tipo ascético, y entrando por la avenida de Basil renové mi resolución anual: estudiar a mi primo una vez más con la asiduidad de un profesional. Esto quizá tiene su atracción prohibida. Pero el escritor imaginativo está lejos de vivir del aire. Tiene que ocuparse de sus semejantes con el mismo espíritu con el que Basil se dedicaba a los esquistos arqueanos y a las rocas eruptivas.

Mi taxi dobló una curva y el pequeño parque apareció ante mi vista. Se me ocurrió que debía ser una propiedad muy valiosa. Justo el día anterior, un amigo me había mostrado un hermoso vaso de oro hallado poco tiempo antes, de un tesoro vikingo, un objeto de muy considerable valor intrínseco, mucho más valioso aun como pieza de museo. Belrive era algo así. Su situación en el distrito industrial de una ciudad que de ningún modo sufre de estancamiento o depresión debe hacer que cada palmo valga una suma considerable de dinero; al mismo tiempo poseía un gran valor en otra moneda indefinida, la sentimental o la del anticuario. Recordé que el cuidado del priorato por parte de Basil había sido siempre escrupuloso; pero, ¿hasta qué punto —me pregunté— sentía la responsabilidad de tal herencia? Se me ocurrió como una revelación que a mi primo no le importaba nada el pasado. Habría sido el hombre indicado para escribir esa clase de bosquejo de la historia que incluye muchas ilustraciones de mamuts y de pterodáctilos y que relega al hombre a un apéndice. Quizá esta salida es un poco injusta. Comprendí que no había nada vulgar en el sentido histórico de Basil. Era simplemente que las instituciones humanas con las que tenemos alguna relación no le interesaban. A ciertas culturas remotas y multitudinarias —sumerios, babilonios y demás— les prestaba, creo, una especie de atención de naturalista. Pero en el punto en que empieza la historia actual —la aparición de los griegos dóricos—, su interés desaparecería. Y la cronología que realmente retenía su imaginación y atraía a su intelecto era de la clase que cuenta los años por millones. ¿Qué valor, me pregunté, concedía a una ruina del siglo XII, o al terreno que sus antepasados habían poseído desde que lo robaron hace cerca de

trescientos años? La era Tudor le debe parecer a Basil justamente ayer. Miré desde mi taxi y vi el esqueleto del rótulo de Cudbird hundiéndose detrás de la torre del priorato. Para Basil éstas deben aparecer como construcciones virtualmente contemporáneas. Y por primera vez se me ocurrió especular sobre la posición legal en lo referente a Belrive. ¿Estaba su dueño autorizado a hacer lo que quisiera con él? ¿O estaban por lo menos las ruinas en cierto modo protegidas del posible capricho?

Estas reflexiones fueron interrumpidas por un chillido de los frenos y me sorprendí al ver a Wilfred Foxcroft saltando apresuradamente a un lado del camino. Wilfred es primo mío. La mayoría de quienes aparecen en este relato lo son.

Me sorprendió ver a Wilfred: recibí otro susto cuando se volvió hacia mí y agitó lo que evidentemente era un revólver. El taxi se detuvo, y a pesar de que hizo esto simplemente porque yo había golpeado el cristal con los dedos, casi pude haberme creído envuelto en algún incidente de bandidismo. Wilfred abrió la puerta, subió, y tiró su arma descuidadamente sobre el asiento.

—Espero —pregunté— que no esté cargado.

Mi primo rió, y al mismo tiempo se sentó tan pesadamente que me sentí lanzado hacia el techo del taxi.

—Mi querido Arthur —dijo—, ¿conoces el principio de la gota de Verona?

—Decididamente no.

—La gota de Verona es una frágil burbuja de cristal que, bajo ciertas condiciones, resistirá un golpe seco con un martillo. Lo que se denomina tope de seguridad en un rifle o revólver se incluye en el mismo principio. Un choque o sacudida —y Wilfred tiró el revólver al suelo— simplemente aumenta la seguridad con la que todo el mecanismo se cierra.

Algo tranquilizado, pensé que Wilfred Foxcroft no había cambiado. O sus pequeñas costumbres no habían cambiado. Recordé el golpe que la misma caída sobre un duro banco de la escuela podía causar sobre la espina dorsal. También procedía de su época escolar la irritante marrullería de acompañar cada acto de comunicación con algún fragmento de erudición inútil; tenía los hábitos mentales de una ardilla industriosa pero sin imaginación y su cabeza era un camaranchón lleno de gotas de Verona y desechos similares. He pensado algunas veces que su pelea con Basil —esa larga y enconada pelea que hizo que me sorprendiera tanto de verle en Belrive— tenía relación con esta chifladura. La conversación de Wilfred era como una máquina automática: se introducía una moneda de conversación intrascendente y salía un bollo duro —siempre virtualmente el mismo bollo duro—. Y Basil era quizá como una calculadora; se pulsaban las teclas y se podía confiar en el análisis de los hechos que tenía lugar. Las dos tendencias iban lo suficientemente juntas como para ser irritantes. Esta irritación, exacerbada por una compañía forzada y por las privaciones, había sido responsable, como yo había creído siempre, del desacuerdo. Pero aquí estaba de nuevo Wilfred de vuelta en el priorato y habría sido decente expresar mi satisfacción por ello. Lo hice tan escuetamente como pude. «Wilfred —dije—, es agradable verte aquí de nuevo».

Wilfred golpeó el mango del revólver con el pie hasta que el cañón satisfizo su sentido del orden al quedar paralelo al asiento del conductor.

—Venir fue una buena sugerencia —dijo—. Un cambio en esta época del año es

excelente. Durante los tres meses de invierno la incidencia del resfriado común es casi un siete por ciento más baja en las provincias que en Londres.

Lo miré con curiosidad. Las estadísticas no me interesaban, pero me llamó la atención el cariz de la frase precedente. *Venir fue una buena sugerencia*. Wilfred era perfectamente capaz de hablar en inglés correcto y esta frase desmañada era una ambigüedad deliberada. ¿Había terminado su pelea por su iniciativa o por la de Basil? Era imposible saberlo.

—Verdaderamente una reunión familiar —prosiguió Wilfred—. Hubert y Geoffrey, Lucy, Cecil, Anne. Me han dicho que hay ahora solamente ocho pintores serios en Inglaterra que se las ingenien para hacer más de cuatrocientas libras al año. Qué suerte tienes de que la gente todavía compre libros.

—Todavía *lea* libros —corregí pegando un mordisco involuntario al bollo cuando salía de la máquina—. Los banqueros, creo, están aún en alza.

Wilfred, banquero y rico, sonrió complacido.

—A Hubert, por supuesto, le va bastante bien. Las comisiones de los retratos siguen llegando. Pero Geoffrey, que no ha seguido la tradición de su padre, no gana un penique. Es duro para Ann, esa pequeña tigresa frustrada. ¿Sabes lo que vale una tela pequeña preparada?

Y Wilfred, aunque sin ningún interés por lo que yo sabía sobre Bellas Artes, prosiguió con una estimación detallada de los gastos de un pintor. El lector no esperará que cuente todo este monólogo y en vez de eso intentaré dar una relación de esos parientes a quienes sabía que iba a encontrar en el priorato.

Se me debe perdonar si no presento ahora un árbol genealógico; es un instinto de escritor el aferrarse a la prosa, y en prosa llana creo que puedo ponerlo todo en claro. La mayor de los Roper, de la generación de Basil, era su hermana Margaret. Había entrado por su matrimonio en la rica familia Foxcroft de banqueros y tenía dos hijos, Wilfred y Cecil. Wilfred se había dedicado al negocio del Banco; Cecil, de vocación escolástica, era ahora el director de una escuela pública. Ambos eran solteros, y ambos tenían unos diez años menos que su tío Basil.

A continuación de Margaret Roper venía Basil y un año más tarde había nacido Hubert, el pintor. El único hijo de Hubert, Geoffrey, también un pintor, tenía ahora alrededor de veinticinco años.

La más joven de la generación de Basil era Lucy, ahora viuda de un cierto Charles Chigwidden, un abogado sin fortuna. Lucy Chigwidden es novelista: quizá se me permita recordar al lector que el término es algo elástico.

Soy el hijo único de la tía de Basil, Mary Roper; mi parentesco con Basil, Hubert y Lucy es por tanto de primos hermanos. Anne Grainger, la hija huérfana y única de mi hermana Jean, tenía ahora veintiún años. El matrimonio de Jean había sido imprudente desde el punto de vista financiero; ella y su marido se ahogaron en un accidente de yate cuando Anne estaba en su infancia; la niña había crecido bajo la tutela legal de Wilfred Foxcroft, se la consideraba ahora como su protegida.

Estos párrafos no pueden tener la pretensión de ser prosa, después de todo. Pero son claros y convienen a la sencillez que debe tener esta narración; nuestro parentesco exacto —aunque es apenas relevante para lo que va a seguir— puede obtenerlo fácilmente cualquiera a quien le interese.

Estábamos ahora cerca de la casa e interrumpí a Wilfred para hacerle una pregunta.

—Hubert, Geoffrey, Lucy, Cecil y Anne. ¿Debo deducir que se trata de una reunión familiar completa?

—Exacto. Una bonita reunión navideña a la antigua. Voy a hablar de escaladas con Basil; Hubert va a empezar un retrato de Cecil; Geoffrey y Anne van a hacer el amor; y Lucy te va a acosar para conocer tus opiniones acerca del monólogo interior y acerca de la capitularización.

—¿Capitularización?

—Su nueva palabra. Por qué uno empieza un nuevo capítulo donde lo hace. —Wilfred cloqueó ante el involuntario suspiro que debió escapárseme—. Ahora recuerdo que hay un forastero. El viejo Mervyn Wale.

—Sir Mervyn Wale —dije sorprendido—. Es sin duda de la clase que nunca se aleja de la ciudad y de sus ricos pacientes. Y no sabía que fuera amigo de la familia.

—No lo es. Pero él y mi hermano Cecil han intimado mucho y Cecil parece que ha persuadido a Basil de que lo llamara. En cuanto a lo de alejarse de sus pacientes, se le ve claramente enfermo y probablemente siente la necesidad de descansar un poco.

—Por lo menos —dije con ligereza— alguien que permanecerá alejado de las pasiones familiares.

No era una afirmación diplomática y lamenté lo que había dicho. Pero Wilfred no se alteró.

—Wale, querido Arthur, no tiene pasiones, de todos modos. Únicamente curiosidad científica genuina. Bajo la sanguijuela de moda se oculta un verdadero investigador del corazón, creo. O si tiene una pasión parece ser por el pobre Cecil, que ciertamente no ha inspirado nunca antes una devoción romántica.

No tenía la menor intención de escuchar a Wilfred detractando a su hermano, un fallo en su educación que yo había observado en él en anteriores ocasiones. Por tanto cambié de tema abruptamente.

—El arma letal: ¿cuál es el significado de eso?

Por un momento Wilfred miró estúpidamente. Luego su mirada se dirigió al revólver.

—Oh, eso —dijo—. De hecho hay varias. La gracia es estar con ellas.

—¿La gracia?

Wilfred se rascó la nariz —una costumbre suya cuando iba a abrir la puerta del cuarto de los trastos.

—¿Sabes —dijo—, que el mayor número de duelos de pistola realizados por un

hombre solo es probablemente de ochenta y nueve, un récord conseguido en 1889 por el conde de Marsan, que estaba entonces, por una extraña coincidencia, entrando en su ochenta y nueveavo año? —Se detuvo—. Mientras que con espadas...

Por suerte, nuestro taxi dio una sacudida al parar. Salté fuera y miré hacia las escaleras que llevaban a la puerta principal. Basil estaba arriba y agitó su mano mientras empezaba a subir. Con repentina e irrazonada consternación vi que tenía también un revólver.

Lucy Chigwidden estaba también armada, pero únicamente con galeradas. Estas pendían a su alrededor mientras presidía la mesa de té de Basil. Periódicamente tenía que separarlas de los pasteles, de crema; se enroscaban en los admirables tobillos de la doncella que traía el agua caliente y había un momento de embarazo típicamente inglés cuando el joven Geoffrey Roper las recuperaba con cierta deliberación un poco exagerada. Lucy no las había llevado nunca antes. Eran el resultado de su interés por la capitularización. Si uno no puede decidir por sí mismo dónde debe terminar el capítulo, no debe esperar que lo haga su editor. Lucy parecía vagamente consciente de que al cambiante dictado de su inspiración, unos hombres sudorosos debían manejar en algún lugar grandes cantidades de metal de imprenta. Sin embargo, la inspiración debe ser obedecida.

—Arthur —dijo, y la espita de su tetera se bamboleó de una manera alarmante, como su propia mente ondulante—. *Un simple disparo de pistola resonó en el vestíbulo sobrecogido*. ¿No dirías que ésa es una salida demasiado dramática?

Experimenté el sentimiento incómodo que siempre invade a un escritor cuando lo real y lo imaginativo parecen *mezclarse*. *Las pistolas eran una institución establecida* en las novelas de Lucy; ahora parecían salir incómodamente de sus páginas para ir a parar a las manos de sus parientes. En un rincón de la sala Cecil Foxcroft estaba jugando nerviosamente con otro revólver.

—Realmente —dije—, es difícil decirlo; depende tanto del tono de tu escritura. —Hice cuanto pude para parecer que lo ponderaba inteligentemente—. Pero me parece muy bien, muy efectivo, ciertamente. *Un simple disparo de pistola resonó en el vestíbulo sobrecogido*. ¿Qué podía ser más dramático? Hay un efecto muy similar en *Vanity Fair*.

Lucy pareció complacida, Me atreví a coger otro pastel de crema.

—¿Un disparo de pistola? —Geoffrey, el joven pintor que estaba sentado ahora junto a Anne Grainger en el hueco de una ventana, habló a través de la sala—. ¿Cuál es la diferencia, tía Lucy, entre un simple disparo de pistola y un disparo de pistola?

Lucy, aunque esperaba una crítica literaria, no la esperaba en este punto. En su cabeza sólo estaba la capitularización, y este ataque de refilón la confundió.

—¿Por qué —mi sobrina Anne siguió al instante la sugerencia de Geoffrey— estaba el vestíbulo sobrecogido? ¿El disparo resonó realmente en el vestíbulo

sobrecogido, o resonó en el vestíbulo y lo sobrecogió?

El padre de Geoffrey, Hubert Roper, que había estado mirando pensativamente el gran fuego, se volvió hacia su hermana.

—¿Dijiste resonó, Lucy? Si sucediera en descampado, podrías obtener este claro y penetrante efecto acústico. Pero en un vestíbulo no estoy tan seguro. ¿Lo has probado?

—Después del té —dijo Anne—, podemos subir a la galería y hacer un disparo. Apuesto seis peniques a que la palabra adecuada es reverberó.

Basil, que estaba mostrando a Sir Mervyn Wale un gran mapa en un extremo de la sala, se volvió rápidamente al oír esto. Creí que iba a participar en el acoso de su hermana Lucy; sin embargo, algo distinto bullía en su mente.

—Ciertamente no, Anne. Para que esta nueva diversión no sea arriesgada no debe haber disparos más que en el campo de tiro. Sería mejor que implantáramos la norma de que toda la munición debe guardarse bajo llave.

Hubo un murmullo de aprobación, en el que mi participación no fue ciertamente de las menos convincentes. La moda de los disparos de revólver que se me había presentado de una manera tan inesperada me pareció infantil y extrañamente fuera de lugar en Belrive. Me di cuenta de que incluso Cecil Foxcroft, que remedaba la afición de un maestro de escuela por los artificios mecánicos, sostenía el arma y la examinaba con bastante detención. ¿Por qué Basil —si es que era Basil— había empezado esa locura?

Lucy había dejado caer más galeradas y había metido su pluma estilográfica en un pote de crema.

—Esto muestra —dijo— lo cuidadoso que uno debe ser con los adjetivos. Quiero decir, que no deben emplearse a menos que sea absolutamente necesario.

Me miró con desaprobación, como si yo la hubiese humillado al no ser el primero en corregir su estilo.

—¿Y crees que hubiera sido mejor decir que el disparo retumbó?

—También innecesario —dijo Geoffrey— a menos que llevara un silenciador extraordinariamente efectivo.

Lucy reflexionó, retiró su pluma y empezó a escribir con lo que debía ser un curioso medio de crema y tinta.

—*Hubo* —leyó en voz alta y entristecida— *un pistoletazo en el vestíbulo*. Me temo que no puedo terminar el capítulo así.

Siguió un momento de silencio, un silencio en el que el abatimiento se extendió súbitamente por la sala. El haber fastidiado a Lucy hizo percatarse a todos de que la reunión era un asunto familiar.

Fue el forastero, Sir Mervyn Wale, quien intentó salvar esta incómoda pausa. Macilento, viejo, con un ojo retirado hacia algún laberinto interior cuya clave debía buscar afanosamente, se dirigió a nosotros con suavidad profesional desde alguna superficie más externa de su mente.

—Estoy seguro —dijo— de que la pistola de mistress Chigwidden, cualquiera que sea el sonido que se decida hacer, nos proporcionará algún día una emoción tan agradable como cualquiera de las armas que van a dispararse ahora en el campo de tiro de Sir Basil.

El cumplido —pulcro, aunque quizá ligeramente retorcido— cayó sobre un auditorio que se agotaba incómodamente en sus asientos. Sospeché que la Navidad en Belrive no iba a ser un éxito.

Eran las cinco y el crepúsculo se iba convirtiendo en oscuridad. En un rincón de la sala un vetusto reloj holandés dio la hora; el repique se cortó en la quinta campanada por el chillido rápidamente ascendente y luego sostenido de la sirena de Cudbird. Y segundos más tarde la sirena de Cambrell, como si estuviera indignada por haber sido atrapada holgazaneando, soltó una nota todavía más estridente. Otras más lejos se unieron al coro y durante un minuto la ciudad pareció estar rodeada por una manada de monstruos despiadados trompeteando ante el avance de la noche.

—¿Por qué —preguntó Cecil Foxcroft— no darán un sonido más agradable? Me ha parecido siempre que la sirena, tan perentoria y tan desagradable, es la más desnuda expresión de arrogancia que se pueda concebir. ¿Quién se dirigiría a propósito a un semejante con un tono similar a ese brutal clamor? —Y Cecil se quitó las gafas, levantó su mentón y lentamente examinó a la concurrencia. Podía suponerse que solía pronunciarse ante sus alumnos precisamente de esta forma impresionante.

Cecil pasaba ligeramente de los cuarenta; su carrera había sido brillante; su categoría social había sido siempre muy superior a la que le correspondía por edad. Esto no es siempre una desgracia en la vida de un erudito. Un hombre capaz puede llegar a ser, digamos, de un *college* de Oxford a los veintitrés. Pero sospecho que es casi imposible llegar a director de una gran escuela en la treintena y no transformarse en un falso viejo rápidamente. Cecil había sido esta clase de viejo durante diez años largos. Fue una excelente personificación; Cecil nunca se aventuró a hacer algo que no pudiera hacer bien; cuando se tenía a la mano un viejo legítimo para compararlo con él, se podía detectar la ficción únicamente. En esta ocasión Cecil había hablado precisamente para el anciano Mervyn Wale. El efecto fue dejar una leve insinuación de mimetismo flotando en el aire.

—Y más aún —dijo Cecil, y uno podía imaginarle ahora no ante sus alumnos sino ante sus padres—. No me supera nadie en mi admiración por el industrial británico. Tomemos, por ejemplo, a Ralph Cambrell. Su trompeteo puede ser estrepitoso pero su corazón está en su lugar. ¡Qué bien se desenvolvió en el asunto de las viviendas! Me contaron que luchó como un tigre por unos buenos jardines y triunfó.

—Ralph Cambrell controla lo de Balltrop —dijo Geoffrey.

—¿Lo de Balltrop? —Cecil se colocó con desconfianza las gafas sobre la nariz.

—El mayor tratante de semillas —dijo Anne.

De nuevo hubo un silencio incómodo en la sala, silencio realzado por el rumor progresivamente creciente del tráfico en la carretera. Desde las fábricas y oficinas de la ciudad un millar de trabajadores desembocaban en los suburbios para cultivar las

velloritas y pervincas de Balltrop cuando lo permitía el rigor de la estación.

Wale murmuró algo confortante acerca de los legítimos intereses del comercio. Yo hablé al tuntún de la bulla crispante de una ciudad moderna en contraste con el grato murmullo humano que debió imperar en la época medieval. Wilfred me siguió la corriente en esto.

—En el Londres de Shakespeare —dijo, dirigiéndose deliberadamente a través de la alfombra hacia la fuente de los panecillos— había ciento catorce, iglesias, de la mayoría de las cuales se oía intermitentemente el repiqueteo de las campanas durante el día y por la noche. Además, cada tendero empleaba a un chico para pregonar sus mercancías por la calle. —Wilfred se detuvo con su panecillo suspendido en el aire, complacido de la calidad de su frase—. La edad de oro de Arthur fue en realidad una edad de hierro y bronce, insensatamente ocupada en un proceso de percusión perpetua.

Hubert Roper, alto y holgazán, de una generación en la que los artistas todavía se distinguían por algún artificio en el pelo o en el vestido, había extendido su estudio del fuego para incluir a Cecil sentado frente a él.

—La campana de medianoche —dijo—, que con su lengua de hierro y su boca de bronce suena en el oído amodorrado de la noche. —Miró a su alrededor como invitándonos a comparar la retórica de Wilfred con la de Shakespeare. Luego, perdiendo interés se volvió de nuevo a Cecil. Fue el reflejo del fuego en las gafas de su sobrino, creo, lo que sintió que era importante en ese momento, y recordé que tenía algún proyecto de hacer un retrato o esbozo.

—Las campanas de Shakespeare —dijo Lucy Chigwidden—. Debemos hacer un juego de salón con ellas. —Animada por esta feliz idea, abandonó sus galeradas—. ¿Quién puede hacer sonar durante más tiempo las campanas de Shakespeare? Yo empiezo. *Como dulces campanas sonando en discordancia, agrias y destempladas.* —Se inclinó hacia Wilfred Foxcroft.

Wilfred reflexionó.

—Cuando Cecil habla con este tono profesional —dijo— *es como carrillón en reparaciones.* —Hizo una mueca a su hermano.

Era mi turno y me encaré a las ventanas y a la autopista.

*Las campanas, en tiempo de pestilencia, nunca hicieron
Ruido igual, o tuvieron este movimiento perpetuo.*

La voz de Basil llegó calladamente desde la gran mesa donde estaba todavía estudiando su mapa.

—No está en Shakespeare, Arthur.

Un momento de reflexión me reveló que tenía razón; recordé estas líneas en algún otro dramaturgo de la época isabelina. Y aquí había algo característico de Basil. Arropado en su mente, de forma que yo apenas me había dado cuenta de ello antes, existía un conocimiento de erudito del texto de Shakespeare. Siempre podía venir de

Basil algo completamente inesperado.

—El tío Arthur está eliminado porque hizo trampas —dijo Anne. Lo dijo con ligereza; sin embargo, había cierta dureza en su voz que no pude evitar que me hiriera, y que hizo, en el mejor de los casos, que la broma fuera de mal gusto. Lucy se apresuró a continuar con el juego improvisado. La búsqueda de campanas en Shakespeare se movió en círculo y llegó a Wilfred de nuevo. Basil se había unido al resto de nosotros como una especie de árbitro.

Wilfred titubeó; Basil empezó a contar hasta diez lentamente. De repente Wilfred hizo chascar sus dedos.

*No lloréis más por mí cuando esté muerto
Pues oiréis la áspera y sombría campana
Anunciando al mundo que he desaparecido.*

Hubo una pausa; todo el mundo, creo, estaba sorprendido de que Wilfred hubiera sobrevivido a una segunda vuelta. Y el laborioso juego de Lucy tomó un cariz algo sombrío. La mayoría de las campanas de Shakespeare —o la mayoría de las que podíamos recordar— sonaban con motivo de la mortalidad humana. Geoffrey nos habló de las *dulces campanas de Elena*; Cecil citó *una aflicción comparable a la de un enfermo ulceroso que oye pasar la campana*; Anne recordó *una tétrica campana recordada tañendo por un amigo desaparecido*. Y luego, puesto que se trataba de un juego en el que incluso una buena memoria no podía persistir por largo tiempo, únicamente quedaron Lucy y Wale.

Era el turno de Lucy; ella frunció su entrecejo mientras Basil contaba de nuevo.

—Abandono. —Su expresión cambió—. ¡Un momento! Todavía recuerdo otra: *Mi corazón suspirante será tu campana funeraria*. —Miró a Wale con expresión de triunfo—. *Mi corazón suspirante* —repitió con énfasis— *será tu campana funeraria*.

Wale abrió la boca; luego le vi titubear, su cara curiosamente torva.

—Siete —dijo Basil—, ocho...

Miré a Lucy disponiéndose puerilmente al triunfo.

—Nueve.

Wale levantó la cabeza.

—*Esta visión de la muerte* —dijo claramente— *es cómo una campana que llama a mi vejez a un sepulcro*.

Su ojo recorrió la concurrencia y se detuvo un momento en Cecil, que estaba de nuevo jugando con el revólver que le había estado ocupando antes. Con cierta torpeza, dijo Lucy:

—*Romeo y Julieta*, naturalmente. —Apenas había acabado de hablar cuando Wale se volvió bruscamente y abandonó la sala.

Nos miramos con embarazo. Luego Geoffrey Roper se agitó en su asiento.

—*Una campana* —dijo— *que llama a su vejez a un sepulcro*. —Su cara se iluminó—. ¡Por Dios, aquí hay una idea para un cuadro!

Singularmente la cena, tres horas más tarde, encontró a todo el mundo de excelente humor. Digo singularmente, y si he conseguido comunicar algo del difuso malestar de la comida anterior el lector me comprenderá. El juego de Lucy había sido oscuramente penoso. También había sido pedante. Yo siento, naturalmente, la aversión del escritor profesional por todo lo que sepa a competición literaria, pero creo que los demás también sentían que escudriñar en busca de líneas extraviadas de Shakespeare era una diversión cultural desenfrenada. Es significativo que la conversación de Basil durante la cena, aunque agotadoramente erudita, estuvo lejos de producir una impresión similar. Regiones lluviosas, nubosidad media anual, líneas de igual marea, rotaciones ciclónicas, y sistemas de progresivas bajas presiones no son fascinantes por sí mismos. Pero Basil estaba fascinado por ellos y los hacía fascinantes. Mi atención, tan superficial al principio que apenas comprendí que ya no se trataba del vocabulario de geología sino de meteorología, estaba totalmente en suspenso al final. Nada en el mundo es más aburrido que las manías de los demás — una proposición que me temía que el tiroteo en Belrive iba a ilustrar ampliamente—. Pero la meteorología, que debió ser una mera afición para Basil hace algunos años, entraba ahora de lleno en otra categoría. Basil lo tenía más que preparado; pronto se vio que lo estaba propugnando visiblemente. Había formulado recientemente —y otros lo habían probado— una teoría que entendí sólo imperfectamente, pero que parecía ser una contribución de alguna importancia a lo que es una rama de la investigación científica en rápido desarrollo.

Todo esto era impresionante y decía mucho a favor del intelecto de Basil. Pero lo más digno de mención, y lo que más realzaba la fuerte personalidad que había hecho de mi primo un gran líder en el montañismo organizado, era su habilidad para hacer de este remoto saber un instrumento para unirnos y levantar nuestro espíritu. A excepción de Wale ninguno de nosotros tenía inclinaciones científicas; habíamos conseguido provocar horribles encontronazos familiares antes de haber pasado medio día en la casa. Pero ahora escuchábamos, hacíamos preguntas y entendíamos. En un estado de suave embriaguez que no tenía nada que ver con los excelentes vinos de Belrive incluso hacíamos sugerencias que creíamos que podían ser de utilidad. Estábamos bajo el encanto de una novedad aclarada por la exposición magistral y estimulados por la imaginación. Sólo Wale estaba algo retraído. Pero pude ver que escuchaba con atención y que estaba impresionado.

Pero de toda esta charla tan luminosa tengo ahora, curiosamente, sólo una idea muy general. Sólo un aspecto del tema ha quedado grabado en mi mente. Basil tenía mucho que decir acerca de los rastros de las tormentas, y sobre los rastros de las tormentas yo podría todavía, creo, escribir un párrafo preciso y completo. Hay una especie de tormenta tropical, según parece, que es prácticamente imprevisible.

Intentad hallar sus causas y algo parece estar en desacuerdo con la lógica de los cielos; uno observa unas condiciones que deberían llevar a la calma y no a una tormenta. Únicamente recuerdo claramente esto, y lo recuerdo a causa de su ironía implícita. Esta charla de Basil tenía todas las apariencias de traer el buen tiempo a Belrive. Realmente, fue una verdadera cuna de la tempestad por la que íbamos a ser barridos luego.

Era una bonita noche, seca y helada. Después del café me puse el abrigo y salí a la terraza. Cecil estaba en una esquina, contemplando el rótulo de Cudbird. Se volvió cuando yo me acercaba y me impresionó que incluso en la oscuridad dirigiera a ese fantástico espectáculo una mirada inflexible.

—Uno debe guardarse —dijo— de aplicar a estas cosas sus propias medidas del buen gusto. Hay mucha vitalidad en ellas, después de todo. Shelley se habría deleitado con esa botella.

Pensé que si había habido alguien sobre cuyas hipotéticas reacciones era fútil conjeturar, éste era Shelley. Formulé un murmullo evasivo.

—O tomemos las historias de Lucy —prosiguió Cecil—. Sin duda parecen extravagantes y bastante toscas para una discípula de Henry James. —Al mismo tiempo me palmoteo en el hombro, acción que, debo confesar, me produjo un oscuro resentimiento—. Hay en James, el cielo lo sabe, diez veces más de lo que yo podría esperar aprender jamás: sin embargo, he pasado la edad en la que a uno le agrada ser encasillado como discípulo de éste o de aquél. Y aún más, querido Arthur, los romances de Lucy proporcionan una buena dosis de diversión inocente. Además, es una diversión que podría muy bien ser llamada un incentivo intelectual, y esto es digno de aprecio en una época tan temerariamente emocional como la nuestra: —Cecil se quitó las gafas—. Me temo que algunos llevamos, hoy día, una vida lamentablemente mal ordenada.

En este momento comprendí que Cecil estaba tramando algo, y que Shelley, James, Lucy y sus libros habían servido para preparar una proposición general que debía a su vez ser ilustrada por algún ejemplo particular.

—¿Vidas mal ordenadas? —Pregunté. Fuera cual fuese la confidencia, podía haberla pasado por alto.

Cecil me cogió por el brazo; la acción podía ser descrita como su tenaza de inspector escolar.

—Nuestro paseo —dijo— será por las ruinas.

Eran las diez y media cuando regresamos y yo había resuelto ir directo a la cama. Al pasar por la sala encontré a Basil de nuevo inclinado sobre su gran mapa. Hubert estaba holgazaneando con su hermano. Me detuve con la intención de averiguar que rincón de la tierra se estaba revisando. Pero la dedicación de los dos me hizo pasar sin estorbarles. Todo lo que oí fueron fragmentos de lo que parecía ser un nuevo vocabulario aquella noche: el Cuadrante de Ross, el Cuadrante de Victoria, la Barrera.

Las palabras no significaban nada para mi mente despierta. Pero durante el sueño fue distinto. Aquella noche soñé que había mucha nieve, nieve por todas partes hasta perderse en el horizonte. Soñé que Basil estaba rodeado por ella, absorto, solo, su mapa frente a él sobre una mesa de hielo. Soñé que mi sobrina Anne Grainger sostenía un revólver y decía con voz dura: «A tío Arthur le han disparado porque hacía trampas. A tío Arthur le han disparado».

—Tiro al blanco esta mañana.

Wilfred Foxcroft, estudiando los riñones del desayuno, pronunció estas palabras con un énfasis que me sobresaltó. Su hermano Cecil, que estaba concentrado —de forma característica en él— en un huevo hervido, tenía la misma mirada.

—¿No durará hasta la tarde? —preguntó—. Esta es una reunión festiva, sin duda. Pero tengo la idea de que, sin embargo, tienen que tratar de un asunto de familia urgente.

Wilfred meneó la cabeza.

—Un asunto de familia, particularmente si es urgente, es siempre mejor que se aplase. —Sonrió feliz por su agudeza, que me pareció más llena de verdad que gran parte de los juicios más medidos de Cecil—. Basil y yo discutimos una vez asuntos de familia a veintidós mil pies de altura, con resultados deplorables.

Todo el mundo se alarmó. La reunión en Belrive era ciertamente una reunión festiva, pero era también, evidentemente, una ocasión de reconciliación. Una vieja disputa, cuya causa era seguramente oscura para todos con excepción de dos de los presentes, iba a terminar. Basil y Wilfred se habían reunido. Lo último que podía esperarse era que uno de ellos empezara ahora a airear el pasado. Todos estábamos ligeramente escandalizados, por la observación de Wilfred; y al mismo tiempo, naturalmente, esperábamos oír más. Diez años atrás estos dos hombres, tío y sobrino, habían subido a una montaña con una pequeña cuadrilla de porteadores, los dos como uña y carne. Los dos habían bajado peligrosamente por caminos distintos y con un séquito dividido con precipitación. Un mes más tarde se habían encontrado en Darjeeling y se habían estrechado las manos, en silencio, en presencia de amigos. Cuando la ruptura se produjo no eran simplemente individuos, sino escaladores pertenecientes a un club famoso; se plegaban a una formalidad; no se volvieron a reunir. Esto es todo lo que se decía. Y ahora, aquí estaba Wilfred aparentemente dispuesto a hablar de ello.

Pero sólo estaba riéndose de nosotros. Oíros tres mil pies más y uno vería únicamente con la más lánguida desaprobación a su peor enemigo. Particularmente si había llegado más allá de donde le permitía su aclimatación. No sé cuál es el punto de vista de Wale, pero creo que un aumento de hemoglobina en la sangre y Wilfred se lanzaba a una de sus instructivas peroratas.

Basil lo observaba, pensé que con los ojos ligeramente entornados; se interrumpió en la primera pausa.

—Volviendo a lo que decía Cecil —dijo con gravedad— hay realmente, creo, un asunto que concierne a algunos de nosotros. —Estaba eligiendo sus palabras con un

cuidado evidente—. Un asunto de familia puede ser pesado, y es a menudo sensato dejar que se resuelva por sí mismo, sin duda. Pero hay ocasiones en que uno está autorizado a tratarlo de una manera formal y expeditiva. Y eso es lo que yo pido ahora.

Hubert Roper bajó su copa.

—¿Lo pides? —dijo—. Más que eso. Lo proclamas.

Yo tenía una sospecha de lo que se proponía Basil; recordé mi conversación con Cecil durante nuestro paseo la noche anterior. Las palabras de Hubert, sin embargo, o más bien su tono, me desconcertaron; tenían una cualidad enigmática que se podría atribuir a Lucy. Pero Lucy, aunque escuchaba, no escuchaba de manera conveniente. Escribir novelas es todo cuestión de oído.

—¿Tratamiento formal? —dijo Wilfred, siguiendo a Basil—. Una expresión más bien ominosa, verdaderamente. Y realmente no veo que debamos apresurarnos. Geoffrey, estoy seguro de que estás de mi parte.

¿Era esto malicia o buen humor? Debía admitir que ahora yo mismo no podía escuchar con la suficiente sutileza. Geoffrey, en su invariable puesto junto a Anne, se inclinaba por el buen humor, quizá por costumbre.

—Oh, ciertamente —dijo—. ¿Por qué debéis apresuraros, después de todo? Eso es para los jóvenes.

—¿Y qué interés —preguntó Anne— tiene mi guardián Wilfred en los jóvenes? Ninguno en absoluto, espero.

Malicia o buen humor, no sabría decirlo. Mi oído me aseguró únicamente que Anne y Wilfred se entendían el uno al otro. Pero de dónde procedía este entendimiento o qué actitudes y emociones comprendía, yo no sabía nada. Una pugna que era casi mortal; un forcejeo de voluntades que era bastante amistoso después de todo: cualquiera de estas cosas podía ser. Cecil, naturalmente, era testigo de la situación. Pero de que fuera un testigo fidedigno yo no estaba nada convencido. Nada era evidente excepto que Anne y Geoffrey estaban enamorados, que ninguno de ambos tenía un céntimo y que Wilfred estaba implicado en su futuro. Esto, y que Basil intentaba intervenir. ¿Y por qué? Aunque tío de Wilfred, en realidad no era mucho mayor, y su parentesco con Anne era lejano, mucho más distante que el mío propio. ¿Qué, en toda la complejidad de los asuntos de la familia, podía hacer que estuviera especialmente impaciente por ver el futuro de los jóvenes resuelto? ¿Y qué, una vez más, había hecho que Hubert, el heredero de Belrive, hablara de aquel modo peculiarmente cargado de un tratamiento formal y expeditivo? Fue el meditar esta cuestión lo que primero me puso realmente inquieto por lo que se avecinaba en el priorato.

Sir Mervyn Wale pidió mermelada, tan blandamente que hubo de inmediato un reconocimiento embarazoso de que ésta no era, después de todo, una reunión exclusivamente familiar. Era curioso, que si iba a haber realmente negociaciones delicadas, hubiera sido invitado este eminente forastero. Recordé, sin que esto me

aclarara gran cosa, la declaración de Wilfred de que Wale estaba allí a petición de Cecil, con quien tenía una gran amistad. Hasta aquí había sido incapaz de descubrir qué intereses tenían los dos en común. Wale era médico; Cecil era hombre de letras. Pensé que acaso Wale fuera un influyente miembro del consejo de la escuela de Cecil.

Al momento se abandonaron los asuntos familiares. La conversación se volvió a la práctica del revólver y yo empecé a formarme una idea de lo que había sucedido. En algún lugar de las ruinas, Basil había construido un campo de tiro como diversión al aire libre para los días de invierno. Apenas podía imaginar el porqué, pero esto se debía sin duda a que Lucy consideraba a las pistolas como armas ligeramente siniestras. Basil, aparentemente, era algo experto, y el deporte no requiere el espacio ni las precauciones necesarias para el tiro con fusil. Hasta que su novedad disminuyera en cuestión de pocos días, las pistolas iban a ser la moda; llegué a la conclusión de que sería un buen gesto por mi parte el que me interesara en ellas. Se hizo mucha chacota a costa de Lucy Chigwidden sobre el tema de su ignorancia práctica de las armas de fuego en contraste con la prominencia que les concedía en sus violentas narraciones. Todo esto Lucy lo tomó muy bien; la luz sobre el tema de la capitularización le había llegado cuando estaba en la cama y estaba de buen humor... Y luego Geoffrey preguntó a su tío si alguien de fuera vendría a participar en el tiro.

Basil nos miró con los ojos entornados tal como había mirado un poco antes a Wilfred; su mirada iba acompañada por lo que era verdaderamente raro en él: una sonrisa débilmente satírica.

—Sí —dijo—, Horace Cudbird vendrá con seguridad.

Hubo una pequeña pausa en la que se oyó el ruido de copas, cuchillos y tenedores que chocaron bruscamente con la mesa. Cecil fue el primero en hablar.

—¿Cudbird? Verdaderamente, Basil, nunca habría pensado...

—Veamos el asunto —dijo Geoffrey—. El primo Cecil, que no cede ante nadie en su admiración por el industrial británico.

—Pero al mismo tiempo —dijo Anne— señalando unos límites.

—Más bien —dijo Geoffrey, tratando de trazar la raya de tío Basil—. Esperemos, más bien, que muestre su capacidad de fuego.

—¿Tiene fuego tío Basil? ¿O sólo hielo?

Se produjeron muchas risas, a las que procuré sumarme. Pues este retazo de diálogo cruzado iba dirigido a mí; representa una parodia, no exacta, espero, del tipo de diálogo que he venido desarrollando en años recientes. Mi atención estaba acaparada por la chanza última sobre el hielo; me recordó a Basil rodeado de hielo ártico en mi sueño. ¿Podía estar proponiendo mi primo alguna forma de exploración polar? Quizá Geoffrey había aludido a algo mortalmente frío en el temperamento de Basil.

—¿Veremos a Ralph Cambrell esta vez? —preguntó Wilfred—. Siempre me ha

parecido un buen muchacho.

—¿Cambrell? Sí, vendrá a comer. Tenemos que arreglar algo —Basil habló claramente sin entusiasmo—. Cudbird es un hombre con cabeza.

Sabía que Basil raramente dirigía una alabanza gratuita, y recordé que hacía muy poco había juzgado con severidad la presencia del gran anuncio luminoso de la fábrica de cerveza. Todo el mundo parecía sentir que en lo que había dicho había materia para pensar. Se consumió mucho café en silencio antes de que Geoffrey dijera:

—¿Alguien más?

Basil asintió con la cabeza.

—Míster X.

Le miramos sorprendidos.

—No puedo —dijo Basil con severidad burlona— deciros más. Sólo esto: para uno de vosotros, míster X es un obsequio especial. Y llegará para la cena.

No creo que mi paseo aquella mañana se viera muy turbado por las misteriosas corrientes que empezaban a agitar a los convidados de mi primo. Un polvillo de nieve había caído y en el parque los árboles, desnudos y cubiertos de hollín, parecían fuentes heladas de ébano. Había silencio por todas partes; el alboroto del exterior, que había disminuido algo a esta hora, era doblemente una invasión y un agravio: contra ello un gallo de las tormentas, el tordo del norte, cantaba una clara tonada desafiante. El joven jardinero, abandonando la contemplación de la helada en los macizos, dejó su carretilla para saludarme; había conocido a su padre y recordaba incluso a su abuelo.

Me sentí en casa. Había pasado muchas de mis vacaciones escolares en Belrive; verdaderamente, era para mí lo más próximo a una residencia fija que había conocido. Mi padre era ingeniero, frecuentemente ocupado en Sudamérica; su pasión la constituía la Europa Continental y cuando no estaba construyendo puentes en Brasil se le podía encontrar vagando por las calles de Bonn o discutiendo con un correo acerca de cuál era la mejor ruta desde Módena a Montagnana. Y como muchos ingleses acomodados de su tiempo, consideraba que lo natural era viajar *en famille*: niñeras, institutrices, tutores sucediéndose con los años. Mi instrucción fue superficial; mis primeras impresiones son todas de una Europa en movimiento continuó: las rocas y los olivos de la costa dalmata elevándose más allá desde el puente de un pestilente vapor griego procedente de Trieste; Holanda pasando suavemente a través de las ventanas de un coche *Pullman* y un emocionante forcejeo para observar, corriendo por un dique, la increíble novedad de un tranvía eléctrico; los viñedos de las colinas de Viena rodando lentamente mientras un carruaje subía trabajosamente; junto a mí una anciana inglesa, hallada fortuitamente, sacando esbozos a la acuarela de un portafolio para mostrarlos a mi madre. Como educación fue incomparable; a los diecisiete había adquirido lo que cualquier novelista habría pedido a los dioses: un conocimiento tolerablemente profundo de tres capitales. No

creo que la misma Sherezada tuviera más.

Pero como forma de vida no me había conducido a la formación de ninguna vocación local y hubiera crecido totalmente desarraigado a no ser por Belrive. De una villa en Ventimiglia o San Remo, un piso en París, un club en Londres para huir de las casas de las amistades discretamente cultivadas: de todo eso, supongo, me había apartado Belrive. Me había dado el gusto de tener un terreno en propiedad; fue la razón de que posea hoy una casa en Chelsea, agradablemente desordenada por los bienes acumulados durante años. Esta reflexión, continuada mientras paseaba ora sobre la nieve ora sobre el césped helado, no hizo que me gustara menos lo que me rodeaba. En la soledad del pequeño parque de Belrive había algo particularmente atractivo. Tan extrañamente apartado de la ciudad, el lugar tenía la cualidad de todos los refugios inverosímiles: el valle al que uno puede a veces trepar tras de una cascada, una gruta que le libra a uno de los golpes y del centelleo del mar. Me enojé ligeramente cuando, al dar la vuelta a un islote de arbustos, me topé con Cecil y Mervyn Wale.

Habían quitado la ligera capa de nieve que cubría una artesa volcada y estaban sentados con cierta majestuosidad desgarbada en el bajo asiento resultante. Vi un petirrojo posado en una ramita, y fue el petirrojo el que hizo que me detuviera cuando iba a avanzar hacia ellos. Pues el pájaro me pareció como si estuviera contemplando la escena con el aire pensativo e inquisitivo propio de su especie; parecía estar preguntándose qué se estaba tramando; y una misteriosa simpatía me incitó a hacer lo mismo. Por un momento detuve mis pasos, y en ese momento una extraña convicción me invadió. Iba a interrumpir una consulta profesional.

Si Cecil hubiera estado sacando la lengua o Wale manipulando un estetoscopio no habría estado más convencido, aunque realmente los dos hombres estaban solamente conversando seriamente. Debió ser Cecil quien estaba contando algo. Tenía algo *de poseur* y era algo engreído; su tipo no se siente a sus anchas cuando consulta al hado inescrutable bajo la apariencia de un médico de Harley Street. Me detuve torpemente, como si por un error de una enfermera o criado hubiera sido introducido en un consultorio en el que otro paciente estaba siendo palpado en un sofá.

El petirrojo, como si estuviera satisfecho por haber causado este fatal titubeo, meneó la cola y salió volando. Al mismo tiempo comprendí que no había sido observado, y creí conveniente seguir su ejemplo. Retirándome tras los arbustos, busqué alguno de los otros caminos que podía tomar. Mientras hacía esto pensé si ésta era la razón de que estuviera Wale en Belrive. ¿Podía Cecil, sin el conocimiento de todos nosotros, ser un valetudinario tan confirmado que debía estar a cargo de un doctor dondequiera que fuera? Apenas parecía posible. Sin tener mucha idea sobre la economía de la profesión médica, podía barruntar, sin embargo, que retener a Wale de esta forma representaría hacer frente a una factura casi astronómica.

Mis especulaciones —que eran las de un mero desocupado, debo confesarlo— se interrumpieron por el súbito estallido de dos disparos en dirección de las ruinas. El

tiro al blanco estaba empezando. Con la idea de ir en aquella dirección di media vuelta y vi a Cecil andando solo por el parque. La consulta —si consulta había sido— había terminado. Proseguí en mi dirección inicial.

Wale estaba sentado todavía en la artesa, una forma encogida y curiosamente concentrada. Y una vez, más me detuve torpemente. Solitario como estaba, parecía, con todo, que había algo que yo estaba poco dispuesto a interrumpir. Estaba mirando en dirección a Cecil; su cara no llegaba a estar de perfil; sin embargo, no era posible equivocarse al juzgar su expresión.

O quizá no tenía nada de especial su expresión, pues esta misma expresión la había notado antes. Mientras me dirigía hacia él —pues no era posible andar remoloneando por más tiempo al dictado de estas fugitivas impresiones— pensé que si tan solamente pudiera recordar en quién y en qué ocasión la había observado en el pasado me sería posible conocer algo singular sobre Sir Mervyn Wale.

Los artistas holandeses y flamencos pintaban sentados en un escabel; los antiguos maestros italianos pintaban de pie. Había observado que la mayoría de los pintores modernos que conocía seguían la costumbre italiana, y creo que esto ha sido general desde el tiempo de los impresionistas. El pintor está de pie frente al lienzo, retrocede como un cortesano ante la realeza, contempla el tema, avanza rápidamente, da unas cuentas pinceladas en el cuadro y retrocede de nuevo. El joven Geoffrey Roper pintaba así. Y por esto me sorprendió que fuera tan mal tirador. Era razonable esperar que un hombre que podía caer rápidamente sobre un caballete y producir una salpicadura o colocar una motita de pigmento precisamente donde se requería tuviera como tirador una actuación más brillante que la de Geoffrey en el campo de tiro de su tío Basil en ese momento.

Al principio yo era también una calamidad. Con una escopeta me comporto un poquitín por debajo de la mediocridad; mis esfuerzos suscitan burlas amistosas en los demás, pero no el embarazo que produce el actuar como un incompetente total. Un revólver era un arma poco conocida y, pensaba, totalmente inútil. Si uno es inexperto debe colocarse tan cerca del blanco que sea difícil no sentir que habría sido mucho más simple avanzar un paso y usar los puños. Y dudo que hubiera intentado mejorar de no haber sido por Wilfred.

Wilfred nos obsequió con lo que podría llamarse la ciencia del revólver: su evolución a partir de una forma primitiva, sus mecanismos, las leyes balísticas implicadas. Para huir de esto me concentré en mejorar mi puntería y cuando por fin terminó el tiroteo me encontré con que había progresado. Pero Geoffrey, si en algo había cambiado, fue para empeorar. A ocho pasos era incapaz de colocar dos balas a un pie una de otra. Anne estaba riéndose de él y esto —quizá porque su alianza era por lo común persistente y se extendía a cualquier menudencia— parecía no gustarle. Continuó tomando parte con una especie de irritación despreciativa enormemente chocante, no lo dudo, para los que apreciaban las actitudes ortodoxas en el deporte.

Y entre éstos, inevitablemente, estaba Cecil. Cecil había adoptado lo que, a mi parecer, era su pose afectada. Justamente así debía estar en el campo de juego, animando (con una especie de grito moderado, que ingeniosamente abarcaba a la vez la vehemencia y la dignidad) las enlodadas maniobras de sus alumnos. El mismo no había entrado nunca en un campo de juego; podía recordar que, debido a la debilidad de su corazón, pasaba la mayoría de las tardes en la biblioteca de la escuela. Pero habría sido difícil deducir esto de la actitud del director de escuela que se tomaba el juego con tanta vehemencia. O por lo menos difícil para todos excepto para los escolares. Wilfred me había contado cómo Cecil había sido descubierto. Durante

algunas semanas fatales no había sido capaz de captar perfectamente el significado del grito *todos arriba*. Esto, un término aparentemente técnico relacionado con la regla del fuera de juego, Cecil lo había tomado descuidadamente como una exclamación puramente de ánimo. Lo había usado como tal, para horror de la escuela, de manera que se había convertido en leyenda. El error era, uno podía suponer, un recuerdo incómodo para Cecil. Pero aquí estaba él en su mejor caracterización atlética, exclamando *¡Por Júpiter!*, con viril vehemencia y *¡Oh, buen disparo!*, como si un tiro acertado fuese el pasaporte racional para su extremada estimación.

—Es entusiasta el primo Cecil —dijo Anne.

—El afloja el arco —dijo Geoffrey—. El aprieta el gatillo. El anima a los guerreros. El llama a los dioses. Y luego, con seguridad, él distribuirá los premios.

—Pero primo Wilfred distribuye las calificaciones. Se hace hincapié en la buena conducta y se consideran secundarios los conocimientos generales. Un premio es de esperar a fin del año.

De nuevo volvían a la carga. Cecil y Wilfred no podían oírnos; únicamente yo disfrutaba de la parodia. Comprendí que habían estado leyendo mi último libro, *Los parientes*, pues les había sido presentado, sin duda, el ejemplar que yo había enviado a Basil. La reiterada burla me irritó; quizá por esto vi de pronto a estos dos como un par de caros gorristas. Se dedicaban descaradamente a sacar dinero, una renta, una dote, o lo que fuera, de Wilfred. Y pensaban poder ocultar lo indecente de esta actitud tras una pantalla de charla sofisticada. Era *mi turno* de charlar. Me volví a Anne.

—¿Estás segura —preguté— de que estás actuando de forma correcta?

No debí intervenir; no era asunto mío. Básicamente, también, mis simpatías estaban de su parte. Como pintor, Geoffrey poseía un estilo propio y se aferraba a él. También yo en una ocasión dediqué todo un año a escribir una novela que me proporcionó 40 libras. Si se trataba de ejercer una pequeña presión moral sobre un pariente rico, estaba lejos de querer desaprobarlo. Y Anne además se encontraba en una posición económica desesperada: intelectual, rara, lectora de pequeños volúmenes de versos que nadie más leía. ¿Podía ella en caso de apuro hervir un huevo? Lo dudaba. Con muy poco juicio, había sido educada en un ambiente en el que tocar el timbre pata pedir unos huevos es ley natural. Ellos eran gorristas por derecho propio, miembros insignificantes de una clase que endulza la vida con ingenio. Repetí mi pregunta en un tono más amistoso.

Anne rió.

—Wilfred —dijo— va a reunir a los que dependen de él en torno a su lecho de muerte. Y entonces, cuán infinitamente caritativo va a ser.

Geoffrey la miró pensativamente y asintió con la cabeza.

—Conservará únicamente la Enciclopedia Británica. En ella va a leer su propio oficio de difuntos y esperará recordar muchos conocimientos que hace tiempo se olvidaron en el cielo.

—¿Puedo, señor, recordar un hecho interesante acerca del trono en el que está

sentado en estos momentos? —Anne había juntado sus manos como si estuviera rezando—. Está compuesto de partes iguales de crisoprasio, crisoberilio, berilio y crisolita, y fue construido según un modelo original por el mismo Moloch.

Se oyó un pistoletazo. No tenía objeto que me apartara de ellos. Anne era mi sobrina y lo intenté una vez más, volviéndome hacia Geoffrey.

—¿No sois demasiado impacientes? ¿Y no existe otra forma de arreglar esto? Seguramente tu padre, que ha depositado tan firmes esperanzas...

Geoffrey echó para atrás su cabeza.

—Mira a mi padre.

Miré. Hubert Roper estaba de pie algo apartado del tiro, mirando hacia la casa. Estaba ensimismado; en su actitud había algo extraordinariamente sombrío.

—Y mira —continuó Geoffrey— a Horace Cudbird.

Me volví. Avanzando a través de la hierba helada estaba un hombrecito sonriente con un traje nuevo y muy barato. Entre los disparos de las pistolas se podía oír el fuerte crujido de sus botas. Este era verdaderamente Horace Cudbird, el hombre más rico de la ciudad.

—¿Ferryman? —me dijo Cudbird cuando fuimos presentados—. Usted es de la familia. Puedo adivinarlo.

Miró primero a Basil y luego a mí de nuevo en rápida apreciación. Recibí la impresión de que mi primo y yo podíamos ser dos cubetas de malta o dos cargas de lúpulo.

—Los canarios son maravillosos por aguzar la vista de esa forma.

El tiro al blanco se había interrumpido y se había formado un pequeño círculo para las presentaciones. Cudbird miró a su alrededor de forma amistosa y continuó hablando:

—Para seguir una estirpe de sangre no hay nada como la experiencia con los canarios. Los he tenido, Sir Basil, toda la vida. Y he conservado anotaciones sobre su crianza. Y me ocurrió algo chistoso acerca de eso.

Se produjeron murmullos corteses.

—Fue a causa de que mi chico quería un tren eléctrico. Estaba ahorrando para eso y pensó: «¿Por qué no cojo las notas de papá sobre los canarios y las envío al *Fancier*?». Quizá no lo sepan, pero pueden adivinar que se trata de un periódico para los que tienen pájaros.

Cudbird hizo una pausa. Comprendí que en la trivial anécdota que estaba contando todos nosotros estábamos extrañamente preparados para interesarnos.

—Y las envió. Pocas semanas más tarde se imprimieron, y hubo un par de guineas más para el tren.

Cudbird había saciado una pipa muy vieja. Se detuvo para empezar una operación de limpieza, obviamente un simple ardid retórico para producir suspense.

—Y lo que siguió fue un profesor de Cambridge, con el *Fancier* en su bolsillo, llamando a la puerta persiguiéndome desde mi casa hasta la oficina. Dispusimos de una de las estenógrafas y pasamos toda una mañana registrando todo lo que yo había sabido en mi vida acerca de los canarios.

Hubo un silencio genuinamente admirativo. Creo que nos impresionó especialmente el comprender que el hombre no estaba fanfarroneando. Era su imaginación, no su orgullo, la que había estado comprometida en este incidente. Que él y el profesor de Cambridge hubieran colaborado era natural; lo extraño consistía en la forma en que había sucedido.

—Es curioso —continuó Cudbird, volviéndose metafísico y confirmando esta interpretación— cómo una cosa sigue a la otra. Nunca se sabe —levantó la cabeza y su mirada se apartó de nosotros para recorrer las ruinas—. La bola no dejará de rodar. Esa charla con el profesor significó una contribución a la genética, algo en lo que apenas había pensado antes, aunque he leído mucho sobre ello desde entonces. Y nunca habría sucedido —su mirada se volvió hacia nosotros con humor o ironía— si Jim Meech no hubiera pensado en despachar patatas... Pero, Sir Basil, ustedes querrán continuar con su deporte.

Algunos de nosotros lo querían sin duda. Yo, por mi parte, tenía otra preocupación; estaba empezando a sentir la necesidad de reflexionar sobre algunos hechos que habían ocurrido en el priorato desde mi llegada. Sin embargo, me complació —y creo que también a los demás— cuando Wale dijo alentándole suavemente:

—Siento mucha curiosidad, míster Cudbird, acerca de Jim Meech.

Nadie podía haber sido menos parecido al Antiguo Marino de Coleridge que este cervecero próspero, alegremente plebeyo, pero de ningún modo vulgar. Pero tenía algo muy parecido al truco del marinero. Imponía la atención. Cualquier tiroteo habría sido tan importante con nosotros como lo era el ruidoso fagot para él convidado a una boda.

—Cuando muchacho siempre quise tener canarios. No uno solo, sino una pequeña pajarera llena, de forma que pudiera observar cómo se comportaban. El problema era cómo conseguirlos; no tenía dinero, naturalmente.

De nuevo recibimos una mirada ligeramente irónica.

—Abajo, en el extremo inferior del mercado, entrando por Stonegate, había un hombre que los vendía; lo observé durante un tiempo y vi que no vendía demasiados. Hice un pacto con él. Por cada diez canarios que vendiera para él me daría uno a mí. Ahora creo que le hubiera podido rebajar a uno por cada cinco, pero naturalmente en aquellos tiempos no sabía desenvolverse bien en este terreno.

Basil, que estaba claramente complacido con Horace Cudbird, soltó una extraña risita.

—Me figuro que ha aprendido desde entonces.

—Sí, Sir Basil, aprendí. Todos debemos hacerlo, a menos... —sus ojos

pestañearon de manera desconcertante en dirección a Geoffrey Roper, que se dio maña en dar de manera bastante obvia la impresión de ser uno de los lirios del campo. Se interrumpió—. Pero ahora la cuestión era: ¿cómo vender más canarios? Fue entonces cuando oí que Jim Meech había empezado a distribuir sus patatas. Jim tenía un puesto de verduras y había observado que a las vendedoras les quedaban bastantes patatas por vender en sus cestas al terminar la hora del mercado. Se le ocurrió que podría hacer un buen negocio con las patatas, que eran la mercancía más pesada, si se dedicaba a despacharlas, lo mismo que si tuviera una tienda. De modo que tomó algunos encargos y cuando cerraba el mercado cogía el asno y hacía su ronda. Era un trabajo duro, pero dio buenos resultados.

—Míster Meech también —dijo Cecil— era de los que aprenden.

—Sin duda. Bien, hice el reparto de Jim, por nada —Cudbird se interrumpió y miró a Cecil—. Eso por nada.

Me complació ver a Cecil ligeramente confundido. Cudbird, aunque era benévolo, tenía sus defensas a punto.

—Y así, conocí a todas las mujeres de los alrededores. Me enteraba de si sus maridos estaban trabajando y de lo que estaban haciendo, y oía hablar de sus hijos y les dejaba dar un paseo en el carro por turnos. Recibí una gorra de prestado.

—¿Una gorra? —dijo Anne.

—Sí, Miss Grainger. Recibí una gorra prestada por algún otro chico al que se la hacían llevar y al que no le *gustaba*. Y luego paseaba por aquellas calles en mi tiempo libre como si estuviera haciendo recados y siempre que pasaba una mujer la tocaba tímidamente como si le hubiera tomado una afición especial. Como un muchacho en busca de una segunda madre. Y luego iba a trabajar al puesto de canarios. Las mujeres vendrían al puesto de Jim para encargar sus patatas y me verían en mi nuevo trabajo. En un par de meses tuve cuatro canarios de mi propiedad.

—Y ahora —dijo Basil— usted tiene la mayor y más brillante botella del mundo.

Hablaba sin inquina. Horace Cudbird asintió gravemente con la cabeza.

—Puede ser —dijo—. Pero la fábrica de cerveza nunca significará para mí lo que significaron esos cuatro canarios. Ellos fueron un comienzo. —Se volvió hacia mí—. Como el primer manuscrito que no le devolvieron los editores, Mr. Ferryman.

Aquí estaba un hombre buen conocedor del mundo. Hubo un silencio. Cudbird retrocedió y volvió a examinar Belrive.

—Nunca se puede saber —dijo con su antiguo aire de gnomo— lo que saldrá de una idea.

Estoy descubriendo que una narración de este tipo presenta algunas dificultades técnicas que no encontraría si estuviera escribiendo una novela. El descubrimiento es interesante; me siento como si volviera atrás y estuviera escribiendo un prefacio sobre los problemas de un romancero vuelto cronista. Pero ¿qué lector no se saltaría algo de este estilo? Haría mejor en seguir adelante.

Una dificultad, con todo, debe hacerse notar. En esta etapa preliminar —que está, por lo menos, casi terminada ahora— uno tiene que ordenar una gran cantidad de incidentes y de individuos cuya relación mutua significativa puede aparecer, sólo más tarde, si se quiere preservar la lógica. De estos parientes míos sobre los cuales estoy escribiendo dudo que haya uno solo de quien hasta este momento no haya registrado alguna observación más o menos crítica. Y aunque lo crítico con moderación es divertido, puede muy rápidamente hacerse pesado. Sir Mervyn Wale, por ejemplo, cita a Shakespeare de una forma significativamente oscura —y esto está bien—. Pero cuando todos los demás empiezan a expresarse de forma parecida el lector puede muy bien empezar a sentir que eso es un poco aburrido. Siendo novelista debería presentar los hechos de forma que me permitiera recortar este elemento hasta esa proporción juiciosa en la que constituye un acicate en la narración. Pero aquí los hechos me son presentados por Dios, o por el diablo, quizás. Simplemente tengo que proseguir registrando lo que parecen ser incidentes inconexos hasta que esté libre de dudas. Y casi lo estoy ahora. Todavía quedan algunos hechos por consignar antes de la catástrofe. Cómo Ralph Cambrell, el hilador de algodón, se unió al tiro al blanco después de todo; cómo tuvo una embarazosa pelea en público con Basil; cómo Hubert Roper empezó el retrato de su sobrino Cecil; cómo Basil continuó su broma acerca del misterioso Mr. X que iba a asistir a la cena: éstos parecen ser los principales elementos restantes del prólogo. Sobre ellos prometo no malgastar más tinta.

Ya me había encontrado con Cambrell antes. No siendo capaz, a diferencia de Cecil, de presentar a individuos con vagas características en términos de sus ocupaciones e intereses —no creyendo, de hecho, en una abstracción llamada el industrial británico— lo podía juzgar por lo que creía que era. Y pensaba que Ralph Cambrell era un suave bribón.

El énfasis debe ponerse en la palabra suave. Era más claramente esto que bribón. Pero la suavidad era característica de su mente. Sería totalmente engañoso sugerir que tenía un porte untuoso o siquiera particularmente servil. Su ademán era directo y ocultaba procesos mentales que eran instintivamente torcidos: con esta oblicuidad que considero que ha sido característica del negocio de las semillas de Balltrop y el de las viviendas —los beneficios no eran tan sustanciosos cuanto la intriga era

agradable en sí misma. Quizá me precipitaba al juzgarle desfavorablemente. Era un caballero —una abstracción, ésta, que significaba algo según mi manera de pensar— y tengo un prejuicio que en Inglaterra pasó de moda hace más de tres siglos) contra los caballeros que se dedican exclusivamente a la venta, al cambio y a lo que los victorianos llamaban el progreso de las manufacturas. No se trata en absoluto de que mi posición con respecto a estas actividades consista en considerarlas como poco dignas. Pero un hombre educado liberalmente y para una posición privilegiada debería ser capaz de ocultarlas. Wilfred, para hacerle justicia, podía hacer esto; podía separar los fines de los medios; sabía emplear su tiempo de ocio. Cambrell, en cambio, vivía en sus hilaturas; las llevaba consigo; cuando pretendía interesarse por cualquier otra cosa esa otra cosa era un engaño, y un engaño llevado a cabo en interés de alguna operación comercial ulterior.

Todo esto era más de lo que yo sabía realmente sobre él. Lo había clasificado así. Pero, mientras avanzaba hacia nosotros a través de la hierba durante la práctica de tiro, me pillé dejándome llevar involuntariamente más allá en mis reflexiones. Comparé a Cambrell con Horace Cudbird.

Cudbird, mientras esperaba su turno en el tiro al blanco, estaba escuchando a Lucy Chigwidden que hablaba animadamente sobre capitularización. O quizá sobre el monólogo interior. El caso es que Cudbird, una persona poco cultivada, estaba escuchando la perorata de Lucy, y que Lucy, a pesar de su considerable candidez intelectual era lo suficiente mujer de mundo como para no llevar su perorata de forma totalmente inepta. Que las cervezas Cudbird son las mejores era, sin duda, la proposición cardinal de la existencia del cervecero; sin embargo, estaba preparado para interesarse por otras proposiciones cuya conexión con ésta no fuera muy remota. Mientras que en la conversación de Cambrell, a pesar de su tono señorial, se adivinaba la volubilidad insidiosa del pañero que espera que uno pase por alto un cambio en las medidas. Y quizás el contraste entre los dos hombres fuera algo más allá de esto. Cudbird no tenía el estilo directo de Cambrell. Era, de una manera inofensiva, casi astuto, teniendo la cautela del hombre que lo ha tenido que descubrir todo por sí mismo. Pero su mente me parecía peculiarmente simple y directa.

—Me preguntaba —dijo Cambrell con desparpajo— si podría venir temprano y participar. —Sostenía lo que era evidentemente un estuche de pistolas—. Oí el tiroteo y no pude resistir la tentación de venir a probar de nuevo.

Basil miró su reloj. No era la forma más cortés de saludar a un huésped anticipado y —debido a que Basil decididamente no era torpe— me hizo pensar. Por las palabras de Cambrell era claro que había estado en el campo de tiro antes. Era igualmente claro que hoy había sido invitado únicamente a almorzar y a una charla de negocios. Sentí que casi podía ver la cinta métrica sobresaliendo de sus bolsillos.

Como si respondiera al gesto de Basil, Cambrell miró su reloj de pulsera.

—Casi las doce —dijo—. Me temo que dentro de unos segundos van a tener que taparse los oídos por nuestra espantosa sirena. Pero, al contrario de la deslumbradora

botella de Cudbird, no funciona durante horas de un tirón. Buenos días, Mr. Chigwidden. Buenos días, Cudbird.

Este último saludo traía consigo una especie de fantasmal *buen hombre* que nos hizo sentirnos a todos ligeramente incómodos. Cecil, aunque sin duda todavía no cedía a nadie en su admiración por el gremio de Cambrell, ofreció su pitillera, a Cudbird, enfáticamente, de la forma en que uno ejecutaría este gesto ante un vecino en un club. El cervecero meneó su cabeza haciendo una mueca que le mostró divertido más que agradecidamente consciente del simbolismo implicado.

—Bien, bien, Cambrell —dijo— si no es una verdadera sorpresa verle descuidando de esta manera las necesidades del consumidor. —Su acento se había ensanchado. Miró el estuche de las pistolas—. ¿Supongo que está pensando en una apuesta arriesgada esta mañana?

Nos miró astutamente y antes de que pudiéramos asimilar esto prosiguió:

—¿Y cómo sigue la gran cantina? ¿No será una carga demasiado, pesada para la benevolencia de la firma? —Se volvió a Basil—. No hay nada como una antigua firma bien establecida, Sir Basil, para un trato benevolente. Algunos emplean continuamente muchachos llamados psicólogos industriales sólo para idear nuevos programas de benevolencia. Pero yo creo que Cambrell ideó la cantina él mismo. —Movié la cabeza con envidia transparentemente simulada—. Eso es educación. No me sorprendería si Platón o Cicerón o algún otro hubiera dicho que la educación es la madre de la benevolencia.

Advertí de súbito que una carrera como la de Cudbird es una preparación para la beligerancia, y que disfrutaba respondiendo a la actitud débilmente insolente de Cambrell con gran cantidad de oscuras agudezas. Y fuese cual fuese el significado de este último golpe, a Cambrell claramente no le gustó. Se volvió a Basil.

—¿Cómo le va, Roper, a 50 pasos?

Geoffrey y Anne, sin embargo, querían un poco más de diversión.

—¿Una cantina? —dijo Geoffrey—. ¿Dirige una cantina, señor? —Colocó la pregunta ante las narices de Cambrell con fingido respeto aunque con firmeza.

—Pero supongo que lo que llaman —dijo Anne— una cantina seca, una que siga los preceptos de Nuestro Ford.

Cambrell rió algo desconcertado ante esta desvergonzada agudeza.

—Una cantina seca, ciertamente —dijo—. Si uno intentaba abrir una taberna en una fábrica, a Bumbledom le daría un ataque. De manera que es exactamente una cantina seca, con una dieta científicamente elaborada. Debe ser algo excelente para la salud de los trabajadores.

—La cantina de Cambrell —dijo Geoffrey— merece tener éxito. ¿Pero, lo tiene?

Cambrell frunció el ceño y su estilo desenvuelto se tomó ligeramente pomposo.

—Hay un prejuicio —replicó—, como siempre lo hay. La idea triunfará, pero de momento hemos tenido que hacerlo a escala reducida.

Cudbird estaba cargando el tambor de un revólver. Alzó la vista, y, riendo entre

dientes, dijo:

—El apogeo de la benevolencia, fue en tiempo de los déspotas. Los Déspotas Benevolentes: recuerdo eso de mi libro de Historia en Burton Road School. —Levantó el arma—. No puedes ser un benevolente declarado a menos que tengas al otro a tu disposición. Cambrell lo ha hecho muy bien. Compró todas las pastelerías en una milla a la redonda, y ¿quién le iba a detener? Pero luego estaban las pensiones. Cambrell dijo que para estar al día en este negocio era necesario tener cuidado de la salud, lo que resultaba imposible si no se comía en la cantina. —Cudbird de nuevo rió entre dientes, esta vez, maliciosamente—. No resultó. Era lo que se dice ir demasiado lejos. De hecho, hacer que sus propios obreros se coman su salchicha y su malta es un timo. Por más científica que sea la cocción, es un vulgar timo. —Puso una amargura centenaria en esta palabra—. Y timo es una palabra cuyo control perdieron los benevolentes hace tiempo. Cambrell debe probar de nuevo.

Todo esto era desagradable. También era grotesco. El ambiente lo hacía grotesco. A nuestro alrededor el sol invernal proyectaba sobre el suelo helado la sombra de las ruinas del priorato, sombras proyectadas tan irregulares y artificiosas, como altas nubes lentamente cambiantes en un día tranquilo. A nuestra izquierda, a lo largo del campo de tiro, había una pared larga con arcadas tapiadas. Frente a nosotros, y más allá del terraplén contra el que se apoyaban nuestros blancos, estaba la alta pared y descolorida del portal de una casa —la única parte de los antiguos edificios que estaba casi intacta—, y que evitaba el peligro de que las balas salieran altas. A nuestra derecha estaba el parque abierto, y más allá de sus altos límites una confusión de tejados de pizarra y el estrépito de los tranvías eléctricos. Era mediodía y el priorato se erguía en su propia franja estrecha de sombra; cuando el sol descendiera, el lento movimiento de esta sombra la llevaría a confundirse con otras procedentes del exterior. La sombra de la botella de Cudbird se mezclaría con la de la torre; el gran penacho de humo de las hilanderías barrería como un dedo oblicuo hasta llegar casi al extremo más alejado del muro occidental. Mientras tanto, estábamos con los siglos discordantes revoloteando, así, a nuestro alrededor, un grupito de gente observando una disputa entre los representantes de esas grandes empresas que, enfrentándose entre sí en el reducido triángulo del parque, parecían amenazar perpetuamente la mismísima existencia de Belrive. La cantina seca de Cambrell, la cascada de la botella de Cudbird, las ruinas en su tranquilidad y el parque en su mortaja invernal: por un momento todo esto me pareció suspenso en una relación dramática. Luego, el significado se esfumó, la tensión se disipó. Se oyó un disparo de revólver. Un olor acre se esparció por el campo de tiro. La competición de tiro se reanudaba.

Wilfred Foxcroft había sacado una lupa y tenía un puñado de balas usadas; estaba sentado en un ataúd de piedra junto a Lucy Chigwidden y en un rincón débilmente calentado por el sol de diciembre; estaba intentando persuadirla de que podía agrupar las balas de acuerdo con las armas con las que habían sido disparadas. Geoffrey y Anne se habían ido; sus voces acaloradas podían oírse ocasionalmente en dirección a

la casa. A la derecha del campo de tiro, en el parque abierto, Sir Mervyn Wale y Horace Cudbird iban paseando arriba y abajo sosteniendo lo que parecía una charla indiferente. Hubert Roper y Cedí Foxcroft estaban también apartados: Hubert se dirigía a su sobrino y gesticulaba persuasivamente; Cecil parecía, pensé, algo disgustado: podía suponerse que se estaba tratando del retrato. Yo mismo estaba regresando al campo de tiro después de un paseo penosamente meditativo. Basil y Cambrell estaban frente a mí, compitiendo a poca distancia del blanco. Me di cuenta de que quizá durante un minuto habían estado callados: Basil absorto en el blanco; Cambrell dando chupadas a una pipa. Cuando me iba acercando tuvieron una breve conversación. De ésta y de lo que siguió fui, creo, el único observador. El truco más bien desconcertante de Cambrell fue objeto de especulación más tarde. Sólo Basil y yo lo presenciábamos.

Habían estado practicando a base de apuntar, cerrar los ojos y disparar después de contar hasta cinco o diez; una prueba cabal, aparentemente, de un brazo firme. Era el turno de Cambrell. Estuvo mirando fijamente al blanco con las manos a sus costados. De repente se volvió con precisión militar, de manera que el campo de tiro quedó a sus espaldas. Su brazo derecho se alzó a la altura del pecho; su revólver desapareció bajo su axila izquierda. Oí una exclamación de Basil y vi a Cambrell todavía mirando recto al frente, una débil voluta de humo del revólver mezclada con la débil voluta de humo de la pipa en su mano izquierda. Basil avanzó a grandes pasos en dirección al blanco y de algún modo esperé que —la costumbre de Cecil, supongo, estaba en mi mente— exclamara: «¡Oh, buen disparo!».

Basil dijo:

—Un truco de pistolero. Creo que podría hacerlo.

Del almuerzo de aquel día se me grabó en la mente la imagen de Cecil Foxcroft comiendo pato asado.

No existe, supongo, ninguna razón por la que no deba aparecer el pato asado en un almuerzo, particularmente en tiempo frío unos días antes de Navidad. Claramente no había ninguna razón para que, cuando sirvieron este plato, Cecil no lo atacara. Pero al hacerlo podía haber dejado de lado el tema de la comida de los sabinos.

Cecil estaba sentado junto a Horace Cudbird. Y Cudbird, observé, tenía pose de novelista. Tenía el instinto de extraer y pesar lo que había en un hombre. De Lucy Chigwidden había extraído el monólogo interior y no dudo de que había sido capaz de estimar con bastante precisión el grado de penetración que Lucy había aportado al tema. De Cecil estaba extrayendo varias proposiciones sobre las escuelas públicas. La formación del carácter, el espíritu de equipo, la confianza en los chicos, la mente sana en un cuerpo sano: esos viejos temas —para Cudbird quizá tan poco familiares como los igualmente manidos aforismos de Lucy sobre el arte de novelar— fueron desembuchados por Cecil con todas las apariencias de ser el fruto de su propio pensamiento. Era caritativo sentir que se excedía crasamente; que no tenía sentido artístico. Pero me pregunté si ésta era verdaderamente la explicación, o era simplemente que Cecil había crecido así. He sospechado algunas veces que la mente educada en las disciplinas clásicas está por alguna razón peculiarmente inclinada a esta espantosa atrofia. Y mientras rechazaba el pato me encontré preguntándome si Cudbird no tendría la misma sospecha. Iba creciendo en mí la sensación —y quizás en bastantes de nosotros— de que Cudbird era muy listo.

La comida de los sabinos. Cecil era partidario de dársela a los chicos en abundancia. Una dieta abundantemente escatimada: el argumento parecía fluir. Cecil hizo una pausa para resumirlo. Frunció ligeramente las cejas, esforzándose claramente por sacar de la roca virgen del lenguaje la frase finalmente grávida. Lo consiguió.

—Vida sencilla y pensamiento elevado, Mr. Cudbird —dijo— es lo que mejor expresa lo ideal.

Mi atención se dispersó. Cuando volvió Cecil estaba tratando el delicado tema de la vida emocional.

—Al principio de la primavera —estaba diciendo— pues parece *particularmente* necesario entonces, les doy una pequeña charla sobre lo que llamo Control. —Hizo una pausa—. Y abandonamos, las salchichas y demás embutidos para el desayuno.

Anne Grainger, sentada al otro lado de Cecil, no estaba en absoluto dispuesta a dejar pasar esta ocasión de hacer un comentario ultrajante.

—¿Es que Cecil y sus maestros —preguntó a la concurrencia con su clara voz— se limitan a sentarse bonitamente a la mesa? Cada libra de salchichas eliminada del pedido al carnicero es un tanto más para la causa de la virginidad.

Era bastante malicioso para sentir que Cecil se lo había buscado; era bastante mayor para sentir que las jóvenes no deberían hablar de esa forma. No sé lo que pensaba Cudbird; por primera vez le veía embarazado. Pero Anne estaba satisfecha con el silencio que había provocado. Se volvió hacia Wale.

—¿No lo cree así, Sir Mervyn? ¿No cree que Cecil tiene un gran dominio de los hechos de la fisiología?

—Pienso que en pedagogía —dijo Wale— existen muchas ideas equivocadas acerca de los fines, y mucha información peor aún acerca de los medios.

La dureza de esto quedó apenas encubierta por el hecho de estar enmarcada en una proposición general, y las palabras en sí mismas habrían bastado para hacerme meditar de nuevo acerca de la problemática relación entre Cecil y Wale. Pero las palabras, dichas con la uniforme severidad de un argumento cultivado, habían sido impelidas por algo completamente distinto. El odio es quizá la pasión que aparece más raramente en la superficie en el mundo civilizado. Desprecio, indignación, enojo, malicia, disgusto —todos bastante corrientes— son algo distinto. No pude imaginar cual sería el motivo por el que Wale había de insinuar un simple odio —eso, odio— en su comentario sobre el que parecía ser su compinche. Odio había sido, y me encontré observando a Lucy. Pero Lucy, de forma característica, no escuchaba; estaba abstraída atendiendo a otras cantilenas; a voces que hablaban en su interior y que no pertenecían al género humano. Volví a mi problema. ¿Se habían peleado Wale y Cecil por una querida, por dinero o por cualquiera de las presas por las que luchan los hombres? Parecía demasiado improbables. Y recordé un poema de Yeats en el que se señala que un odio intelectual es peor. Probablemente el espíritu aborregado, moralista y presuntuoso de Cecil ofendía al temperamento científico de Wale. Seguramente era eso. Pero de todos modos continuaba siendo enigmático.

Me volví a Cecil. Hombre culto, pensé, posee peligrosamente poco sentido del peligro. Pero quizá fuera cuestión de oído. Me habría alarmado si ese tono de voz hubiera ido en mi dirección. Cecil, sin duda, simplemente no había oído. En efecto, parecía haber estado sordo no solamente a la emoción implícita sino también a su misma declaración; no mostró ningún resentimiento por haber sido tildado de tener un criterio confuso en su propio terreno. Algo tan ultrajante, simplemente, no se abrió camino en su espíritu. Continuó discursando durante todo el almuerzo sobre la libertad ordenada, sobre el significado del juego limpio. Y observé que Wale, como con el instinto de un hombre que teme haberse descubierto, aprovechó la ocasión de interpelar varias observaciones corteses y anodinas.

La comida terminó; fue la última comida tranquila en Belrive. Basil condujo a Ralph Cambrell a su estudio, presumiblemente para tener esa charla de negocios para la que había venido al priorato. En la puerta, mi primo se volvió a nosotros para

disculparse.

—Diviértanse. ¿Lucy, te encargarás del té? Tengo mucho que hacer, hay una apelación que debo evitar, y probablemente estaré ocupado hasta la hora de la cena. ¿Cudbird, podría usted quedarse hasta entonces?

Cudbird replicó que no le era posible, pero que volvería. Con esto Basil y Cambrell desaparecieron y los demás nos ocupamos de nuestros asuntos. Yo me fui a la biblioteca, en donde más tarde vino a hacerme compañía Lucy. Temiendo que saliera a relucir el monólogo interior y estando muy poco dispuesto a hacerle frente en aquel momento, cogí una pesada historia ilustrada de Belrive, mi favorita entre los tesoros de Basil, y me dediqué a leerla en un facistol. Por algún tiempo el lápiz de Lucy garabateó por sus galeradas y yo leí en silencio.

—Arthur —dijo Lucy de repente—. Tengo una sospecha.

Creo que me sobresalté ligeramente; ciertas curiosas especulaciones se habían ya formado posiblemente en mi mente.

—¿Una sospecha? —repliqué—. Créeme, debes tener toda una cornucopia llena de ellas. Representan tu modo de vida.

—Tengo —dijo Lucy con firmeza— *una sospecha*.

—¿Te refieres —de mala gana levanté la vista de mi folio— a la apelación de Basil?

Íbamos por caminos completamente distintos.

—¿Tienes una sospecha —contraataqué— acerca de qué?

—Acerca del misterio de esta noche, naturalmente. Mr. X.

Me había olvidado de Mr. X, el desconocido que vendría a cenar y que iba a ser un obsequio especial para uno de nosotros.

—Lo que sospechas —dije— es que Mr. X va a ser un obsequio especial para ti.-

Lucy perdió el lápiz de nuevo.

—¿Cómo lo adivinaste? —preguntó.

Esto era embarazoso. Era evidente que Lucy era la única persona entre nosotros a quien se le ocurriría que alguien pudiera preparar una sorpresa de este tipo, como algo engañadoramente envuelto en papel de colores en un árbol de Navidad para niños. Mientras estaba buscando alguna vaga respuesta, Lucy se salió por la tangente.

—Arthur —dijo—, he estado pensando en *El vaso de oro*.

Si Lucy hubiera anunciado que había estado pensando en *El mastín de los Baskerville* o *La dama del traje blanco* lo habría podido aguantar. Me levanté apresuradamente y miré a mi reloj.

—Las dos y media —dije—. Y prometí echar una mirada al estudio de Hubert.

Lucy se levantó también, desparramando sus pruebas por el suelo.

—Qué interesante. Creo que iré contigo.

Esto de nuevo era embarazoso. Que yo hubiera hecho tal promesa era una mentira, inventada impulsivamente para salvarme de una discusión sobre la más alta literatura novelesca. Incluso no tenía ninguna razón que me permitiera suponer que

Hubert iba a agradecer una investigación sobre sus actividades. Pero estaba bien atrapado. Lucy retiró su pluma de las entalladuras de una silla, puso su bolsa detrás del reloj, donde estaba segura de recordarlo, depositó sus papeles en el cubo del carbón y salió de la biblioteca.

Encontramos a los pintores, padre e hijo, en un gran ático en la parte norte de la casa, y con ellos estaba Cecil, incómodamente aislado entre unas actividades profesionales en gran parte inexplicables. Geoffrey Roper estaba encaramado en lo alto de una escalera de mano, pegando a una claraboya una hoja de un material parecido a la gasa. Hubert estaba colocando abstraídamente un lienzo en un caballete; de vez en cuando abandonaba esta ocupación y se dirigía a una mesa literalmente llena de bocetos. Los estudiaba unos momentos y luego miraba sombríamente a Cecil; no prestó la menor atención a nuestra entrada.

—Naturalmente —estaba diciendo Hubert—, Cecil no está desprovisto de interés por sí mismo. —Concedió a su sobrino una sonrisa superficial que pretendía ser, supuse, la quintaesencia del tacto.

—Oh, verdaderamente —Geoffrey desde su percha habló en el tono de un hombre que interiormente no está de acuerdo en absoluto—. No digo nada contra primo Cecil. Hay alguna buena estructura ósea aquí y allá. Sin embargo, no es un encargo, ¿verdad? Parece una prueba.

A Cecil, inferí, por ser un pariente y no un cliente elegante, se le podía tratar con despreocupación. Y esta suposición se confirmó ahora por una sucesión de ruidos en el exterior y la entrada del mayordomo de Basil, el chófer, y el hijo del jardinero tambaleándose bajo el peso de un enorme espejo de marco. Lo colocaron contra la pared siguiendo las instrucciones de Hubert y se fueron. Unos minutos más tarde el mayordomo y el chófer volvieron llevando entre los dos un espejo móvil; detrás de ellos vino una doncella con uno de esos espejos circulares que son todavía un adorno común en los salones.

Hubert observó el desnudo ático.

—Más tarde tendré que trabajar en alguna especie de *décor*. Un dormitorio, pienso, pródigo, sobrearmueblado, femenino.

—Una cama grande —dijo Geoffrey— con tonos grises en el cubrecama. Y una sola mula.

—¿Una mula? —le interrumpió Cecil, contemplándose, creo, retratado compartiendo la cama con algún monstruo.

Geoffrey asintió con la cabeza.

—Una especie de zapatilla de mujer, eso es. Y viridiana, yo diría, para entonar la composición entera.

—Toda la acción —dijo Hubert— podría empezar con la mula.

—¿Qué tal quedaría Cecil sosteniendo la mula? —preguntó Geoffrey, como si se hubiera inspirado de repente—. La mula viridiana y su mano más bien pastosa: ¿qué se podría sacar de eso? Unos valores bastante interesantes, diría.

Cecil se movió, incómodo, en la única silla dura de que estaba provisto el ático.

—Realmente —dijo—, apenas creo que sea apropiado representar a un soltero.

—Pero de momento —Hubert estaba completamente distraído— lo interesante son los bordes. En el espejo grande se verá el reflejo de Cecil en el espejo móvil. Se deberían obtener algunos efectos interesantes, sin duda.

Geoffrey movió la cabeza.

—Creo, papá, que se debería colocar al revés. Utiliza el espejo grande como una potente diagonal...

De repente padre e hijo empezaron a discutir furiosamente. Los criados, que todavía permanecían allí para desplazar los espejos, miraban asombrados; Cecil continuaba moviéndose; Lucy y yo intentábamos seguir la corriente a los artistas a nuestra manera. Y ahora Hubert estaba blandiendo sus bocetos ante Geoffrey.

—¿Tú obstinado petimetre —exclamaba—, te das cuenta de que he estado trabajando en eso durante meses como un esclavo hasta que me he sentido como Alicia y el espejo? ¡Y luego entras tú y pretendes dictar la ley! ¡Fuera de aquí! —Se volvió haciendo un gesto que nos abarcaba a todos—. Y los demás también. Estáis convirtiendo la habitación en un revoltijo.

Salimos. Lucy, Geoffrey y yo por una escalera y los criados por otra. No hay nada siniestro en lo que se llama una exhibición de temperamento artístico, y la pequeña representación llevada a cabo por Hubert y Geoffrey era, por lo demás, regocijante. No podría decirse lo mismo de la disputa que presenciamos en el recibidor. Disputa no es quizá la palabra adecuada, pues hubo sólo un participante activo. El hecho podría ser llamado el incidente Cambrell. Más adelante ofreció bastante material para la especulación. Entonces fue meramente embarazoso.

Una voz dijo:

—¿Cuarenta, quizás?

El tono sugería una polémica ociosa; subió, sin embargo, por encima del ruido de las pisadas que cruzaban vivamente un suelo sin alfombra.

—Cuarenta y cinco.

La voz era más alta, en parte porque estaba avanzando por el pasillo interior al final del cual estaba el estudio de Basil; en parte porque el apremio se estaba deslizando en su suavidad.

Una segunda voz dio una respuesta monosilábica; las pisadas continuaron, Ralph Cambrell, caí en la cuenta, estaba haciendo a Basil alguna proposición. Y Basil la estaba rechazando.

Cuando llegamos al último tramo de la escalera, aparecieron. Basil se dirigió deliberadamente hacia el pasillo exterior; Cambrell torció para recoger su abrigo y su sombrero. Empezó a ponerse el abrigo; luego se detuvo y cruzó el recibidor para contemplar un cuadro.

—He admirado siempre su Guardi —dijo con indiferencia—. ¿Está en venta?

—Sí —dijo Basil—, lo está.

—¿Mil quinientas?

—Sí. ¿Se lo llevará bajo el brazo? —Cambrell rió ambiguamente—. Mandaré por él, y me considero muy afortunado, verdaderamente agradecido. Ahora, cuarenta y cinco es más de lo que...

Basil había cogido el sombrero de Cambrell. Se lo dio. Y debido a que se trataba de Basil la acción no fue descortés; fue cortésmente despiadada.

—Prefiero la otra idea —dijo—. Y ya basta de esto.

Su huésped hizo ese movimiento con las cejas que es el equivalente sajón del encogimiento de hombros.

—Mi querido Roper, naturalmente usted debe decidir. Y les deseo a todos buena suerte.

Nada podía ser más apropiado que este bonito discurso; nos aligeró de parte del malestar que sentíamos por tropezamos con lo que no era asunto nuestro mientras nos apresurábamos a cruzar el recibidor. Y nada más, creo, habría sucedido a no ser por el percance del sombrero.

Cambrell lo dejó caer, una torpeza que revelaba una emoción contenida. Se inclinó para recogerlo, y mientras se enderezaba su cara se puso de color rojo oscuro.

—¡Condenado idiota —exclamó—/incluso el imbécil salpicador de pintura de su hermano tendría más sentido común!

Se fue. Basil se dirigió hacia el Guardi, lo miró y se volvió hacia mí que estaba desapareciendo en la biblioteca.

—¿Crees, Arthur, que a Cambrell le interesa realmente el arte?

Y mientras yo soltaba alguna respuesta inarticulada sacó un cuaderno de su bolsillo.

—Mil quinientas —dijo—, tú eres testigo. —Sonrió débilmente y apuntó con un lápiz—. Todo ayuda.

El té, aunque esta vez no se caracterizó por el horror de los juegos intelectuales, fue intranquilo. Tuvo lugar en una biblioteca por la que todos se paseaban incómodos y no produjo ningún efecto sedante. Colocamos las tazas sobre anaqueles inadecuados en medio de montones de libros; vagando por la sala oscura dejábamos por el suelo rastros de migajas que parecían producidas por caracoles.

Cecil era el centro de la confusión. Imagino que el pato asado le había disuadido de tomar nada hasta la cena y que la vista de los panecillos de Belrive le fastidiaba. Se le había extraviado la *Llamada Formal a una Vida Devota y Santa*, de Law; no estaba dispuesto a permitir que nadie olvidara esta inconveniencia ética. Lucy también estaba buscando, primero sus pruebas en el cubo de carbón, luego su bolso detrás del reloj y luego una gran cantidad de papel de cartas. Con este último se dedicó a construir un libro en blanco de esos que por alguna razón misteriosa los editores consideran conveniente montar antes de componer un libro. La idea de Lucy era marcar los encabezamientos de los capítulos de manera que, al volver las páginas, se obtuviera la sensación física de los capítulos: siendo la sensación física un nuevo aspecto de su problema que se le acababa de ocurrir. Todos ayudamos a plegar las páginas de manera que tuvieran cierto parecido con un libro; casi lo habíamos conseguido cuando Lucy dejó que le resbalara todo de las manos y el suelo quedó cubierto con los despojos de su proyecto. Esto produjo una mezcla de cortés rebatiña y ácidos comentarios; Wale dirigía la rebatiña, Anne los comentarios y Wilfred se mostraba vigorosamente activo en ambos frentes.

—¿Nadie ha visto —preguntó Cecil acusadoramente cuando terminó esta diversión— mi *Llamada Formal*?

—Hablando de llamadas formales —dijo Wilfred— debo escribir a un individuo acerca de sus ganancias brutas. —Empezó a rondar atisbando los tinteros.

—En su retrato —dijo Geoffrey—, primo Cecil cogerá a la mula con una mano y sostendrá la *Llamada Formal* de Law con la otra. Tras él el espejo cóncavo reflejará una versión distorsionada del *Amor Sagrado y Profano* del Ticiano. Será un cuadro en el venerable estilo antiguo y verdaderamente el éxito del año. —Movié la cabeza en dirección a su padre—. Misteriosa visión de un pintor veterano.

Anne bajó su taza.

—Sir Mervyn debería tener un lugar en la composición. ¿Dónde va Cecil?

Vi a Wale mirando más que alarmado ante esta imprevista alusión personal y juzgó conveniente intervenir con presteza.

—He sentido siempre —dijo— que la hora del té es el punto crítico sobre el cual gira el día.

La observación pretendía ser más bien calmante que intencionada. Pero Anne la consideró con gravedad.

—¿Un sentimiento —preguntó con deliberación— que incluye a tío Arthur entre los que son volteados más bien que entre los que voltean?

—El día —dijo Geoffrey— lo transporta en su gran arco desde la mañana hasta la noche. Y, boca arriba, él murmura sus aforismos.

La jerga de estos jóvenes se estaba haciendo pesada. Iba a aprestarme a responder con algún rasgo de ingenio algo más convincente cuando Anne metió baza de nuevo.

—Pero, ¿qué hará tío Arthur —preguntó—, cuando la estrella vespertina pregone que destierra del lecho a su prometida Belrive?

—La espada —dijo Geoffrey— introducida entre las sábanas a las diez de la noche en punto.

—Apresúrate, tío Arthur, es la hora. Apresúrate, por favor, es la hora.^[1]

Cecil, que había estado husmeando en busca de la obra maestra de William Law en un oscuro rincón, se volvió bruscamente.

—¿Qué extravagantes desatinos estás diciendo, Anne?

—¿No te has enterado? El primo Basil Va a vender Belrive a Horace Cudbird para que construya la mayor taberna del mundo.

—Al contrario —Geoffrey negó con la cabeza—. La venderá a Ralph Cambrell para que administre más benevolencia Cambrell. Viviendas, tiendas y cine Cambrell. La semana empezará con un oficio de culto en una capilla Cambrell y terminará con fútbol y *hockey* en los campos de Cambrell bajo el código Cambrell. Una fiel comunidad autosuficiente financiada totalmente por Cambrell. Se formará la Sociedad Arqueológica Cambrell para el estudio de las ruinas.

Cecil se sentó bruscamente.

—¿Por qué tiene que hacer Basil cualquiera de estas cosas abominables?

—Para alcanzar la luna —dijo Anne—. ¿Tampoco lo has oído? Habrá un gran cohete surcando el espacio.

- Geoffrey y yo vamos a solicitar el puesto de pilotos. Como la degollina interestelar en el film de Wells. Miramos a la luna y sentimos que debe de haber justicia en aquellos campos plateados.

—En realidad —dijo Geoffrey—, la idea es instalar una estación meteorológica en la Antártida. Hace falta mucho dinero: eso es lo que Basil está buscando. Esto es muy digno de encomio hoy en día.

—Pero seguramente —Cecil estaba mirando a su alrededor con perplejidad—: Basil no puede legalmente...

Su hermano Wilfred dio un resoplido lleno de migas.

—No creo una palabra de esto. Pero si fuera cierto yo conozco a uno que podría detenerlo.

—¿Lucy, podrías darme una taza de té después de todo?

La voz: en la puerta era de Basil; el efecto sobre el grupo reunido en la biblioteca fue desconcertante en extremo.

—Si me lo permitís, claro.

—La *Llamada Formal* —dijo Cecil en alta voz—. Quisiera saber si alguno de vosotros ha visto mi *Llamada Formal*.

Wilfred dejó su panecillo.

—Estos beneficios brutos —dijo—. Verdaderamente debo mandar una nota. Fisgó en el tintero más cercano.

Aquella tarde me cambié temprano y a las siete estaba de nuevo en la biblioteca. Faltaba media hora para que sonase el timbre para poner la; mesa. Pero no había nadie por allí, y deduje que los demás se habían retirado temprano a sus habitaciones. Cuando uno ha estado rodeado de parientes, algo de soledad es un recurso natural. Y una casa grande puede, así, vaciarse misteriosamente. En las novelas de Lucy siempre hay alguna animación. La puerta —de la cocina, sala de billar, tocador, despensa— se abre, y al otro lado invariablemente hay alguien a punto e impaciente porque las cosas marchen. En realidad, estos recorridos suelen ser tan solitarios como una nube. Y esto es particularmente cierto en las reuniones familiares, durante las cuales únicamente los criados se enteran de cuánto tiempo emplea la gente remoloneando a sus anchas.

Estas son reflexiones pertinentes. Aquella noche tuve que sostener vigorosamente, frente a mucha incredulidad encubierta, que entre las siete y las ocho menos diez no encontré un alma viviente en Belrive.

Naturalmente salí de la casa. Y el hecho de que saliera iba a parecer altamente sospechoso. Todos somos sentimentales, y con todo ¡qué inexplicable mezcla de sentimientos puede parecer que se oculta en nuestras acciones!

Me gusta el lugar en la oscuridad. Y —es una triste admisión— me gustan especialmente las ruinas a la luz fantasmagórica de la botella de Cudbird. Entorne los ojos en una sala iluminada por un fuego, y podrá ver las formas que quiera agitándose en las esquinas y deslizándose por el techo; vague entre las ruinas en esa fluctuante penumbra de la actividad comercial y podrá ver el claustro, la escalera y el cuarto de la calefacción poseídos una vez más por los que primero colocaron piedra sobre piedra en la construcción de este antiguo lugar; Puede soñar que es una construcción recién estrenada aquello que la luz diurna muestra como una capilla desmoronada y un coro en ruinas.

Hacia las siete y diez abrí la puerta principal y salí a la terraza. Hacía un frío intenso: horas antes hacía bastante frío, pero ahora la temperatura había descendido bruscamente y comprendí que se avecinaba una helada. Vacilé y, volviendo a entrar, cogí un grueso abrigo que había dejado en un guardarropa junto al corredor exterior.

Encontré también mis chanclos —la posesión de tales cosas me compromete bastante, me temo— y me los coloqué sobre mis zapatillas. Crucé la terraza y me apoyé un momento en su alta balaustrada. No estará de más que confiese que mi mente estaba bastante agitada.

Al cruzar el recibidor había echado una ojeada al pequeño Guardi que Basil había vendido tan apresuradamente a Ralph Cambrell. El pintor no me interesa mucho —en mi opinión es amanerado— pero la inminente desaparición incluso de esta insignificante heredad me sobrecogió. Se podría haber tratado de un *setter* rojo o de un coche de segunda mano.

Y Basil estaba encariñado con aquélla escuela; recordé que en cierta ocasión había comprado un Canaletto. Fuera cual fuera su proyecto, estaba muy interesado en él. Si estaba en sus manos el liquidar Belrive, lo vendería. Y que Basil no supiera exactamente lo que podía o no hacer me parecía muy improbable ciertamente. Miré a la oscuridad e intenté comprenderlo. Era el hombre indicado. Y no había nada vulgar ni indecoroso en el proyecto. Tenía su importancia. Ciertamente, si se quería hallar en el mundo moderno algo aproximadamente análogo a la idea monástica, el proyecto de recluirse en una soledad helada en busca del conocimiento podía ser el equivalente más cercano que se pudiera encontrar. De todo esto me di cuenta.

Mi atención se desplazó de Basil a su hermano Hubert, el heredero legítimo de todo lo que me rodeaba. Se lo habían dicho, ciertamente: esto es lo que significaba su afirmación referida a Basil acerca del tratamiento formal y expeditivo. ¿Cómo debía sentirse? Pasando revista al día que había transcurrido saqué la conclusión de que sentía algo; su humor sombrío estaba en concordancia con lo que se avecinaba. Mi instinto me decía que ni siquiera para poder sacar la energía del átomo ni para poder pintar como Giorgione o Cezanne vendería Hubert Roper un acre de las tierras que le dejaron sus padres. ¿Pero si su hermano hiciera esto, iba a protestar? ¿Se resentiría de ello con apasionamiento? ¿Lo aceptaría totalmente? ¿O su reacción estaría entre estos extremos? Hice el descubrimiento humillante de que para la solución de este enigma todos mis conocimientos profesionales sobre el carácter no me permitían aventurar una conjetura. Entre los pintores —mucho más que entre los músicos— existe una absoluta imposibilidad de expresarse articuladamente; pueden comunicarse solamente con pintura; esto, posiblemente, sirve para hacerlos más desconcertantes que los demás.

De nuevo me invadió el frío. Imprimí mis huellas en las baldosas y luego descendí rápidamente por un tramo de escaleras hasta el jardín. Una luz inapreciable —de la botella distante, de las lámparas de la calzada, de una fugitiva luna— llegaba a un estanque de azucenas helado; tenté el hielo y juzgué que era consistente. El ruido del tráfico, por lo común un alboroto confuso, emergía en la noche en una sinfonía de sonidos distinguibles: el ruido acompasado de la madera o cuero sobre el hormigón; el crujido de alguna lámina de hielo bajo un neumático; tan alejados y débiles cuanto sus evocaciones eran abultadas, una banda tocando *Oíd, los Heraldos Angélicos cantan*.

Un tranvía haciendo sonar la campana y traqueteando ahogó la música; una sucesión de chispas, crepitando entre los cables mientras tomaba una curva, iluminaron la terraza como débiles relámpagos y creí distinguir con esta iluminación inesperada la figura de un hombre recostándose con su espalda contra la balaustrada. La curiosidad me hizo demorar por si la casualidad me deparaba otra lluvia de chispas que me descubrieran algo más. Pasó otro tranvía, pero no produjo ningún relampagueo fortuito. Encendí un cigarrillo y apoyándome en un asiento de piedra miré hacia la casa: en el piso donde estaban los dormitorios casi todas las ventanas mostraban algún vislumbre de luz.

Pocos minutos más tarde me alejé y entré en el parque. La banda de música se había acercado; su clamor apenas si fue ahogado por el súbito rugido de una motocicleta arrancando cerca del portal. Había proyectado simplemente un paseo de quince minutos para reflexionar. Pero tenía mucho en que ocuparme —estaba todavía dándole vueltas al sino de Belrive— y eran casi las ocho menos diez cuando llegué a la puerta principal. Una luz estaba encendida en el porche. Bajo ella había un joven con un abrigo oscuro y con indumentaria de noche. Acababa de pulsar el timbre.

Creo que me desconcertó. Siempre hay algo de embarazoso en semejante encuentro con un invitado al que no se conoce. En la ciudad es muy corriente en la gente que ha disfrutado de las ventajas de una educación que les permite ignorar simplemente a alguien a quien se ha encontrado en tales circunstancias —como sucedería si uno llegara al mismo tiempo que el peluquero y los proveedores—. Pero si estaba desconcertado no era simplemente debido a un impulso momentáneo que me llevaba hacia esta conducta perversa. Recordé que éste debía ser Mr. X.

Basil, me pareció, debería haber disipado el misterio antes de que llegara su invitado. No era demasiado cortés para el joven, que sin duda se llamaría Mr. Smith o Mr. Brown, el tener que presentarse con el carácter de un enigma...

En el tiempo que había empleado en estas innecesarias reflexiones el joven me había dado las buenas tardes. Le respondí, y mientras lo hacía se abrió la puerta. Una doncella, el vestíbulo, el salón con su gran fuego al fondo, esto fue lo que tuve tiempo de observar. Y luego sucedió todo. Sucedió con la suave rapidez de un buen melodrama. Una voz femenina gritó aterrorizada o alarmada y un momento después una segunda doncella se precipitó en el salón. El joven que estaba junto a mí, que estaba supongo a punto de murmurar el nombre de su anfitrión, dio rápidamente un paso adelante y se detuvo; y mientras hacía esto la chica que estaba, sin resuello logró exclamar.

—¡Socorro! —gritó—, ¡socorro!, ¡han matado a Sir Basil!

Pareció una indirecta. Se oyó el ruido de una puerta que se abría de golpe y la figura de un hombre apareció silueteada por el fuego. Era Basil en persona.

—¿Jane —dijo con severidad indulgente—, qué significa esto?

Jane se comportó de la forma convencional en que lo haría uno que ve a un fantasma. Chilló, se tambaleó, se desplomó. Y entonces apareció Richards, el

mayordomo de Basil. Habló sin alterarse.

—Es Mr. Wilfred, Sir Basil. Parece que le han disparado, está malherido.

Había estado oyendo horrorizado y enmudecido. Creo que grité y casi me desplomé también. El joven, que todavía estaba a mi lado, me cogió por el brazo.

—¿Un pariente suyo? —preguntó suavemente.

Estábamos entrando en el salón. Negué con la cabeza.

—Un pariente lejano solamente. Pero...

Richards estaba telefoneando. Basil, atravesando rápidamente el salón pálido y torvo, orilló el cuerpo recostado de Jane. La doncella que había abierto la puerta estaba emitiendo sollozos entrecortados. Y bajando apresuradamente la escalera con los brazos colgando llegó Sir Mervyn Wale, con el semblante muy alterado.

Todo esto fue observado por el joven. Luego, casi imperceptiblemente, suspiró.

—Cuando uno cena fuera —murmuró—, apenas espera que le sirvan su propio pichón tan pronto como aquí.

Nunca supimos cómo Basil había conocido a John Appleby, ni cómo Appleby fue a parar donde estábamos nosotros. Tuvimos que contentarnos con el hecho de que en lo que pareció el intervalo de unos minutos desde que le dispararon a Wilfred Foxcroft un joven inspector de Scotland Yard había tocado el timbre y había empezado a mirar cautelosamente a su alrededor. El efecto debería haber sido reconfortante, como el de la persona que se levanta en un rincón de un coche de ferrocarril y dice *soy médico* cuando alguien ha sufrido un desmayo. De hecho, la revelación de la profesión de Appleby fue enervante en extremo.

No es que pareciera querer inmiscuirse en el incidente que había ocurrido; se mantuvo con su sombrero en la mano hasta que pareció claro que su situación no era la de un convidado inoportuno que habría hecho bien en retirarse con unas palabras de excusa. Pero era todo un profesional. Los convidados se reunieron en el salón uno a uno, silenciosos, clamorosos, confusos, controlados según le dictaba su temperamento a cada uno. Appleby permaneció en pie en un rincón y concedió a cada uno la atención superficial aunque suficiente de un crítico competente haciendo las observaciones preliminares ante una asamblea desconocida. Estaba impasible, pero una o dos veces sus ojos se agrandaron ligeramente. Me hallé pensando en el deleite de un chiquillo que descubre cómo funciona algo.

La voz de Wale llegó desde el estudio.

—Muerte violenta —estaba diciendo—. Muerte violenta... Dr. Mervyn Wale... a Belrive Priory pronto. Y quiero el cirujano jefe... dije Sir Mervyn Wale... Cirujano jefe...

Basil, que estaba mirando el fuego, se levantó.

—La policía —dijo—, supongo que debemos llamar a la policía.

—¿Ashton? Nunca oí hablar de él. Necesito a Badger. —La voz desapasionada de Wale seguía todavía en el teléfono—. No me importa quién sea más antiguo. Soy Mervyn Wale... Badger.

Wale estaba disfrutando. Conseguiría a Badger. Y supuse que el joven Appleby disfrutaba también. Me pregunté a quién se traería.

—Supongo —dijo Basil— que debería llamarlos cuando termine Wale.

Miró interrogadoramente a su nuevo huésped.

—Oh, decididamente —dijo Appleby. Habló con cierta timidez: me pregunté si era el estilo profesional de los estamentos superiores de la policía—. ¿Quizá podría hacerlo por usted?

Sorprendentemente, la doncella que había abierto la puerta dejó de llorar.

—La otra línea, señor —dijo a Basil—, estará libre.

Basil afirmó con la cabeza y acompañó a Appleby al vestíbulo. La voz de Wale se oyó de nuevo.

—Quiero hablar con Mr. Badger. Si está cenando le agradeceré que le diga que se trata de Sir Mervyn Wale.

—Soy el inspector Appleby. —La voz llegó desde el vestíbulo—. ¿Está de servicio todavía el inspector Leader? ¿Haines? No, no quiero a Raines. Póngame con la casa del inspector Leader...

—Mi querido Badger, ¿cómo está usted? Sí... sí... pero mi juego se ha hecho pedazos, me temo... me pregunto, ¿podría venir a la enfermería ahora? Es algo bastante delicado...

—¿Leader, podría venir a casa de Sir Basil Roper inmediatamente? Han disparado a alguien... sí, pero creí que Haines... magnífico. Sí, echaré una ojeada.

Todo era muy eficiente. Pero me sentí irrazonablemente resentido de que nos viéramos privados de los servicios de Ashton y Haines; tuve por un momento la convicción de que Badger y Leader eran hombres de poca valía. La finalidad de la vida es la acción y nos revelamos instintivamente contra las decisiones tomadas mientras estamos pasivamente de mirones. Estaba meditando en esta evidencia de la imbecilidad humana —no tenía nada mejor que hacer—, cuando se abrió la puerta principal y entró Horace Cudbird.

—¿Está alguien enfermo? —preguntó—. Está llegando una ambulancia.

Cenamos alrededor de las nueve menos cuarto. El inspector Leader estaba en el estudio, haciendo las observaciones que juzgaba oportunas. El joven Mr. Appleby, por otra parte, estaba sentado junto a Lucy Chigwidden como había sido dispuesto, una distribución que nos hizo a todos claramente conscientes de que la noche había producido una sorpresa más explosiva que cualquiera de las que pudiera proporcionar Mr. X. Richards, sin duda basándose en un sutil cálculo de las normas sociales, no había variado la colocación de Wilfred y Wale. En ausencia de la todavía aturdida Jane, él era también útil; esta insignificante variación en el acostumbrado ceremonial de la mesa de Basil, me chocó en el estado ligeramente ofuscado en que me hallaba, como si fuera la circunstancia más extraordinaria.

Las noticias, buenas o malas, podían llegar del hospital un cualquier momento: sin embargo, había parecido razonable comer. Esto no presentó ninguna dificultad; comimos lo que nos pusieron delante. Sin embargo, tuvimos que escoger un tema de conversación y por algún tiempo hubo dificultad en decidir por dónde empezar. Se me ocurrió —me terno que con un humor algo macabro— que habría sido más sencillo si Wilfred hubiera muerto en el acto. Entonces habríamos estado silenciosos, o hablando vagamente de otros temas. Tal como estaban las cosas, quedamos haciendo conjeturas tanto acerca de la gravedad de lo que había ocurrido como acerca de su significado, Cecil fue el primero que habló.

—Esto —dijo Cecil, y miró alrededor de la mesa como para reclamar la atención general hacia una declaración importante— es algo muy penoso.

Hubo un penoso silencio.

—De lo más penoso e inquietante.

—Primo Cecil —dijo Anne— expresa maravillosamente el sentimiento de todos nosotros. —Hizo una pausa—. Pero naturalmente con el calor suplementario que únicamente un hermano puede experimentar.

Appleby dio a mi espantosa sobrina una ojeada efímera. Parecía hallar mucha materia en que ocupar su atención en el plato que tenía frente a él.

—Puedo decir —Cecil no estaba descompuesto en absoluto— que he tenido mis recelos de que algo así pudiera suceder. Con armas de fuego siempre hay un elemento de peligro.

Esto era irrefutable; nadie habló.

—Tenemos un campo de tiro para la Brigada de Defensa Civil. Impongo a los chicos las normas más estrictas.

Pensé que en la cara de Appleby podía adivinar la satisfacción inherente a una suposición confirmada.

—Los dos instructores están siempre presentes, y no hay nunca más de cinco chicos a la vez.

Geoffrey Roper dejó su vaso.

—Excelente —dijo—. Verdaderamente muy profundo. Si tan sólo primo Cecil estuviera aquí para tomar nota y aprender...

Appleby, que había terminado su pescado, parecía estar concediendo cortésmente su atención a la calidad de la vajilla de plata de Basil. Basil dijo «Geoffrey» en el tono más duro que le había oído jamás emplear. Habría habido una pausa muy embarazosa si Cecil no hubiera proseguido directamente:

—El más ligero descuido y un accidente posiblemente fatal puede suceder. Wilfred ha estado jugando constantemente con esos revólveres.

—Pienso —dijo Basil— que nada se va a ganar entrando en suposiciones. Sabemos demasiado poco. Después de esta comida, que debe ser apresurada, nos pondremos a la disposición del inspector Leader, que hará todas las averiguaciones necesarias.

Esto estaba concebido como definitivo, y solamente Anne quiso darle más vueltas.

—Es totalmente infantil —dijo— pretender que Wilfred se disparó accidentalmente. —Hizo una de sus pausas felinas—. O que se disparara en absoluto.

—Oh, pero seguramente sabemos *algo*. —Esta era Lucy; comprendí con desmayo que había rendido su discreción a lo que podría ser llamado su punto de vista profesional—. Por ejemplo, ¿*dónde* le dispararon?

—En mi estudio.

La firme incomprensión de Basil fue totalmente aborrecible.

—En el pulmón derecho. —Anne deplorablemente alzó la voz—. Oí que Sir Mervyn decía esto por teléfono.

—¡Eso! —dijo Lucy triunfalmente—. Y llevaba *smoking*. Si el disparo se hubiera producido a quemarropa toda la parte delantera de su camisa se habría ennegrecido con la pólvora. ¿No es así, Mr. Appleby?

Appleby estaba absorto sirviéndose un pedazo de bistec, tan absorto que la pregunta debió repetirse. Había ironía en el pensamiento de que Mr. X había sido invitado justamente para esto. Y quedé blandamente complacido cuando Mr. X Ofreció a modo de respuesta únicamente una sonrisa vacía.

La posición de Appleby era obviamente difícil. Su propio pichón se estaba sirviendo ciertamente en Belrive; pero no, por decirlo así, en la mesa privada en la que había sido un huésped bienvenido. Al final de la cena podía, naturalmente, marcharse. Sospeché, sin embargo, que esto no entraba en sus planes. Tenía el sentimiento incómodo de que como colección de seres humanos habíamos llegado rápidamente a interesar en gran medida a Appleby; e incluso sospechaba que la pequeña maniobra de los inspectores Haines y Leader había representado un primer movimiento en algún plan para insinuarse en nuestras confusiones. Richards, que había salido de la habitación, reapareció en la habitación. Se dirigió a Basil; luego, pensándolo mejor, se volvió hacia Appleby.

—El inspector de policía, señor —dijo—; le agradecería que se reuniera con él en el estudio.

Appleby miró a Basil. Su expresión, mezcla de disculpa, sorpresa y voluntad de actuar de acuerdo con los deseos de su anfitrión, fue muy apropiada al caso.

Hubo un cortó silencio.

—Mr. Appleby —dijo Basil ceremoniosamente. Pude ver que los dos hombres eran simples conocidos—, si puede ser de alguna utilidad para su colega local será, naturalmente, una atención de su parte tanto hacia nosotros como para él.

Todo era bastante formal. Appleby parecía algo indeciso.

—Leader —dijo— es un hombre excelente. Puede confiar en él, Sir Basil. —Dejó su servilleta junto a su plato—. Pero quizás pueda hacer algo.

Se levantó y a grandes zancadas salió de la habitación.

—El sabueso desatado. —Geoffrey Roper estaba intentando llamar la atención de Richards con la esperanza de que le sirviera más clarete. Pero Richards, que con muy buen juicio había decidido que la ocasión requería que sólo se sirviera la bebida siguiendo las indicaciones de su amo, estaba muy ocupado con un filtro de café—. Un sabueso muy presentable. Para tía Lucy verdadero espejo de buen tono y un molde de conducta. Justamente la especie nueva de sabueso. Un sin fin de tíos en el Foreign Office y pertenece por lo menos a media docena de clubs de moda.

Horace Cudbird, que no había dicho nada durante la cena, alzó la vista de repente como alguien que fuera a replicar a una difamación.

—No puede negarse —dijo— que el haber ganado una beca del condado ha hecho que el muchacho adquiriera los modales del sur del país. Pero su abuelo coció el mejor pan de Stonegate.

—Y era amigo íntimo de Jim Meech y de los canarios. —Anne se estaba riendo descaradamente de Cudbird—. El sabueso, de hecho, es un producto tardío de la evolución de la *canaille*. Siempre más sagaz que las castas altamente seleccionadas. Reparemos en primo Cecil. ¿Podría vengar a Wilfred? Bien, ¿podría?

—¿Querría? —dijo Geoffrey, y lúgubrementemente apuró el poso de su vaso.

—¿Debería? —el padre de Geoffrey habló por primera vez—. Seguramente es de lo más extravagante el suponer que se trata de un crimen. Wilfred es tan descuidado con esos revólveres como sugiere Cecil.

—Topes de seguridad —dije— y gotas de Verona.

Hubert asintió con la cabeza.

—Su gusto por los datos triviales. Se imagina entre otras cosas que es un armero.

—No sé. —Basil apartó su taza de café— que Wilfred se haya imaginado jamás ser un genio o un duende.

—Aunque se le podría considerar prontamente —dijo Geoffrey— como un trasgo.

—O —dijo Anne— como un sátiro.

—Quiero decir —continuó Basil suavemente— que pudo muy bien dispararse a sí mismo, accidentalmente o de otro modo. Pero difícilmente podía asegurar que el arma desapareciera inmediatamente. Y ciertamente no se ha hallado ningún arma. El punto de vista de Lucy, por otra parte, aunque quizás no lo había manifestado en un momento muy oportuno, era consistente. Acerca de las marcas de la pólvora. A Wilfred no le dispararon a quemarropa.

Por primera vez, creo, hubo un reconocimiento general de lo que estábamos afrontando. Cecil reaccionó de manera característica y al instante.

—Robo —declaró—. Sin duda ha sido robo o intento de robo. —Parecía genuinamente alarmado—. Se debe registrar la casa.

—Pienso que probablemente —dijo Hubert— van a registrar algo más que la casa.

—Registrarán la historia de la familia —dijo Geoffrey.

—Registrarán el viento —dijo Anne— para ver qué hay en él.

—Registrarán —dijo Geoffrey— el corazón.

—Enemigos sabidos.

—Chantaje... el pasado.

—Beneficiarios.

—Mujeres... celos.

—¿Dónde estabas cuando se produjo el disparo?

—¿Quién fue el último en ver el...?

El timbre del teléfono sonó con estridencia en el vestíbulo.

Anne Grainger era más que normalmente atlética; sin embargo, había algo pasmoso en la velocidad flexible con que salió de la habitación. Me pregunté si Geoffrey, cuya insensibilidad era de la clase cabal y genuina que los artistas algunas veces desarrollan, se dio cuenta de cómo había estado esperando esa llamada. Porque estaba convencido de que Anne, cualquiera que pudiera ser su actitud corriente hacia su guardián, había estado durante toda la cena en un estado de tensión intolerable. Era esto lo que había proporcionado a su charla —nunca del todo hermosa— su extravagante incongruencia.

Anne volvió, muy despacio, con los labios abiertos con una expresión que yo nunca había visto antes.

—Han extraído la bala —dijo—. Todavía está inconsciente. Wale se ha ido. Creen —titubeó—, creen que puede salir de ésta.

Cecil soltó una exclamación piadosa, ruidosamente, como si estuviera completamente decidido a ser oído en el lugar adecuado. Los demás estábamos silenciosos, y en el silencio me encontré intentando interpretar la voz de Anne. Había en ella un tono casi imperceptible de incredulidad. Quizás había dado a Wilfred por muerto. Quizás, al contrario, había hasta este momento apartado de su mente la mera posibilidad de tal evento. Intenté imaginar en qué circunstancias tendría este aspecto, hablaría así... Y me dije que podría ser en caso de que algún sueño o pesadilla se hiciera realidad.

Habíamos abandonado la mesa; ahora Basil se dirigió a la puerta.

—A esos individuos del estudio les debería informar —dijo—. Y ya es hora de que tenga algunas palabras con ellos. ¿Sí, Richards?

El mayordomo parecía traer un mensaje; era un viejo criado de la familia a la que estaba muy vinculado; me sorprendí al darme cuenta de que me estaba mirando con leve desaprobación.

—El inspector Leader, Sir Basil, agradecería que míster Ferryman fuera al estudio.

Era embarazoso y extraño. La petición era inexplicable, y había procedido del estudio de Basil al tiempo que éste había anunciado su intención de ir allí. Nos dimos cuenta bruscamente de que Belrive había dejado de ser una comunidad autosuficiente. Había resultado ser cuestión de la policía investigar nuestros asuntos. Y ella tenía su propia manera de hacerlo.

—Supongo que será mejor que vaya dije.

La observación sonaba a fatua; podía haber sido un chiquillo poniendo cara alegre frente a una requisitoria ante la autoridad.

—Leader puede ver a quien quiera, y concertar las entrevistas que desee —dijo Basil—. Los demás será mejor que vayamos a la biblioteca.

—Cuándo le llegue el turno a Cecil —preguntó Geoffrey— ¿les dará una pequeña charla sobre lo que él llama Control?

Con esto abandoné el comedor, y confieso que sentía también cierta necesidad de controlarme. No me gusta la policía. Esta puede parecer una afirmación estúpida, y verdaderamente no dudo de que si me robaran llamaría al alguacil más cercano con bastante precipitación. Quiero decir que no siento un gran afecto por los procedimientos de la ley. La Némesis es más impresionante. Al menos siento una invencible repugnancia por esa clase de averiguaciones que Geoffrey y Anne habían estado sugiriendo cuando sonó el teléfono. Mientras me dirigía al estudio sentí que debía ponerme en guardia para no aparentar una hostilidad irracional.

Tanto Leader como Appleby estaban levantados cuando entré: Leader examinando algo en el escritorio de Basil; Appleby mirando al suelo con un ceño que esperé que reflejara el sentimiento de lo delicado de su posición.

—Los doctores creen que Mr. Foxcroft puede vivir —dije.

Leader agarró un cuaderno de notas, como si pareciera que esto fuera algo que convenía trasladar al papel. Appleby, pensé, parecía ligeramente decepcionado; podía sospecharse que consideraba probable que el posible restablecimiento de Wilfred, seguido de la simple denuncia del criminal, resolviese un bonito problema. Otro punto de vista estrictamente profesional.

—¿Mr. Ferryman? —dijo Leader.

—Sí.

—Mr. Ferryman, ¿Mr. Foxcroft es corredor de bolsa?

—Banquero.

Leader atisbo en el escritorio.

—Ganancias brutas —dijo—; estaba escribiendo una carta sobre ganancias brutas. Pensé que sonaba a financiero. ¿Pero de qué se trataría exactamente?

Meneé la cabeza, sintiendo que ése era un método de investigación muy superficial.

—No tengo la menor idea.

—Se ocultan —dijo Appleby—. Se trata de finanzas y se ocultan. Tome nota de eso, Leader. Y ahora podríamos probar con las luces.

Leader se rascó el mentón.

—Está olvidando a Mr. Ferryman.

—En absoluto, —Appleby parecía dirigir el caso—. Mr. Ferryman nos ayudará. ¿Le importa? Venga aquí. No pise la sangre. Por favor, siéntese en el escritorio.

—Usted, me dio la sensación esta tarde —dije— de ser una persona muy tímida.

Appleby me ofreció la sonrisa ligeramente ausente con la que un dentista recibe las agudezas de un paciente.

—De cara a la ventana, Mr. Ferryman. Sí, está bien. Leader, los interruptores

están junto a la puerta. Aunque no quiero mover esas cortinas. ¿Le importará esperar? No tardaré.

Desapareció.

—Su colega —dije— es muy activo.

En la mirada de Leader creí detectar un destello de simpatía. Se conformó, sin embargo, con un movimiento de cabeza; y luego se ocupó de su cuaderno de notas. Me dediqué a mirar a mi alrededor. La habitación era grande; a primera vista pensé que se podía considerar como un bonito departamento. El mueble más importante era el gran escritorio en el que ahora estaba sentado situado frente a una ventana con cortinas, en la que había una gran puerta vidriera que daba a la terraza: a juzgar por el viento helado que sopló sobre mí, esta vidriera debía estar completamente abierta. Detrás de mí y a la izquierda según estaba sentado había una lámpara comente situada a baja altura; a mi izquierda había una chimenea con un sofá y sillas; en el lado opuesto se hallaba la única puerta de la habitación. En las paredes se alineaban los libros de trabajo de Basil; había varias vitrinas con especímenes geológicos; una larga mesa en un rincón estaba cubierta de planos topográficos.

—Mr. Ferryman es inconfundible.

La voz de Appleby, procediendo directamente frente a mí, me sobresaltó. Había salido a la terraza, entrado a la habitación por la puerta vidriera, y ahora estaba a unas pocas yardas de mí oculto por las cortinas, y debía estar haciendo estas observaciones a través de una rendija.

—Ahora, Leader, las luces.

Leader cruzó la habitación y buscó los interruptores. Por un momento la habitación permaneció a oscuras salvo por la danzante luz del fuego. Luego la lámpara que estaba detrás de mi hombro izquierdo se encendió.

—Mr. Ferryman —llegó la voz de Appleby—, suponga que está escribiendo una carta sobre ganancias brutas. ¿Es ésa una buena luz para hacer esto?

—Perfectamente.

La suave iluminación proyectaba un arco sobre el escritorio.

—En cierto modo —dijo Appleby— pensé que su voz sonaba decepcionada, no es en absoluto una mala luz para disparar. —Hubo una pausa—. Pero sólo en cierto modo. Estaría muy bien si uno sintiera que lo único que tenía que hacer era disparar.

Se oyó un crujido y sus pasos sonaron en la terraza; Leader y yo quedamos unos momentos solos; luego Appleby regresó a la habitación.

—No hay duda —dijo—. Sabemos que le dispararon a Mr. Wilfred Foxcroft, pero no tenemos ninguna razón para creer que le dispararan a él.

—Tenemos —dije— está razón: que le dispararon.

Appleby me miró severamente. Luego sonrió.

—Mr. Ferryman, durante años he sabido que tiene una mente exacta. Y aquí aparece.

Leader, a quien no se podía juzgar como un hombre aficionado a la lectura,

pareció confundido y lamió su lápiz.

—Gradas. Pero es bastante claro.

—Sí. El hecho de que le dispararon es una prueba de que le dispararon a él. ¿Pero qué fuerza tiene esta prueba? Dispare un revólver a una muchedumbre en la oscuridad y el peso de tal prueba se convertirá en cero. Dispare a través de estas cortinas a alguien que esté sentado entre esa lámpara y usted y el hecho de que un hombre sea alcanzado es una débil prueba de que era precisamente a este hombre al que quería disparar.

—Particularmente —dijo Leader como inspirado— cuando está sentado en el escritorio de otro.

—Y viste —me sentí tentado a unirme a este juego no demasiado complicado— con esa especie de uniforme que es un *smoking*.

Que hubieran podido disparar a un hombre por error era una idea a la que no era muy difícil llegar en estas circunstancias; sin embargo, me desconcertó la rapidez con que Appleby había llegado a esta conclusión. El pequeño experimento práctico me había aturrullado. Era un pensamiento pavoroso el de que allí sentado había estado presentando la misma silueta que Wilfred tres horas antes. Miré al charco de sangre coagulada en la alfombra, a mi derecha. El asunto se estaba convirtiendo en horriblemente real.

—Y ahora —dijo Appleby— consideremos las costumbres de Sir Basil con respecto a esta habitación. Es su estudio. ¿Lo consideraba como más o menos privado, o lo trataba como las demás habitaciones de la casa?

—Verdaderamente, es la clase de pregunta que haría bien en formular a su anfitrión.

Pensé que era bastante claro; Appleby, sin embargo, no se dio por enterado.

—Por ejemplo, Mr. Wilfred Foxcroft entró y empezó a escribir una carta en el escritorio de Sir Basil. Se ve cuán importante es saber si era desacostumbrado. Si se supiera si sólo Sir Basil trabajaba aquí...

—Este extremo —dije— no es totalmente oscuro para mí. —Y entonces, debido a que sentí que este intento de ironizar había sido infantil, añadí—: Podría decirse que era ligeramente desacostumbrado. Y creo que sé cómo pudo suceder. En el piso inferior, las cartas se suelen escribir en la biblioteca. Pero todo el papel para la correspondencia que había allí se utilizó esta tarde con otro objeto. Sé que Foxcroft tenía que escribir esta carta. Y al ver que no quedaba papel para correspondencia en la biblioteca es natural que viniera aquí.

—Ya veo. ¿Trabaja aquí Sir Basil muy a menudo?

—Creo que sí. Estaba trabajando aquí esta tarde. Recuerdo que dijo que probablemente estaría trabajando aquí hasta la hora de la cena.

El cuaderno de notas de Leader apareció en el acto.

—Deme los nombres, por favor, de todos los que le oyeron decir eso.

Las averiguaciones habían empezado. Y comprendí que Leader, aunque menos

enérgico que su colega metropolitano, tenía un buen olfato. Di la información mansamente. Basil había hecho esta declaración durante el almuerzo y le oyeron todos los que se alojaban en la casa, Richards, Ralph Cambrell y Horace Cudbird. Trasladar todo esto al papel disminuyó considerablemente el ritmo de la investigación.

—¿Quién —dijo Appleby— querría dispararle a Sir Basil Roper?

Me miró pensativamente, y estaba preparando una respuesta cuando comprendí que la pregunta era simplemente retórica.

—¿Pero, por otra parte, quién querría dispararle a Mr. Foxcroft? Porque, después de todo, está muy lejos de ser seguro que el disparo procediera, como hemos estado suponiendo, bajo el amparo de las cortinas. El agresor pudo haberse encarado abiertamente a Mr. Foxcroft, y perfectamente consciente de lo que estaba haciendo. Y luego está la tercera posibilidad. El disparo pudo no estar dirigido a ninguno de los dos.

—¿Quiere decir —pregunté— que pudo tratarse sólo de un accidente?

—¿Si fue un accidente —intervino Leader—, dónde está el arma?

Se volvió a Appleby.

—Un accidente con algún elemento de imprudencia criminal —sugirió—. Alguien se asusta y hace desaparecer el arma.

Appleby no se mostró entusiasmado con esta reconstrucción.

—Estaba simplemente pensando —dijo— que Mr. Foxcroft pudo ser confundido no con Sir Basil sino con algún otro. Por lo menos, ésta es una posibilidad que no debemos excluir.

Nos miró distraídamente y tuve el presentimiento de que su espíritu estaba realmente ocupado en otra parte.

—¿Puedo preguntar —dije— qué le ha inducido a llamarme a mí en primer lugar? No me importa en absoluto, pero sospecho que Sir Basil está algo confundido.

Leader, a quien había dirigido esta pregunta, pareció pensar que posiblemente la respuesta podía hallarse en su cuaderno de notas. Fue Appleby quien tomó la palabra.

—Simplemente, Mr. Ferryman, que usted es la única persona de esta casa de quien tenemos alguna información. Usted constituye un punto de partida natural.

El joven Mr. Appleby contestó a mi ligero fruncimiento de cejas con una sonrisa amigable.

—Tengo entendido que usted es un pariente, aunque lejano. Adoptará un criterio objetivo. Y, no hace falta decirlo, penetrante. Una investigación de esta clase es en gran parte una exploración de la conducta humana, una penetración del carácter humano. En este caso usted es nuestro aliado natural, y de los más eficaces entre los que nos sería posible hallar en Inglaterra, si puedo ser bastante impertinente como para decir esto.

No tenía ninguna duda acerca de la suficiencia de su impertinencia, ni de que iba acompañada de no poca inteligencia. Él sabía que el halago puede ser empleado con

las personas más sofisticadas, particularmente sí no es muy disimulado. Mientras el intelecto lo apreciaba por lo que es; actúa, sin embargo, en el nivel no crítico en el que reside la autoestima.

—Si necesita asesoramiento literario —dijo— podría llamar también a Mrs. Chigwidden. —Pero de todos modos me sentí complacido.

Appleby trató mi respuesta como si fuera un chiste muy gracioso, y fue secundado por Leader con una risita algo tardía.

—Naturalmente —prosiguió—, querría cierta discreción al tratar este asunto. Por otra parte usted querrá ciertamente colaborar.

No había ninguna certeza de que fuera así. No me gusta la policía. Mi deseo era que todo este horrible asunto terminara. Sin embargo, me oí diciendo:

—Naturalmente les ayudaré en todo, lo que pueda.

El joven pareció agradecido. Tenía esa deferencia que estoy acostumbrado a encontrar en los críticos jóvenes en las reuniones literarias. No habría tenido importancia si no me hubiese acordado de cómo se comportaban cuando llegaban a sus pisos y cogían sus máquinas de escribir portátiles.

—Ahora —dijo Appleby—, sentémonos y aclaremos un par de cosas.

Me senté. Creo que puedo decir que me había tranquilizado; recuerdo que había empezado a llenar mi pipa. Fuera cual fuese la ocupación tradicional de los Appleby en Stonegate, los modales de este hijo errante eran buenos. Y en estos tiempos los buenos modales son tan confortantes como los tres o cuatro días perfectos que proporciona un verano inglés.

Me senté en una cómoda silla. Appleby se dirigió hacia la chimenea como si quisiera sentarse allí. Leader continuó en pie; su cuaderno de notas lo sostenía con una mano que hacía las veces de un atril.

—Las ocho menos cuarto —dijo Appleby. Todavía se iba alejando de mí—. Esa es la hora interesante. Mr. Ferryman —se volvió de repente— ¿qué estaba haciendo entonces en la terraza?

Miré a Appleby y él me miró a mí. La impresión que me produjo fue algo así como estar contemplando una cámara cara. La indignación habría sido la emoción que lógicamente debía expresar ante el modo perverso con que se había suscitado la pregunta; lo que realmente sentí fue algo muy parecido a la consternación.

—¿Hubo algo —Appleby continuó suavemente— que le habría impedido oír un pistoletazo en esta ventana?

Me recobré.

—Si lo que pretende decir es que si estaba disparando fuegos artificiales o tocando el fagot la respuesta es no.

Appleby se volvió a Leader.

—Es una idea: fuegos artificiales. Pero supongo que ya han terminado en el distrito.

—Por completo. Hubo muchos antes del cinco de noviembre y luego unos pocos más. No he oído ninguno desde hace varias semanas.

—Bien, entonces el fagot.

Creo que Leader escribió «fagot» en su cuaderno de notas; era su recurso cuando estaba perplejo.

—El fagot —continuó gravemente Appleby— es una buena sugerencia de Mr. Ferryman. Algo parecido estaba sonando mientras yo venía por la calzada: quizás una banda del Ejército de Salvación. Pero dudo de que esto sea lo que estamos buscando.

—Lo que estamos buscando —dije—, es simplemente el ruido del tráfico alrededor del priorato. Las motocicletas en la colina, por ejemplo, producen la barahúnda más asquerosa. Un disparo de revólver pasaría inadvertido simplemente porque el oído está acostumbrado a eso.

Appleby asintió triunfalmente con la cabeza, como si yo hubiera tenido una idea muy brillante.

—¡Eso es! —dijo.

—Y luego está el hecho adicional de que se han estado disparando revólveres a nuestro alrededor. Sir Basil tiene un campo de tiro en el que hemos estado practicando todos.

Leader parecía que iba a preguntar por las licencias de revólver. Appleby alzó la vista con rapidez.

—¿Todos? ¿Incluyendo los dos invitados del almuerzo, Cudbird y Cambrell?

—Sí.

—¿Los ha visto disparar a todos?

—Sí. Parecía lo indicado. Aunque no me gusta.

—Las armas de fuego —dijo Appleby como si estuviera dictando para el cuaderno de notas de Leader— no le gustan a Mr. Ferryman.

—¿Pero le gustan a Mr. Foxcroft?

—Sí.

—¿Observó con mucha atención? ¿Podría proporcionarnos una estimación digna de confianza del grado de destreza de cada uno?

Estaba perplejo.

—Sí, creo que podría. Una o dos cosas me llamaron la atención. Geoffrey Roper, que posee la delicada disposición muscular propia de un pintor, es sorprendentemente malo.

—Eso es muy interesante. —Appleby parecía distraído de nuevo—. A propósito, ¿qué estaba haciendo exactamente en la terraza?

—Había estado dando un paseo nocturno por el parque.

—Comprendo. Pensé que cuando nos encontramos bajó porque estaba ligeramente turbado. He estado pensando si oyó o notó algo que le produjera inquietud.

Esta técnica iba sin duda a ser empleada con todos los de la casa. Era claro que esta vez era necesario enfrentarse abiertamente con la cámara.

—No —dije—. Nada de eso. Cuando alguien se detiene en una casa siempre se produce un ligero embarazo al encontrar un nuevo invitado en la puerta.

—¿Le importaría —interrumpió Leader— repetir eso?

Comprendí con cierto sobresalto que estaba tomando notas taquigráficas. Repetí lo que había dicho. Sonaba extraordinariamente estúpido.

Con todo, Appleby estuvo de acuerdo. Pero al mismo tiempo se las ingenió para expresar su sorpresa de que ese embarazo lo experimentara un hombre de mundo como yo.

—Estas preguntas deben hacerse a todos —las palabras llegaron tan suavemente como en las novelas de Lucy—, son cuestión de rutina. Debemos intentar establecer el paradero de todos los interesados alrededor de las ocho menos cuarto. A las siete y media Sir Basil estaba sin duda en esta habitación sentado en ese escritorio. La doncella Jane lo vio. Por eso estaba convencida de que era él quien había sido alcanzado cuando volvió aquí hacia las ocho menos diez y vio el cuerpo de Mr. Foxcroft. Recordará lo que sucedió entonces, Mr. Ferryman. Estábamos en la puerta principal. Jane se precipitó en el vestíbulo diciendo a gritos que habían matado a Sir Basil. Apareció Sir Basil y casi al instante se presentó Richards. Richards anunció que era a Mr. Foxcroft a quien le había sucedido un accidente.

—Me temo —Appleby me miró con indulgencia— que usted estaba muy afectado.

Sentí una incómoda sensación en la espalda. El hombre tenía la habilidad de un competente abogado. Existía la insinuación de que le habían disparado a Wilfred en lugar de Basil, la sugerencia de que la rectificación de Richards era lo que me había

afectado; el hecho de que estaba rondando por el exterior. Sentí el impulso de pedir un abogado. Reprimiendo esta extravagancia, repliqué simplemente:

—Estaba naturalmente horrorizado.

—Un asunto horrible —dijo Leader súbitamente y con mucha solemnidad. Me pregunté si estaría recordando algún manual de etiqueta.

Appleby, sin expresar verbalmente su conformidad, empleó unos instantes para adoptar una actitud adecuadamente seria.

—¿Nos dará, —preguntó, y comprendí cuán firmemente había ahondado en la investigación— una relación bien detallada de sus movimientos durante esa noche?

—Me cambié temprano y bajé a la biblioteca. Eran las siete. No había nadie. Ojeé un libro durante unos diez minutos y luego me dirigí a la puerta principal y salí a la terraza. Hacía frío; volví al vestíbulo, me puse un abrigo y unos chanclos y salí de nuevo a la terraza. Permanecí allí unos pocos minutos, observando el gran anuncio de la cervecería. Luego bajé un tramo de escaleras —ésas que no están lejos de esta ventana— y me detuve junto a un pequeño estanque. Advertí que estaba helado. Luego salí al parque y no volví hasta un momento antes de nuestro encuentro bajo el porche.

—Gracias. ¿Supongo que no encontró a nadie durante su paseo?

—No. Hubiera sido muy improbable que sucediera.

—Verdaderamente. ¿Y eso significa que usted no vio a nadie desde el momento que bajó las escaleras hasta el momento en que nos encontramos frente a la puerta principal?

Supongo que debí dudar; al menos me di cuenta de que tanto Appleby como Leader me miraban muy inquisitivamente.

—Pensé —dije— que vislumbré a alguien desde el jardín: la figura de un hombre apoyándose en la balaustrada de la terraza.

—¿Estaría de cara a la casa?

—Sí.

—¿Dónde estaba usted?

Estaba empezándola pesar mío, a gustarme la policía después de todo. El asunto poseía una clara fascinación intelectual que producía una atracción extraordinaria.

—No pudo haber sido muy lejos de esta ventana.

—¿No pudo identificarlo?

—No.

—¿No hizo ninguna averiguación ulterior?

—No.

—¿Y no vio a nadie más?

—A nadie.

Hubo un silencio.

—Esto —dijo Appleby— sería unos cinco o diez minutos antes de que Jane efectuara su primera visita a esta habitación y viera a Sir Basil sentado en su

escritorio.

Se volvió a Leader.

—Pulse el timbre.

Richards vino y se fue. Jane, ahora algo recobrada, vino y también se fue. Y el caso es que Jane, viniendo para avivar el fuego, había notado una fuerte corriente de aire. A Sir Basil, dijo, le gustaba el frío. Con el tiempo más frío era capaz de permanecer sentado frente a una ventana abierta. Casi con seguridad la ventana había estado abierta. De las cortinas no podía decir nada. Con toda probabilidad habían sido corridas, pues de otro modo ella se habría dado cuenta. Pero seguramente no habían sido corridas del todo. Sir Basil tenía la costumbre de descorrer algo las cortinas para que permitieran el paso del aire.

Al cerrarse la puerta tras la doncella, Appleby se volvió de nuevo hacia mí.

—¿Desde el lugar de la terraza en que estaba, y más tarde desde el jardín, se habría dado cuenta si se hubieran descorrido las cortinas?

—Si se hubieran descorrido totalmente, sí; si sólo se tratase de una brecha, incluso de hasta un palmo, probablemente no.

—Cuando Richards entró poco después de que Jane encontrara a Mr. Foxcroft estaban exactamente como ahora, con una brecha de unas pocas pulgadas. Lo suficiente, si uno entraba por la ventana procedente de la terraza, para permitirle atisbar en la habitación.

Appleby se dirigió al escritorio y pareció estar examinando la carta sobre las ganancias brutas.

—Mr. Ferryman —dijo—, usted nos ha dado un relato de sus movimientos. ¿Será tan amable de darnos razón de algo mucho más interesante?

Lo miré con una cierta perplejidad recelosa.

—Quiero decir, ¿nos dará una relación de sus pensamientos?

—Realmente, Mr. Appleby.

—No me refiero a sus pensamientos desde que sucedió esto, aunque puedan ser muy valiosos. Me refiero a sus pensamientos antes de que sucediera. ¿Por ejemplo, en qué estaba pensando durante su paseo por el parque? Es con objeto de reflexionar acerca de porqué uno de tales paseos. —Hizo una pausa y me miró casi con ansiedad—. Mi idea, mi experiencia, es ésta. En cualquier reunión de esta clase, y particularmente en una reunión familiar, es probable que haya varios eventos de actualidad y conjeturas. Ciertos temas son de interés general. Hay una expectativa aquí, una aprensión allí. Charles se ha declarado a Mary.

—¿Charles? —preguntó Leader perplejo.

—¿Y está Richard, quizá, seriamente enfermo?

—Justamente —dije. Era evidente que Appleby había desarrollado una técnica para plantear las cosas claramente a personas de corta inteligencia.

—La constelación familiar —continuó Appleby, como si recordara de repente que yo pertenecía a una categoría distinta—. Si uno puede hacerse cargo de todo eso,

estará en una posición muy firme como investigador. Es distinto, naturalmente, si se trata de la desaparición de tenedores y cucharas. Pero en un asunto como éste, el policía tiene que buscar el mismo tipo de información preliminar que buscaría el psiquiatra si se requirieran sus servicios. A menudo sería mejor que el policía fuera psiquiatra. —Y Appleby me sonrió alentadoramente, como un hombre excesivamente educado. Leader, como si estuviera seguro de lo que iba a seguir, empezó a afilar con energía no uno sino varios lápices.

La tentación era grande. No sé si puedo hilvanar un relato o registrar una serie de pensamientos. Pero hacerlo es mi preocupación constante. Además, no había que pensar en ocultar nada; estaba convencido de que casi todo lo que pudiera contar lo iba a averiguar tarde o temprano. Quizá pude haber dudado a no ser por el impulso instintivo de producir sorpresa, propio del escritor. Me volví a Leader; preparó su lápiz.

—En el parque —dije— estaba pensando en el cohete que mi primo Basil piensa mandar a la luna.

—La luna —dijo Leader con satisfacción. Quizá la exclusión de Saturno o Urano había sido un buen paso adelante.

—O, en lo que es quizás una versión más exacta, en la determinación de mi primo de establecer una estación meteorológica en el Antártico. Sea lo que fuere, se propone vender Belrive.

Appleby, de pie ante el fuego, estaba llenando una pipa.

—¿Suprimo —preguntó— es rico?

—No, creo que no mucho. Esta propiedad, cuyo solar debe ser extraordinariamente valioso, es probablemente su posesión más importante.

—Y virtualmente se propone invertirla entera en su expedición: ya veo. ¿A propósito, qué puede decirme de Mr. Foxcroft?

—Wilfred se dice que es millonario.

—¿Y no tiene hijos?

—Es soltero. Supongo que heredaría su hermano Cecil. Pero mi sobrina, Anne Grainger, que está bajo su custodia, podría razonablemente esperar un legado.

—¿Y Sir Basil? ¿Su heredero es su hermano, Mr. Hubert Roper?

—Sí.

Hablé con cierta desgana y Appleby sonrió.

—No hay nada sospechoso en ser heredero de alguien. —Y antes de que yo pudiera calibrar la lógica de esta afirmación, prosiguió—: Hasta aquí lo que respecta a la preocupación principal en todos ustedes: el priorato, parece, va a ser vendido. ¿Qué más?

Me cogió desprevenido. El joven era interesante y, aunque desconcertante, no era desagradable. La extraña ficción de que éramos colegas, de que mis aficiones estaban aquí más que en la biblioteca, se posesionó de mí por un momento. Hablé, discretamente, pero francamente en general. Lo sustancial ya lo he escrito. Por lo

menos, creo que le ahorré tiempo. Y confieso que esa ocupación me proporcionó cierto placer.

A partir de este momento, y por el resto de este breve relato, el lector tendrá que aceptarme como una especie de Watson. Durante las investigaciones subsiguientes, Appleby parecía sentirse verdaderamente desgraciado si no permanecía a su lado. Durante las entrevistas que sostuvo con varios miembros de la familia, se le ocurrió que yo debía estar presente como lo que él llamaba un amigo de la familia. Y, manteniendo que una persona tan versada como yo en el conocimiento del carácter humano era inestimable, sostuvo conferencias conmigo, entre las que me hizo varias confidencias. Supongo que sabía que en realidad estaba urdiendo algo. Pero era ligeramente excitante y acepté el papel que se me había asignado.

Presentí que la entrevista con Basil sería bastante embarazosa. Invitar a cenar a un nuevo conocido con el propósito de entretener a la hermana y verlo instalado en su estudio como detective es una experiencia desconcertante. Pero Basil no estaba desconcertado. Creo que había calibrado a Appleby, y Basil no podría haber hecho lo que había hecho si no fuera un profundo conocedor de los hombres, y le gustó; le continuó gustando incluso cuando la entrevista se convirtió en algo parecido a un duelo y pese a la extraña forma en que terminó.

—Sir Basil —empezó Appleby—, ¿se le ha ocurrido pensar que puede estar en peligro?

Basil enarcó las cejas.

—Usted nos alarma —dijo secamente.

Era más que evidente que Basil no estaba alarmado. Pero admito que me había sobresaltado ante la sugerencia, y su mirada irónica iba en mi dirección.

—Usted estaba trabajando aquí en su escritorio a las siete y media; unos quince minutos más tarde a otra persona que estaba sentada en el escritorio le dispararon entre las cortinas.

—¿Entre las cortinas? —Basil miró al hueco de la ventana y frunció las cejas.

—¿Las cortinas no estaban en esta posición cuando estaba en su estudio?

—No. Cuando volví aquí para trabajar después de cambiarme, vi que habían sido movidas. En esta época del año los criados encienden unos fuegos enormes. Antes de sentarme abrí la vidriera y dejé las cortinas abiertas poco más o menos un palmo.

—El hueco, ahora, no pasa de dos pulgadas. ¿Puede sugerirnos cómo sucedió eso?

—Unos minutos más tarde de las siete y media, como usted sabe, fui a la biblioteca. Quería estar allí cuando los demás empezaran a reunirse para la cena. Parece que Wilfred, es decir, Mr. Foxcroft, vino aquí para escribir una caria. Es probable que corriera de nuevo las cortinas.

—De manera que el agresor podía tener sólo una visión imperfecta de la persona a la que estaba disparando, una persona sentada, téngalo en cuenta, a contraluz. ¿Estará de acuerdo en que puede estar en peligro?

Basil negó decididamente con la cabeza.

—No. No puedo concebir que nadie intente cometer un crimen tan a la ventura. Si el disparo fue deliberado es abrumadoramente probable que fuera dirigido a Wilfred. No tengo el menor cuidado.

—Mr. Ferryman —dijo Appleby enigmático— estaba, persuadido de lo contrario. Hizo una pausa.

—Supongamos, entonces, que a Mr. Foxcroft le dispararon deliberadamente: ¿puede sugerir algún motivo para esto?

—Es posible que se encontrase con un ladrón, que le disparó mientras huía.

—Eso es posible, naturalmente... Usted debe haber estado solo en la biblioteca cuando sonó el disparo, según creo.

Basil alzó la vista rápidamente.

—Estaba solo, ciertamente. Los demás bajaron más bien tarde.

—¿Y no oyó nada? Mr. Ferryman ha sugerido que hay tantos ruidos del tráfico parecidos al disparo de un revólver que la detonación pudo pasar inadvertida. ¿Pero, un grito o lamento?

—No oí nada hasta que Jane empezó a chillar en el vestíbulo.

Appleby se detuvo nuevamente. Leader garabateó.

—Sir Basil, ¿se le ocurre algo que en las circunstancias de Mr. Foxcroft pudiera hacer explicable un ataque de esta clase? No voy a considerar la idea de un ladrón. Es improbable, aunque sólo sea porque a Mr. Foxcroft parece que le dispararon cuando estaba sentado.

—No se me ocurre nada. No estoy muy al corriente de sus asuntos.

—¿Es su sobrino?

—Sí.

—¿Pero no han estado nunca estrechamente asociados?

Empecé a preguntarme si habría hecho bien al esbozar de forma tan servicial los asuntos de la familia.

—Nos veíamos muy a menudo hace años. Los dos escalábamos. Pero ésta es la primera visita de Wilfred al priorato desde hace mucho tiempo.

—¿Hubo un alejamiento?

—En mejor inglés —dijo Basil con la mayor frialdad— hubo una pelea.

Appleby asintió con la cabeza; lo hizo con este aire más bien alarmante de despiste momentáneo.

—Dígame, ¿hubo alguien más que haya estado recientemente en el priorato en todo eso? Me refiero a la escalada.

—Solamente Ralph Cambrell, que estuvo aquí en el almuerzo y con quien tuve luego una charla de negocios.

—¡Cambrell! —exclamó sorprendido—. Esto es nuevo para mí. Nunca habría pensado que fuera de esta clase.

—Era distinto antes de que la hilandería lo atrapara. En realidad él y yo escalamos juntos sólo una vez. Fue en Scafell y tuve una horrible caída en el ascenso desde *Lords Rake*.

Por primera vez en aquella noche, John Appleby mostró algo parecido a la emoción.

—¡Tuvo una caída en *Lords Rake*!

Basil sonrió.

—Exactamente. Cambrell apenas empezaba a escalar; habría estado bastante seguro en *Broad Stand*. *Central Buttress* era mi marca por entonces; en escaladas de rocas no tenía realmente mucho que aprender. Pero me caí en *Lords Rake* y perdí el sentido. Cambrell tuvo que quedarse allí hasta que recobré el conocimiento, y luego llamamos la atención de unos que se dirigían a *Pikes Crag*. Se portó muy bien y, supongo que debido a que no me interesa demasiado, esto me ha hecho sentir cierto embarazo desde entonces.

—*Pikes Crag* —dijo Leader, y mordió la punta de su lápiz. Era absurdo y me entraron ganas de reír. En lugar de eso miré a Appleby y vi que Appleby miraba a Basil. La cámara, se me ocurrió, se había transformado momentáneamente en un aparato de rayos X; y pocas veces he recibido una impresión más fuerte de lo que se llama un ojo penetrante.

Bruscamente, casi como si estuviera sacudiéndose algún pensamiento apremiante, Appleby se levantó.

—Sir Basil —dijo—, ¿puedo recorrer la casa?

Si Basil estaba sorprendido o enojado; no lo demostró.

—Ciertamente, puede ir a donde quiera. Hemos sido muy afortunados de que este desgraciado asunto haya coincidido con su presencia aquí —tuvo una vacilación que me recordó a Anne— y tan activamente dispuesto.

—Gracias. No debemos apartarlo de sus invitados. Quizá nos acompañe Mr. Ferryman.

—Arthur —dijo Basil— es el hombre indicado.

En el siglo XVIII uno esperaba poder visitar cualquier casa cuando la familia no residía allí; John Byng, en esos *Torrington Diaries* que son mis favoritos, más de una vez expresa su indignación al serle denegado este derecho sancionado del *gentleman* viajero. Había pensado a menudo que con la apariencia de una anciana ama de llaves no habría sido un mal cicerone para Belrive. Y ahora se me encomendaba esa tarea, y en circunstancias que eran extrañas y perturbadores en extremo. Que yo fuera el hombre adecuado pudo haber sido cierto. Pero los intereses de Appleby, supuse, difícilmente podían ser los de un anticuario, y estaba totalmente perplejo para

explicarme este deseo súbitamente expresado como no fuera en términos de puro capricho. ¿Se proponía buscar el arma desaparecida? No era, precisamente, una tarea como para emprenderla a las diez de la noche, y con varias personas esperando ser entrevistadas.

Entramos en el vestíbulo vacío y Appleby se paseó por allí como si estuviera en un museo, hablando despreocupadamente todo el rato.

—Esta reunión —dijo— tenía por objeto la reconciliación entre Wilfred Foxcroft y Sir Basil. Una reconciliación genuina, supongamos. —Se detuvo ante el Guardi—. ¿Es éste el cuadro que su primo ha vendido a Cambrell? —Sí.

Appleby lo miró dubitativamente.

—¿Cree usted, Mr. Ferryman, que Guardi pintó alguna vez a la acuarela con este toque relamido?

Repliqué que no conocía la técnica de Guardi pero que no me sorprendería si el cuadro resultaba ser una falsificación.

—En otras palabras tampoco le agrada Cambrell —dijo Appleby—. Ahora, acerca de esa disputa que usted dice que tuvo con su primo. ¿Tiene la impresión de que Sir Basil rehusó una oferta favorable por su propiedad? ¿Y que fue con referencia a esta negativa que Cambrell dijo...?

Leader hojeó su cuaderno de notas.

—*¡Condenado idiota, incluso el imbécil salpicador de pintura de su hermano tendría más sentido común!* —leyó.

Appleby afirmó con la cabeza.

—¿Se refería a Mr. Hubert Roper, el heredero de la propiedad?

—Sí.

—Retratos de familia, muy interesantes... ¿Diría que la observación de Cambrell era cierta?

Lo pensé.

—No. Creo que Hubert sería muy renuente a vender Belrive.

—Ya veo. Pero Cambrell puede muy bien estar convencido de que no es así... ¿El Watts, supongo, es del padre de Sir Basil?

Encontré que esta vacilación entre detección y peritaje recordaba de manera deprimente a Lucy en su actitud más característica. Sin embargo, continué pensando que Appleby sabía lo que se traía entre manos. Repliqué que el retrato que estábamos contemplando era verdaderamente del padre de Basil.

—Hay un gran parecido de familia —dijo Appleby—. Y también existe en los Foxcroft. Tanto Wilfred como Cedí tienen un cierto parecido con Sir Basil. E, incidentalmente, Wilfred y Cecil son extraordinariamente iguales. Casi podrían ser mellizos.

—Wilfred es el mayor con casi cinco años más —repliqué. Vi que la observación de Appleby, que era bastante exacta, podía dar que pensar. Esto es lo que probablemente hizo Leader, puesto que tomó su inevitable nota.

—¿Supongo —prosiguió Appleby— que no habrá un retrato de Wilfred aquí? Sólo lo he visto como un hombre malherido.

—No hay ninguno, que yo sepa. Hubert está empezando un retrato de Cecil, un tema fantástico reflejado en un espejo y con un cierto énfasis sobre una zapatilla de mujer. Pero eso no viene al caso.

Appleby me miró dubitativamente.

—Sí —dije— eso creo. —Pareció reflexionar—. Me pregunto si lo podríamos ver. Creo que le interesará a Leader. También pinta algo.

Me resultaba muy difícil considerar esto de otra forma que como un elemento del chiste más inoportuno. Sin embargo, les precedí hacia el ático. Appleby continuó hablando.

—El doctor Foxcroft —se estaba refiriendo a Cecil— es obviamente un director de escuela, ¿no es así? Me parece recordarle como un miembro de St. Thomas. ¿Conserva todavía su plaza?

—No sé nada referente a sus estudios —repliqué— excepto que lee la *Seria Llamada a una Devota y Santa Vida*, de Law.

Ni siquiera Leader tomó ninguna nota esta vez. La omisión, curiosa por cierto, fue un error.

No teníamos nada que hacer, pensé, en el estudio improvisado de Hubert. Pero Horace Cudbird, todavía menos. Con todo allí estaba Cudbird de pie en medio de la habitación, con una especie de terca perplejidad reforzada por el hecho de estar reflejado una y otra vez en los tres espejos que todavía estaban en posición. Levantó la mirada cuando entramos y dio la bienvenida a Appleby.

—Así que has venido, John. Me estaba preguntando cuánto tiempo tardarías en presentarte. —Se volvió hacia mí—. John se ha interesado siempre por el arte —dijo—. Yo lo estoy más por la fotografía.

—Mr. Appleby, ciertamente, parece ser una autoridad en Guardi.

No pude resistirme a dar este golpe. Pues Leader le estaba mirando de una forma que estaba lejos de sugerir que a él le ayudara en algo. Habíamos subido empujados por una simple veleidad o por la curiosidad más irrelevante. Pero mientras llegaba a esta conclusión, volví a mirar a Appleby y tuve mis dudas. Estaba sometiendo a la habitación al escrutinio más minucioso.

—¿Fotografías? —dijo distraídamente a Cudbird.

—Sí. Y pueden ser muy instructivas.

El cervecero estaba mirando a Appleby como quien está resolviendo un rompecabezas.

Appleby dejó de mirar a su alrededor. Por vez primera parecía que estaba pensando realmente con intensidad.

—Particularmente, si uno juega con negativos y unas tijeras.

—Mr. Cudbird —dijo Appleby lentamente—, debo entender que está interesado en esta investigación.

—Lo has acertado, John. Y si no fuese algo impropio estando Wilfred Foxcroft a las puertas de la muerte, apostarí cinco chelines.

—No importa la impropiedad —dijo vivamente Appleby—. Hecho.

Miré a Leader. La desaprobación que se reflejaba en su cara debió haber sido una exageración cómica de la que aparecía en la mía.

Acerca de lo que había sucedido en el estudio de Basil, había siete teorías principales, patrocinadas por siete personas distintas, entre las cuales una de las más categóricas debía ser la mía. Pero mientras estuve en el estudio de Hubert esto se me ocultó, y sentí que la proposición de Cudbird de incluir un elemento *amateur* en la investigación era de un gusto muy dudoso.

—Me siento algo molesto —dije— por entrometerme en los dominios de Hubert de esta manera. De modo que si las aficiones artísticas de Mr. Leader han sido satisfechas...

Me detuve impulsado por la extraordinaria conducta de Appleby. Había estado curioseando los bocetos esparcidos sobre la mesa de la forma más descarada, mostrando ocasionalmente uno a Cudbird como si estuviera resolviendo su propio rompecabezas. Pero, ahora, había abandonado esta ocupación; se ocupaba en examinar los materiales de pintura que estaban junto al caballete. Entre éstos había unas cuantas botellas; cada una de las cuales fue recogida en riguroso turno y olfateada. Era la forma exacta en que se supone que actúan los detectives; el efecto fue realizado cuando sacó una pequeña lupa y se dedicó a escudriñar una botella con el cuidado más minucioso.

—Naturalmente —dijo—, depende de la pólvora y del arma. Pero, a veces, efectuar un solo disparo será suficiente para ponerle a uno la mano perdida por el humo. En este caso la trementina es útil. —Dejó la botella—. La delatora huella dactilar, sin embargo, no aparece.

De repente, me sentí algo deprimido. El estímulo intelectual, el sentimiento de la caza en marcha, me había abandonado de repente. Por el contrario, veía a un joven capaz y bien educado desempeñando una profesión indigna, proponiéndose envolver a Belrive en un gran escándalo. Al mismo tiempo, descubrí en mí mismo un enojo totalmente irracional contra Wilfred Foxcroft. No le deseaba ningún mal; pero no podía evitar el sentir que había sido él quien nos había metido en esto al colocarse en la trayectoria de una bala misteriosa. Recordé su gran confianza con el revólver mientras íbamos en el taxi; su cháchara informativa acerca de los topes de seguridad y las gotas de Verona. Y mientras pensaba esto cambió mi humor. De repente, me hallé pensando en Wilfred con una gran benevolencia y deseando que llegaran noticias tranquilizadoras del hospital. Y como para contrarrestar de nuevo esto, la imagen de Cecil se alzó en mi mente y pensé cuán irritante y pomposo era Cecil. Sentí que casi era una lástima que no hubiese sido Cecil quien hubiese decidido escribir una carta en el escritorio de Basil...

Me desperté con un respingo. Sólo había una explicación para estas

extravagancias, y podía leerse en la esfera de mi reloj. ¿Cuándo se nos permitiría ir a la cama? Tuve una horrible visión de estos olfateos, vagabundeos y preguntas dilatándose en la madrugada de Belrive sin que se nos permitiera el menor asomo de sueño hasta que todo hubiera sido descubierto. Me volví y me dirigí a Appleby alzando la voz de manera forzada, como un presidente determinado a clausurar una reunión.

—Puesto que se está haciendo algo tarde...

Appleby miró su reloj.

—Sí —dijo—, como se está haciendo muy tarde, podemos esperar que Wale haya regresado. Y él es el siguiente, Mr. Ferryman, con quien debemos hablar.

Me embargó la desesperación.

—Con su permiso.

—Estos doctores dé moda creen que deben ser muy discretos. Le gustará saber que hay un testigo en quien pueda confiar. ¿Bajamos?

Era pura zalamería. Pero cedí. Nos dirigimos a la puerta. Cudbird, que había estado callado por algún tiempo, miró por última vez a su alrededor.

—Debo encontrar a Sir Basil para despedirme —dijo—. No sé si estará bien que lo diga, no siendo de la familia. Con todo no puedo evitar el tener un verdadero interés en Belrive ahora.

Le interrumpí.

—¿Va a comprar el priorato, Mr. Cudbird?

Me miró de manera cautelosa, recelando hostilidad.

—Es muy probable.

—¿Sería imperdonable preguntar para qué?

—Una taberna con un jardín, una sala de conciertos, una pista de patinaje, un lugar de diversión para los niños, una incluso, un baile, un colegio.

Sus ojos centelleaban mientras soltaba este catálogo, espantoso para mí.

—¡Observe —dijo rápidamente— que hay dinero en ello! —Nos miró desafiante—. No se llamen a engaño.

Se marchó.

Leader parecía perplejo. Appleby rió entre dientes.

—Pura filantropía. Gastará miles. Y todos los bribones de la ciudad dirán que Cudbird se ha ablandado al fin.

—Creo —dije— que podía haber elegido un lugar más apropiado para su temerario experimento social.

Appleby se dirigió a una ventana y descorrió la cortina. Supongo que podía ver el brillo intermitente de la gran botella lamiendo las ruinas que habían sido una vez el centro neurálgico de la comarca.

—No sería del todo imposible —dijo formalmente— sostener que usted está equivocado.

Bajamos al piso inferior. Estaba irritado, como uno puede estarlo ante una

agudeza con la que no está de acuerdo en absoluto. Nada tiene menos relación con el sentimiento que el sentimentalismo. Y sólo podía ver sentimentalismo en el proyecto de Cudbird y de Basil; en aras de un efímero experimento «progresista» se iba a destruir todo lo que había de verdaderamente venerable en Belrive. Fue, sin duda, debido al humor en que me hallaba, que encontré particularmente irritante el incidente que ocurrió luego.

Casi habíamos alcanzado el vestíbulo; estábamos, de hecho, en el lugar desde el que Lucy y yo habíamos observado el lance con Cambrell aquella noche, cuando Appleby de repente quedó helado. La palabra no es demasiado fuerte; su disciplinada inmovilidad me recordó a esos perros más bien pesados que se utilizan para ventear la caza. Involuntariamente, me hallé actuando de la misma forma, y detrás de nosotros Leader también se detuvo. Estábamos espiando a Cecil Foxcroft.

Y Cecil parecía estar ocupado en una actividad algo similar. No había nadie más en el vestíbulo; estaba merodeando por la habitación tal como lo haría en un dormitorio cuando los muchachos estuvieran de excursión. El censor preparándose a sorprender lo moralmente reprobable y temiendo al mismo tiempo ser sorprendido; el propietario invadiendo equívocamente lo que ha arrendado a otros; el invitado curioso consciente de que los criados pueden estar a la vuelta de la esquina: en Cecil eran evidentes todas estas sugerencias. Cuando lo observé por primera vez estaba probando las puertas de una gran vitrina. Habiéndose asegurado de que no estaban cerradas se dirigió a la chimenea y permaneció allí un momento mirando a su alrededor, sin levantar, con todo, su mirada hasta el nivel en que nos hallábamos nosotros. Luego se dirigió de nuevo a la vitrina, la abrió y pareció escudriñar en su interior. La operación duró quizás un minuto; cuando hubo concluido cerró de nuevo la puerta, efectuó una nueva inspección del vestíbulo y se dirigió a otra vitrina. Me disgustó muchísimo todo esto y me sentí aliviado cuando Appleby continuó su interrumpido descenso por las escaleras.

Nos presentamos ante Cecil en el momento en que acababa de abrir la vitrina. Era antigua y espaciosa, de estilo holandés, con puertas de madera ribeteadas de hierro. En los estantes había varios jarros de loza de gran tamaño, pintados con dibujos primitivos en amarillo y marrón.

—Predinásticos —dijo Appleby más o menos al oído de Cecil.

Los muchachos habían vuelto de su excursión claramente a destiempo. El salto de Cecil fue una migaja de satisfacción maliciosa en esa situación totalmente deplorable. Leader estaba todavía sosteniendo su cuaderno de notas ceremoniosamente delante de su estómago y presentaba todas las apariencias de ir a pedir una explicación por la conducta de mi primó.

Cecil tenía el recurso de la exactitud.

—Precisamente. Sin duda del cuarto milenio, míster Hur-Appleby. Estas cosas deberían estar bajo llave.

Y Cecil se colocó las gafas sobre la nariz y miró fijamente a Leader. Este es, si no

recuerdo mal, el modelo de técnica escolástica para tratar con chicos contra los que no se dispone por el momento de ningún arma lógica. Pero Leader no estaba impresionado.

—¿Bajo llave? —dijo—. Vamos a encerrar bajo llave algo más que un montón de potes paganos.

Dio a la punta de su lápiz una chupada hambrienta.

Cecil frunció las cejas.

—Los bienes deben ser conservados. Ha habido sin duda un intento de robo. ¿Por qué otro motivo le habrían disparado a Wilfred? Y, sin embargo, cuando nuestras energías deberían emplearse en descubrir qué, si es que algo ha sido robado, Basil no hace nada en absoluto. Hay una vena de irresponsabilidad en Basil. Esta despreocupación —hizo un ademán vago en dirección a las hileras de utensilios egipcios— es en realidad una debilidad moral. Puesto que un hombre no respeta sus propios bienes, ¿cómo podemos asegurar que respetará los bienes de los demás?

Y Cecil, como si se diera cuenta oscuramente de la debilidad dialéctica de esta proposición, frunció el ceño con mucha severidad.

—¿De modo que está intentando —dijo Appleby— reparar las debilidades morales de Sir Basil?

—He estado echando un vistazo. Si hubiera desaparecido algo importante creo que me habría dado cuenta.

No era, pensé, increíble en absoluto. Cecil tenía esta mentalidad. El que su hermano pudiera estar muriéndose en el hospital no le apartaría del sagrado deber de conservar la propiedad privada, aunque se tratase de bienes que iban a dispersarse a continuación con objeto de mandar cohetes a la luna. En él esto era instintivo. Y tuve en un momento una visión fantástica. Vi a Cecil, metido en una caja de cristal, fijo en algún museo del futuro como un espécimen excelente del Hombre Adquisitivo. Y esto me impulsó a decir, absurdamente:

—El Guardi; Mr. Appleby hace abrigar los mayores temores en este sentido. Parece que está allí todavía, ¿pero y si lo hubieran sustituido astutamente por una copia? Mr. Appleby, cuya mente es una verdadera *omne scibile*, duda de que Guardi pintara jamás a la acuarela con ese toque relamido.

Cecil me miró con suspicacia.

—¿Sustituido? Se dice que esto ha pasado a veces. La Mona Lisa de Leonardo parece ser un ejemplo. Un cuadro admirable. —Cecil se quitó las gafas de nuevo y se dirigió a Leader. Su expresión se hizo afable e instructiva—. Es tan vieja —dijo— como las rocas entre las que descansa.

Nuestra conversación había alcanzado este extremo de inconsecuencia cuando Appleby decidió preguntar:

—Dr. Foxcroft, ¿sería tan amable de decirnos qué estaba haciendo a las ocho menos cuarto de esta noche?

Cecil pareció apartar su mente con un esfuerzo de la obra maestra de Leonardo.

—¿A las ocho menos cuarto? Estaba en mi habitación.

—¿Cuáles fueron sus movimientos desde la hora del té en adelante?

—Estuve leyendo en la biblioteca hasta cerca de las seis y media. Luego fui a mi habitación y escribí cartas. Hacia las siete y media me cambié. No bajé hasta que se produjo aquel alboroto en el vestíbulo.

—¿Desde las seis y media en adelante no abandonó su habitación?

Cecil, se me ocurrió, se había convertido de repente en un testigo modelo, breve y preciso. Pero incluso mientras este pensamiento pasaba por mi cabeza, oí el murmullo de las hojas del cuaderno de notas de Leader.

—Dr. Foxcroft —dijo—, hemos obtenido ciertas declaraciones de los sirvientes. —Se detuvo pesadamente; sus modales eran muy distintos de los de Appleby—. Y hemos sido informados por el mayordomo de que a las siete y media llevó un mensaje a su habitación. Llamó dos veces, no recibió respuesta y se fue. ¿Cómo podría explicar eso ahora, señor?

Hubo una pausa y miré a Appleby. Parecía lejos de estar expectante. Y la respuesta de Cecil fue breve y suficiente una vez más.

—Estaba ocupado —dijo solemnemente— orando.

—Orando —dijo Leader tétricamente, y escribió.

—La meditación y la plegaria —amplió educadamente Cecil—. Es mi costumbre a esa hora.

Hubo un silencio ligeramente incómodo. Aquí, pensé, había algo que nunca se le había ocurrido a Lucy, un nuevo tipo de coartada difícil de atacar.

Nos interrumpió la puerta de cristal del pasillo al cerrarse. Entró Sir Mervyn Wale, sacudiendo un ligero polvillo de nieve de un abrigo ribeteado de piel.

—Nieve... niebla... una fuerte helada —dijo—. Una noche detestable para tales aventuras. —Se detuvo, miró con viveza a Appleby y se volvió a Cecil—. Conseguí a Badger —dijo—. No es lo que era. —Wale se quitó el abrigo y se dirigió con él hacia el fuego—. No es una sombra de lo que era, pobre hombre. —Depositó el abrigo sobre una silla—. Nadie hubiera igualado a Badger hace diez años.

Los rasgos de Cecil se compusieron; se situaron en una expresión de decoroso desengaño.

—¿Quiere decir, Wale —preguntó—, que Badger ha operado a Wilfred con poco acierto?

—Inadecuados disparates. —Wale, como muchos médicos de moda, tenía dos maneras de ser: suave y brusca. La manera brusca estaba ahora en acción—. Nunca he visto hacerlo mejor. Pero lento. Su récord era... —Como si recordara al auditorio exclusivamente dispuesto para él, Wale se detuvo, se volvió, calentó sus manos en el fuego—. Fuimos afortunados al conseguir a Badger. Hay que decirle lo que tiene que hacer, naturalmente. Debe estar en cama. Yo tampoco estoy ya para estos trotes. —Se volvió y cuadró los hombros, que bajaban por la fatiga.

—¿Hay esperanza, entonces, por la vida de Wilfred?

—¿Esperanza? Naturalmente que la hay. Seria, por cierto. Una llamada justa. Endiabladamente afortunados con Badger.

Y Wale se dirigió a la escalera, competente, viejo, gastado, extrañamente brusco. Pero mi mirada se concentraba en Cecil. Pocas veces no aparecía complacido consigo mismo y con el mundo que él adornaba. He hecho notar su incapacidad para notar la crítica o la sátira que flotaba en el aire. He hecho notar que en situaciones de primitivismo carecería peligrosamente de sentido del peligro... No era así ahora. Estaba mirando a Wale con consternación... con desaliento... con terror abierto y declarado.

Habíamos regresado al estudio. Appleby no había mostrado ninguna disposición a perseguir a Wale en busca de esa entrevista por la que habíamos dejado el ático de Hubert. Ni había mostrado ningún interés ulterior en Cecil. Verdaderamente su interés por la casa parecía haberse evaporado de momento; Leader había ido a la biblioteca para anunciar que las averiguaciones de la policía habían terminado por aquella noche.

—Se van a dormir —dijo Leader, volviendo a la habitación—. Supongo que haríamos bien en...

—Leader —Appleby alzó la vista—, ¿tomó nota de aquel libro?

—¿Libro? —Leader estaba desconcertado.

Appleby se volvió a mí.

—El libro que ha estado leyendo el Dr. Foxcroft. ¿No dijo que era la *Seria Llamada*, de Law?

—Sí. A Cecil se le ha extraviado. Pero no veo...

—Esa entrevista en el vestíbulo con Wale. ¿Estará de acuerdo en que el Dr. Foxcroft se alteró al final de la misma?

—¿Se alteró? —dije con impaciencia—. Cecil estaba aterrorizado.

Appleby asintió con la cabeza.

—No hay duda de que ésta es la palabra en lo que Sir Basil llama el mejor inglés. Aterrorizado. ¿Tiene alguna noción acerca del por qué?

Titubeé.

—Es espantoso decirlo, pero lo que pareció asustar a Cecil fue el anuncio por parte de Wale de que Wilfred probablemente se recobraría.

—Eso es. —Leader interrumpió con mayor animación de la que había mostrado hasta entonces—. Y debemos hacer lo que podamos de ello.

—Debemos hacer lo que podamos —dijo Appleby— de esto. —Hizo una pausa para recordar—: ¿Esperanza? Naturalmente que la hay. Seria, por cierto. Una llamada justa. Endiabladamente afortunados con Badger.

Nos quedamos mirándole.

—¿Ven? *Seria*, por cierto. Una *llamada* justa. Nada, podría ser más claro.

—¿Quiere decir —no encontraba palabras para expresarme— que Wale se estaba refiriendo de manera encubierta al libro de Law? Es totalmente fantástico. Y Cecil nunca captaría una cosa así. No tiene esa clase de oído.

Appleby negó con la cabeza.

—Nada de eso. Y no creo que el Dr. Foxcroft captara nada conscientemente. Wale utilizó —totalmente al azar— los dos elementos del título *Seria Llamada*. Y eso

alcanzó alguna fibra profunda en la mente del Dr. Foxcroft. Wale y la Seria Llamada llegaron fortuitamente juntos. Y para el Dr. Foxcroft su unión de alguna manera significaba peligro. Esa es la forma en que trabaja la mente.

Sabía perfectamente que la mente trabajaba así. Y aunque consideraba fantástica la teoría de Appleby, sentí un nuevo respeto hacia él. Era claro que no se le pasaba por alto una sola palabra. Miré mi reloj.

—Verdaderamente —dije—, ésa es una idea que sería conveniente meditar en la cama.

Appleby asintió con la cabeza.

—Sí, y eso es lo que Leader va a hacer. Pero pensé que usted y yo podríamos dar un paseo.

Debí mirarle como el conejo mira a la serpiente.

—¿Un paseo? —dije.

—Del género nocturno al que son más bien aficionados en el priorato. Leader, estaré de vuelta por la mañana. Y confío en que se meta oficialmente en esto. Cada vez me interesa más.

La puerta se cerró tras el inspector Leader.

—Pocas veces he encontrado —dije— a un hombre que tuviera un apellido menos apropiado.

Appleby sonrió.

—Dux a non educando.

El latín era malo y nuestra pequeña broma, no mucho mejor. Pero estableció una atmósfera de algo parecido al compañerismo. Appleby llenó de nuevo su pipa; yo me dirigí al escritorio y miré distraídamente la carta de Wilfred sobre ganancias brutas.

—Si mi primo se recobra —dije— o se recupera lo suficiente como para hablar, el asunto probablemente se resolverá por sí mismo.

—Lo dudo. Si alguien apareció en la ventana cuando las cortinas estaban en la posición en que las dejó Sir Basil —con una separación de algunos palmos— entonces no hay duda de que Wilfred Foxcroft reconoció a su agresor. Pero si las cortinas habían sido corridas hasta su posición presente y el disparo se hizo a través de la rendija resultante, entonces puede saber tanto como nosotros. O incluso menos.

—Eso —dije— es bastante difícil.

Mi observación era capciosa, invitaba a responder, y. Appleby recogió el guante.

—Ciertamente parece que sabemos muy poco. Es un caso desusadamente oscuro. El disparo pudo hacerlo cualquiera entre varias personas. Eso es bastante corriente. Pero también pudo dispararse a cualquiera entre varias personas. ¿Quién pensó tirar a quién? El problema tiene dos incógnitas. —Se dirigió a la puerta—. No puedo razonablemente quedar pendiente por mucho más tiempo. Pero me gustaría hacer esa última ronda.

Lo seguí al pasillo; nos pusimos los abrigos; encontré una linterna eléctrica. Fuera estaba nevando ligeramente. Permanecimos unos instantes bajo el porche, observando

los copos de nieve arremolinándose contra el negro manto de la oscuridad. Luego volvimos por la terraza a la ventana del estudio. Bajo nuestros pies había grandes baldosas espolvoreadas de nieve. Appleby las escrutó cuidadosamente. Luego se enderezó, y se volvió hacia la casa. Me sobresalté al observar la postura que había adoptado. Estaba inmóvil contra la balaustrada de la terraza; justo ante él había una grieta de luz procedente de la lámpara todavía encendida del estudio.

—El tranvía —dijo— emitió su destello de luz, y aquí estaba su hombre. —Limpió la nieve de la balaustrada, se sentó sobre su amplia superficie y giró en redondo hasta quedar de cara al jardín—. Y allí —un rayo de luz procedente de la linterna eléctrica taladró la oscuridad— está su estanque de nenúfares. Vería al hombre, pero difícilmente la ventana. Y esto fue alrededor de las siete y veinte. Sir Basil estaba todavía en su escritorio; las cortinas tenían una separación de un palmo aproximadamente. Su hombre podía por tanto ver el interior con bastante claridad. Pero no se le podía distinguir desde el interior. O simplemente como una figura inidentificable dando un paseo. Las siete y veinte. Y nada había sucedido a la media, cuando Sir Basil abandonó la biblioteca. ¿Por qué la espera?

—Obviamente porque Basil no era la presa.

—Muy bien. Su primo Wilfred entra, se dirige a las cortinas y las corre. —Appleby hizo una pausa—. Difícilmente podía hacer eso sin revelar su identidad al hombre del exterior, suponiendo que su hombre... —Se detuvo de nuevo—. Suponiendo que su hombre esté todavía allí.

—No sabemos que Wilfred corriera las cortinas. Eso pudo hacerlo luego el agresor. Wilfred pudo haberse sentado simplemente y empezado la carta.

—En ese caso también —Appleby habló con súbita decisión— el agresor sabía a quién estaba disparando. Sólo si disparó a través de una rendija es razonable suponer que cometió un error. Pruébalo ahora.

—¿Probarlo?

—Voy a entrar de nuevo. Dispáreme a través de la rendija.

Se fue. Lo que se había propuesto en definitiva era nada menos que una reconstrucción del crimen. Una vez más me sentí extremadamente indignado por el estilo siniestro de la actuación de este joven. No, sentía la menor inclinación por jugar a disparar a Wilfred Foxcroft.

—Ya estoy aquí. —La voz de Appleby llegó blandamente a través de las cortinas—. Estoy en el escritorio con mi carta ante mí. Dispare.

Con cierta vacilación entré por la ventana y miré a través de la rendija.

—¿Quién soy?

—Usted es el joven al que Basil invitó a cenar. Pero si tuviera una certeza *a priori* de que era algún otro.

—Precisamente. A través de la rendija el error es posible. Ahora esto.

Las cortinas fueron corridas unas dieciocho pulgadas, tan de repente que di un salto. Appleby se volvió al escritorio.

—¿Quién soy ahora?

—Muy bien. Ocupémonos de su hombre desconocido. Está fuera, las cortinas están descorridas, puede ver que es Sir Basil quien está sentado aquí. Espera. Sir Basil se va. Wilfred Foxcroft entra. Si Wilfred Foxcroft corrió las cortinas tal como estaban podemos decir lo mismo. Por tanto si fue su desconocido quien disparó fue a Wilfred a quien quería alcanzar. Pues solamente si el agresor llegó después de que Wilfred corriera las cortinas hasta dejar una rendija, hubiera sido posible para él equivocarse sobre a quién estaba disparando. ¿Está de acuerdo?

Le di la razón. Mi cabeza era un torbellino.

—Pero así y todo eso no es completamente indiscutible. Únicamente se sostiene si su desconocido hubiera estado observando ininterrumpidamente. ¿Qué me dice de esto? El desconocido sale a la terraza, mira al interior a través de las cortinas abiertas y ve a Sir Basil trabajando. Aquí está su oportunidad. Pero no tiene arma. Se apresura a coger una. Y mientras está lejos Basil abandona la habitación y entra Wilfred y corre las cortinas. El desconocido vuelve con un revólver. Da por sentado que ha sido Sir Basil quien ha corrido las cortinas y que es a Sir Basil a quien ve en el escritorio cuando atisba a través de la rendija. Dispara. ¿Qué piensa de eso?

—Pienso —dije lentamente— que esto le lleva al punto de partida.

Appleby frunció el ceño.

—Me lleva a esto. Supongamos que su desconocido fue quien disparó. Supongamos que creía estar disparando contra Sir Basil. Supongamos finalmente que, como he sugerido, fue a buscar un arma, no dándose cuenta por tanto de que Wilfred había ocupado el lugar de Sir Basil. ¿No duró demasiado la búsqueda del arma? Su desconocido estaba observando a Sir Basil alrededor de las siete y veinte. Wilfred Foxcroft no entró en el estudio sino hasta después de la media, y tuvo tiempo para escribir una parte considerable de una carta. El disparo difícilmente pudo haberse producido antes de las ocho menos veinte. ¿Por qué empleó el desconocido veinte minutos en conseguir un arma?

—Quizás porque fue a buscar una al campo de tiro. Para hacer eso habría tenido que cruzar buena parte del parque.

—¿Usted estaba paseando en esa dirección?

—Sí —dije. Y añadí—: Pero no buscaba un arma.

Appleby ignoró esta salida.

—¿Cuánto tiempo llevaría eso?

—Verdaderamente no sabría decirlo con exactitud.

—Por tanto debe medirse. En la oscuridad y con alguien que conozca el camino. ¿Le importa?

Era claro para mí que Appleby simplemente detestaba la idea de ir a dormir a su casa.

—Muy bien —dije—. Vamos.

Bajamos las escaleras, nuestros pies crujendo en la nieve. La botella de Cudbird

centelleó tras las ruinas; las lámparas de la calle todavía encendidas más allá del alto muro del parque; por doquier la oscuridad era absoluta. Atravesamos el jardín en silencio; nos habíamos adentrado en el parque cuando habló Appleby.

—Creo que tendremos compañía —dijo.

Le entendí sólo a medias. Mi mente había retrocedido a la terraza, reexaminando automáticamente todo lo que sabía.

—¿Compañía? —pregunté estúpidamente.

La linterna alumbró la nieve frente a nosotros.

—Alguien efectuó esta expedición hace poco. Una mujer. Y creo, sí, que fue seguida por otro.

No tiene nada de maravilloso leer las huellas sobre la nieve. Pero estaba algo cansado y tuve la súbita sensación de que Appleby era lo que le había llamado Geoffrey: un sabueso suelto. Y además de esto yo mismo trotando al lado del bicho.

—Creo que debería decir —las palabras se me escaparon abruptamente— que más bien detesto todo esto. Me terno que no creo mucho en la justicia. A menudo debemos castigar en un hombre el hecho que ha nacido en el pensamiento de otro hombre.

La nieve caía blandamente sobre mi cara; me daba perfecta cuenta de cuán absurdo era proferir una oscura observación filosófica. Pero Appleby se interesó.

—¿Justicia? —dijo vivamente—. No, no creo en eso en absoluto. Cuidado con las ramas.

Me agaché; invisibles ramitas rozaron mi mejilla.

—Pero seguramente en ese caso...

—Creo en la injusticia. Que estamos constantemente en peligro de cometerla. Y no simplemente en los tribunales de justicia. Considere este disparo. —La voz iba surgiendo quietamente de la oscuridad—. Leader podría no darle importancia. El extraño, feo suceso que había acontecido aquella Navidad en Belrive: eso es lo que sería para todos ustedes por el resto de sus días. Una alacena familiar atestada de injustos celos. Mucho mejor vaciarla.

—¿Y cree usted que puede vaciarla?

—¡Oh, sí! Ya tengo la clave.

Hacía un frío extraordinario en el parque. Pero fue la excitación, creo, lo que me hizo tiritar en ese momento.

—¡Tiene la clave! —exclamé.

—No. —La voz de Appleby se tornó de repente angustiosa—. Me expreso mal. Sé dónde está la clave. Como la marmita en el fondo del océano. No perdida realmente. —Rió tristemente—. Wale dijo algo que me llevó directamente a ella. O casi. De todos modos, se ha vuelto a marchar.

Recordé la extraña teoría de Appleby sobre la *Seria Llamada*.

—Wale parece haber sido desusadamente comunicativo —dije.

Appleby rió de nuevo.

—De forma involuntaria. *Nieve... niebla*. Eso es lo que dijo. Me recordó una poesía.

—¡Una poesía! —exclamé, y me pregunté si Appleby estaría tan agotado mentalmente como yo.

—Eso. —En su voz había ahora un tono de burla—. Dije algo sobre la nieve y la niebla, y pensé *Poesía*, y la llave casi giró en la cerradura. ¿Puede ofrecer alguna sugerencia?

El vaso de Cudbird se llenó y obtuve una visión fugaz de la cara de mi compañero. Estaba absorto. Su pregunta tenía evidentemente una intención seria. Por un momento caminamos en silencio.

—¿Qué le parece —pregunté— ésta?

*Cierra la contraventana con barra y cerrojo,
Pues soplan vientos pestilentes...*

—Suenan prometedor.

*Cierra la contraventana con barra y cerrojo,
Pues soplan vientos pestilentes:
Nuestros espíritus están en su mejor momento esta noche,
Y parecen saber
Que todo lo ajeno a nosotros es
Loco como la niebla y la nieve.*

—No —dijo terminantemente Appleby—, no es eso. Es algo más conocido.

Caminamos en silencio. Explorar la poesía inglesa en busca de niebla y nieve no me parecía un camino prometedor para que un policía resolviera un caso misterioso. Pero la mente de Appleby debía estar dispuesta a considerar todos los aspectos de su extraño problema.

—Gran cantidad de niebla —dijo luego— en verso, y gran cantidad de nieve. Pero no se presentan juntas a menudo...: Hemos estado paseando siete minutos a paso lento. ¿Estamos cerca...?

Sentí su mano en mi brazo y me di cuenta de que estábamos a oscuras; había apagado la linterna. Me detuve instintivamente. Desde algún lugar justo enfrente de nosotros, y al abrigo de las ruinas, había llegado un agudo sonido metálico. Se repitió una vez. Luego, silencio.

Durante más de medio minuto permanecimos completamente inmóviles. La mano de Appleby todavía en mi brazo. Y luego con infinita cautela mi compañero avanzó de puntillas. Como bajo una compulsión irresistible yo hice lo mismo. Pero comprendí con desaliento que estábamos espiando una vez más.

Veo que he llegado a la mitad de mi relato tal como había planeado. Y para esto el lance en las ruinas sirve perfectamente. Es dramático sin llegar al extremo de un clímax inconveniente; en algunos aspectos es el preludio del clímax que llegará de hecho. Si estuviera interesado —como está lejos de ser el caso— en disponer mi material con un arte angustioso, creo que colocaría este sombrío episodio justamente donde está ahora...

Me tomó por sorpresa. Appleby había advertido que íbamos a tener compañía, pero sin suscitar mi expectación. Estaba cansado; creo que había caído en ese estado de semivigilia que los psicólogos llaman hipnagógico; de lo que era mayormente consciente mientras caminaba era de una serie de imágenes mentales de viveza poco común. Avanzando hacia las ruinas, con el lento flujo y reflujo de la botella de Cudbird ante mí, lo que en realidad veía era la ventana del estudio de Basil, sus cortinas abriéndose y cerrándose como si marcaran las pausas en algún juego enigmático. Y al mismo tiempo otra parte de mi mente, una parte verbal, se estaba comportando de modo similarmente indisciplinado. La caza de la niebla y la nieve había suscitado un recuerdo de la caza de las campanas de Shakespeare que Lucy había organizado la tarde anterior; fragmentos de citas pasaban de nuevo por mi cabeza; estaba en el más deficiente estado de vigilancia respecto al mundo exterior. Fue en este estado de abstracción como sentí el agarrón de Appleby en mi brazo y, el ruido metálico en las ruinas. Pe este estado me sacó completamente una voz —la de Geoffrey Roper— diciendo en la oscuridad:

—¡Cogida con las manos en la masa!

Habíamos avanzado, furtivamente, unos pocos pasos. Nos detuvimos de nuevo. La voz de Geoffrey procedía del campo de tiro; esto lo sabía aunque la botella estaba apagada y la oscuridad era total. Y sabía que estaba hablando a Anne. Las palabras habían sido pronunciadas con brusquedad, casi con violencia. Pero había un tono en ellas que Geoffrey reservaba para Anne.

Se produjo un fulgor en la oscuridad. Un pináculo, un estribo, una línea de estribos se formaron muy por encima de nosotros; una luz verde y ácida brilló a través de una ventana en ruinas como el ojo de alguna criatura gigantesca abriéndose en la noche.

Cervezas Cudbird, Las Mejores. El tenue manto de luz verde palideció bajo un manto dorado; las ruinas podían haber sido un fragmento de la *Petra* de Burton, la ciudad rosa-colorada casi tan vieja como el tiempo. La luz descendió sobre lo que reconocí como el muro del antiguo priorato. De pie frente a él había una figura delgada que reconocí al momento como perteneciente a Anne.

—¿Por qué esta caracterización —era de nuevo la voz de Geoffrey— de La Dama de Blanco?

—¿Y por qué esta caracterización del Espía de Negro?

Y como para coronar esta réplica aguda, la botella invisible se ladeó y las ruinas se disolvieron en un tiovivo de sombras. Luego vino la cerveza. Un flujo ámbar rápidamente creciente, iluminó de pronto la escena y extendió sobre ella una suave pátina dorada; Anne envuelta en una larga capa blanca y Geoffrey con *smoking* aparecieron enfrentados ante el armario de madera que contenía el arsenal del campo de tiro. Era un cuadro teatral. Appleby y yo —espectadores insospechados— observábamos como a través de una platea de mampostería caída y de nieve.

—Si debes espiar —dijo Anne—, deberías ponerte un abrigo. Vas a coger un resfriado, y no a mí.

—¿Qué estabas haciendo con esa arma?

Hice un movimiento para separarme de Appleby y darme a conocer; y mientras me revolvía, la gran botella se apagó de golpe y la escena desapareció de nuestra vista. La oscuridad —una oscuridad que cambió a penumbra violeta— me contuvo, y oí la vez de Anne diciendo:

—¿Por qué le dispararon tan mal a Wilfred?

—Sí, Anne. ¿Por qué?

—Puedo hacer una conjetura.

La ácida luz verde estaba fluctuante de nuevo sobre nosotros. Comprendí con sobresalto que estos jóvenes llevaban sus remilgos verbales a su charla íntima, y a la charla sobre un tema que con toda seguridad no era de su incumbencia.

—Podríamos hacer conjeturas.

El rosa se convirtió en ámbar; estaban situados como antes, con el priorato teñido de oro a sus espaldas como una pareja moderna perdida de forma incongruente en una composición de Claude.

—Como podrían hacer otros.

—Como podrían hacer otros; éste es el quid de la cuestión.

—Este es el quid de la cuestión. —La luz palideció ante su risa inesperada—. Pero, de todas maneras, ¿qué estabas haciendo con esa arma?

—Hasta el desayuno para conjeturar.

—¿Es Cecil un mentiroso?

—Hasta el desayuno para conjeturar.

—A la cama, entonces.

—A las camas.

Verde... rosa... ámbar. Se fueron.

—Nos tomó casi nueve minutos —dijo Appleby—. ¿Pero quién habría esperado ése obsequio al final?

—Debo decir que no me gusta en absoluto...

—Pero he fisgoneado y soy, al contrario, muy feliz. Así que a la cama. — Appleby rió entre dientes—. O, como dice tan precisamente Miss Anne, a las camas.

—Espero —dije— que saque algo de lo que ha oído.

La frialdad con la que Appleby trataba nuestra deplorable conducta me exasperó ligeramente.

Nos dirigimos al armario junto al cual habían estado charlando Geoffrey y Anne.

—Admito —dijo Appleby— que su jerga necesita interpretación. Pero no dudo de que usted puede hacerlo. —Se detuvo y encendió la linterna—. Cerrada, como ciertamente debía estar. La joven vino con una llave y al amparo de la oscuridad volvió el revólver a su lugar. El joven la siguió. Uno podría ver la expedición como una prueba de culpabilidad. Pero sentí que podía muy bien tratarse de dar salida a un reprimido sentido de lo melodramático. Como ellos dicen: Dama de Blanco y Espía de Negro.

Estábamos desandando el camino a través del parque y un ligero viento nocturno nos lanzaba la nieve a la cara. Mi instinto me impulsaba a apartar de allí a Appleby y a irme a la cama. Sin embargo, no pude resistir el impulso de continuar el debate.

—Anne tenía el proyecto de disparar un revólver en la galería, un proyecto que Basil vetó. Puede haber traído el revólver a la casa con ese objeto, y haber tenido la sensación después del atentado de que era algo embarazoso el tenerlo allí. Su forma de devolverlo sería melodramática, como usted dice.

—Colegí que ella y Geoffrey Roper no se estaban acusando; su charla recortada era un modo de pasar revista a posibles acusaciones procedentes de otra parte. Y se quiso expresar más de lo que alcanzó el oído.

—Hablan —dije— de una forma muy afectada.

—Sin duda. Pero, ¿sabe?, me recuerdan un poco a los personajes de sus libros.

No dije nada. Fue una exhibición detectivesca que no me gustó.

—Lo qué es un cumplido para ellos, naturalmente. Pueden jugar a este juego verbal únicamente porque son excepcionalmente conscientes uno del otro y del mundo que los rodea. Probablemente dominan las posibilidades que ofrece este disparo o como puede ocurrir esto o lo otro en consecuencia. Y han penetrado ciertamente hasta el mismo corazón del misterio.

—Quizás —dije— sean más duchos que nosotros en cuestión de niebla y nieve.

Appleby rió.

—Eso, como usted sabe muy bien, es simplemente cuestión de una asociación perdida en mi propia mente. —Su voz se tornó de nuevo seria y convencida—. Digo que tocaron el centro del problema.

Paseamos en silencio, la linterna alumbraba nuestro camino. Detrás de nosotros la botella de Cudbird se había apagado por aquella noche; el cese de su fluctuación sobre la nieve frente a nosotros hacía que la noche pareciera más fría que antes.

—¿Puedo salir —preguntó Appleby— sin regresar a la casa?

Le dije que había una especie de puerta trasera cercana que le llevaría a la carretera principal; nos apartamos de nuestro camino y la encontramos sin dificultad.

—Una cerradura Yale —dijo Appleby—, pero sin cerrar. ¿Así que de noche cualquiera puede pasear por el parque?

—Encontrará que el camino, aunque la línea del tranvía está cerca, desemboca en un pasaje sin salida. Es tan tranquilo que supongo que nadie se preocupa de cerrar con llave. Gire a la derecha y saldrá a la carretera principal, exactamente frente a la fábrica de Cambrell.

Appleby cogió el picaporte.

—Qué sencillo —dijo— le resultaría a Cambrell entrar y hacer los disparos que hicieran falta.

—Sin duda.

Me asustó la forma casual en que Appleby emitió esta indicación.

—Bien, debo irme. —Abrió la puerta—. A propósito, ¿es Cecil un mentiroso?

Este ingenioso cambio de tema tuvo su efecto; la linterna dio una sacudida en mi mano.

—Geoffrey Roper preguntó eso. ¿Es Cecil un mentiroso? Y quizás es aquí donde usted puede interpretar. ¿A qué se estaría refiriendo?

Titubeé. Aquí había algo que me había abstenido de comunicar antes a Appleby. Y con este frío tenía pocas ganas de hacerlo ahora. Pero vi que —pensara lo que pensase— era algo que Appleby no consideraría irrelevante para su investigación. Lo que significaba que lo iba a averiguar tarde o temprano.

—Creo —dije— que puedo hacer una conjetura.

Appleby no dijo nada. Pero cerró la puerta. Yo había apagado la linterna. La oscuridad parecía calculada para hacer una confesión.

—Wilfred, como usted sabe, es el tutor de Anne; inicialmente era cotutor junto con mi padre. Ha sido siempre el hombre de negocios de la familia. Pero era, naturalmente, algo joven para ser la persona adecuada para actuar solo.

—Ya veo.

—Cuando murió mi padre no se tomó ninguna disposición ulterior. Anne no tenía bienes propios; su futuro dependía en gran parte del juicio de su rico tutor restante.

—Es más o menos lo que he podido saber.

—Realmente no hay nada más excepto el chismorreo de Cecil. Me temo que los sentimientos de Cecil hacia su hermano Wilfred son poco afectuosos. La otra noche me tomó para un paseo en el parque y me confesó que no consideraba las relaciones de Wilfred con Anne, o más bien sus intenciones hacia ella, como decentes en absoluto.

—¿Y eso debo entender que no oculta el deseo por parte de Wilfred de casarse con su joven protegida?

—Cecil asegura que Wilfred es un solterón empedernido.

Pensé que había oído lo que pudo ser un suspiro procedente de Appleby.

—Dejad solamente que disparen a alguien —dijo— y esta clase de chismes aparecerán. ¿Cuál es su propia opinión sobre el asunto?

Titubeé.

—Anne tiene un estilo burlón. Una o dos veces ha insinuado que Wilfred la agobiaba con un afecto no deseado. Pero un tutor que se interese formalmente por su protegida puede estar ligeramente celoso del pretendiente de su pupila. Y si la protegida y su pretendiente se consideran con derecho a recibir de él una dote puede surgir fácilmente cierta fricción. Puedo imaginar a Cecil interpretando erróneamente la situación resultante.

—Anne teniendo que decir a Geoffrey que Cecil es un mentiroso.

—Sí. Es muy penoso tener que explicar todo esto.

—Le estoy muy agradecido por no ocultar nada... Buenas noches.

Se fue. Y mientras volvía a la casa me hallé preguntándome si había habido algo débilmente burlón en su voz.

El desayuno a la mañana siguiente fue desusadamente puntual. Que esto se debiera a que hubiéramos dormido profundamente no parece probable: la mayoría presentábamos las huellas de la experiencia contraria. No parecía tampoco que hubiera mucho apetito. La curiosidad fue la causa de que nos reuniéramos tan temprano en torno a los huevos con tocino de Basil. Y el centro de esta curiosidad era yo mismo.

Pude ver ahora que Appleby se había propuesto esto. Había simulado que me tomaba como su ayudante de campo y que yo poseía una penetración poco común del carácter humano. Realmente, se proponía utilizarme como una especie de cuchara de mango largo. Su técnica consistía en gran parte en agitar vigorosamente los elementos humanos de su problema. Y me utilizaba a mí para agitar.

La elección no carecía de astucia. La gente de mi clase —trabajadores imaginativos en cierta forma— son por lo general una mezcla infeliz de modestia e ingenio. Tendemos a sentarnos en un rincón y sentimos que nuestros talentos nos dan derecho a una mayor atención que la que recibimos. No contentos con descansar en la conciencia de una fortuna respetable en el Banco, tenemos el prurito de hacer sonar la calderilla de nuestro bolsillo. Por recibir alguna atención, no por lo que publicamos el año anterior, sino por lo que estemos diciendo y podamos estar pensando ahora: esto es algo con lo que nos expansionamos. Me temo que me expansioné más de lo debido.

Hubert Roper fue el primero en hablar:

—Cecil —dijo desaprobadoramente— has cambiado de color.

Geoffrey alzó la vista de su plato de sopas.

—¿Verdad que es interesante? Con tonos verdosos mostrándose de parte a parte. Me recuerda el dudoso Vermeer de Bruselas.

Era cierto que Cecil estaba pálido, aunque un ojo inexperto tenía que confiar en aquello de los tonos verdosos. Hizo migajas un trozo de tostada y tragó con un esfuerzo un sorbo de café un hombre completamente distinto fiel Cecil que había estado comiendo pato asado el día anterior mientras andaba a paso largo. Si iba a replicar a la chanza, no lo parecía, pues ahora Hubert se había vuelto hacia su hermana Lucy.

—Tú también estás pálida, querida. Esos fastidiosos policías, sin duda, ignoran todos los principios del oficio.

—¿Acaso tus detectives no interrogan exhaustivamente a todo el mundo allí mismo? Pero con excepción de Arthur y una palabra con Basil, la noche pasada estos individuos no se interesaron por ninguno de nosotros.

—Una impresión muy equivocada. —Dije bruscamente, de forma que se volvió todo el mundo. Hubert Roper era un persona por la que nunca había albergado fuertes sentimientos ni de antipatía ni de beneplácito; en esta ocasión, sin embargo, me había producido una irritación considerable—. El nuevo amigo de Basil, Appleby, es un joven muy pertinaz y se toma el mayor interés en todos nosotros. Tu estudio, Hubert, le absorbió por completo.

—¡Mi estudio! ¿Qué demonios quieres decir?

—Lo inspeccionó con el pretexto de que su colega Leader es algo perito. Husmeó en tus botellas como si hubieras sido el envenenador de los Borgia, y en cuanto a tus bocetos... bien, los estudió como si pudieran resultar ser los documentos fundamentales del caso.

Sería inútil negar que disfruté con la sensación causada por esta revelación. Tuve el impulso irresistible de coronarla con otra.

—Cudbird también estaba interesado. Creo que tendrá alguna comisión cuando se trate de decorar —mi mirada se dirigió a Basil en la cabecera de la mesa— su pista de patinar, su feria, su hospicio...

—Su sala de conciertos —dijo secamente Basil—, y su *maison de danse*. Me temo, Arthur, que todo eso pueda ser un golpe para ti. Pero para lo que pretendo, me pareció lo mejor.

—¿Un golpe? —dijo Anne—. Por el momento tío Arthur parece menos magullado que magullador. Hubert se tambalea.

Era cierto que Hubert parecía asustado.

—¿Cudbird? —dijo—. ¿También ha estado en el ático ese mequetrefe?

—Sí. Aunque confiesa que su afición es más bien la fotografía. En cierta forma asocia las fotografías con el desgraciado asunto de anoche. Su pensamiento exacto es oscuro para mí... como lo son muchas otras cosas. Pero estoy convencido de que Appleby espera aclarar todo este asunto a su debido tiempo.

—En cuanto a los interrogatorios que desea Hubert —dijo Basil—. No dudo de que tendrán lugar hoy. Espero que Leader vuelva en cualquier momento, y también el joven amigo de Arthur. A menos, naturalmente, que Arthur haya quedado como encargado.

—¿Me equivoco —preguntó Geoffrey—, al notar un olor perruno en esta habitación? Después de todo, Arthur estuvo virtualmente en la perrera con el sabueso durante un sinfín de horas.

—No del todo encerrados, Geoffrey —dije—. Tomamos el aire.

Geoffrey se puso blanco, pero los ojos de Anne se entornaron.

—¿Es concebible —preguntó—, que tío Arthur también se coma el bizcocho?

Reconocí que esta era una descripción bastante buena de mi conducta en las ruinas unas nueve horas antes.

—No sería una exageración —repliqué—, decir que cabalmente me comí el pastel. Quiero decir —miré alrededor de la mesa— que ayudé a Appleby a espiar a

Geoffrey y Anne. Siguió una discusión algo estéril sobre su charla enigmática.

Esta vez la concurrencia estaba estupefacta. Pero no creo que estuviera hablando para producir impresión; me pareció que lo menos que podía hacer, era ser razonablemente franco.

—El olor perruno —dijo Hubert—, parece ser bastante apropiado.

Me ruboricé.

—No necesitas pensar que estoy impaciente por presenciar la caza de un pariente. Lejos de ello. Wilfred, espero, se recobrará y todo el asunto quedará olvidado. U olvidado por todo el mundo excepto por el autor de la locura de anoche.

—¿Locura? —dijo Sir Mervyn Wale. Evidentemente estaba de nuevo del humor más apacible, y ahora habló por vez primera. Pero aunque su intervención fue suave, observé que hizo que Cecil se sobresaltara—. Locura —repetí—. Locura criminal, si lo prefiere. Creo que su recuerdo será —titubeé— será bastante castigo. No le veo ningún sentido a que alguno de nosotros tenga que ir a la cárcel.

Se hizo el silencio. Mi auditorio estaba sobresaltado. También estaba un poco impresionado.

—No puedo estar de acuerdo con usted —dijo Wale—. Estas posiciones tolstoyanas ignoran el hecho brutal de la inclinación y del hábito. *Podrían* seguir el arrepentimiento, y la enmienda. Pero lo que seguiría con más probabilidad sería un segundo intento. Foxcroft —se volvió hacia Cecil— ¿su experiencia con la juventud no lo confirma?

La respuesta de Cecil fue inarticulada; tuve la impresión de que se le había atragantado el café. Geoffrey interrumpió la excursión especulativa de Wale.

—Tolstoyano o no, queda el hecho de que Arthur hizo migas con el sabueso y se dedicó a trotar por ahí. Y estamos todos ansiosos por saber qué sucedió.

Meneé la cabeza.

—Sucedio muy poco. Reconstruimos el crimen...

Lucy Chigwidden dejó ruidosamente la taza.

—Verdaderamente, Arthur, esto me hace sentirme bastante rara. Lo he hecho tan a menudo...

—*Un simple pistoletazo* —dijo Geoffrey—, *sonó a través del salón sobrecoigido*: ¿curará esto al fin a Lucy de todo esto? Sería bonito sentir que el sacrificio de Wilfred no ha sido en vano. ¿Por qué no pruebas la novela histórica, Lucy? Siempre podrías disparar un mosquete o un fusil si experimentases una jugarreta de la antigua moda. Una simple bombarda reverberó en el patio del castillo; un trabucazo resonó en la despensa.

—Reconstruimos el crimen —repetí—, y merodeamos por allí. Hubo una exploración tentativa de las coartadas. Por ejemplo, yo había salido para dar un paseo... ninguna coartada en absoluto. Cecil estaba rezando.

—¿Rezando? —dijo Anne—. Uno siente que si Cecil rezare se le oiría. ¿Sir Mervyn, le acompañaba usted?

Wale sonrió heladamente.

—Estaba descansando en mi habitación; Otro ejemplo de lo que Ferryman llama ninguna coartada en absoluto. Es de esperar que el doctor Foxcroft no lo olvidase a *usted* en sus devociones.

La risita de Geoffrey Roper fue interrumpida por Cecil.

—Basil —dijo en alta voz—, siento decir que debo irme. —Sostenía en alto una carta que le había estado esperando en la mesa del desayuno—. Una conferencia. —Se metió la carta en el bolsillo—. Una conferencia importante que no me atrevo a pasar por alto.

—Una época muy fría del año para conferencias —dijo Wale—. ¿Dónde tendrá lugar?

Cecil tomó otro sorbo de café.

—Hay alguna duda de último momento. Recibiré un telegrama en... Crewe.

—Cecil —dijo Anne—, ha tenido una llamada muy seria.

Bruscamente, Cecil dejó su servilleta.

—Haré las maletas mientras acabáis de desayunar.

Le miramos atónitos.

—¿Debo entender —preguntó Basil—, que propones marcharte sin dejar ninguna dirección?

—¿Qué hay de mi cuadro? —inquirió Hubert.

—¿Y qué —dijo Anne—, de la policía? Si no pueden evitar que se vaya, ciertamente lo seguirán como su sombra. Adondequiera que viaje Cecil, será seguido por un hombrón con un sombrero hongo. Un detective. La observación lo perseguirá en sus momentos más íntimos. El detective observará y Cecil rezará. O quizá la policía dará empleo a tío Arthur una vez más.

—Sería de lo más imprudente —dijo Basil—. Espero, Cecil, que podrás cambiar de parecer.

Cecil se hundió en su silla. Cualquiera que fuese el terror que le poseía, creo que fue superado por la perspectiva de ser seguido por un hombre con un sombrero hongo. Luego un pensamiento pareció golpearle.

—Un abogado —dijo—. Basil, quiero un abogado; ¿tienes un abogado aquí?

—Ciertamente. Uno llamado Cotton.

—¿En el libro de teléfonos?

—Naturalmente. Clement Cotton. La firma es Cotton and Cotton.

Con esto, Cecil se levantó y se retiró de la habitación de la forma más extraña, de manera muy similar a la dé uno de sus alumnos que tuviera motivos para esperar una patada en la parte trasera.

En el silencio desconcertado que siguió, se podía distinguir su voz hablando premiosamente en el vestíbulo.

—Se ha puesto en contacto con Cotton —dijo Geoffrey—. Lo que uno se pregunta es para qué.

Wale se levantó.

—Necesitamos a Beevor —dijo convencido.

—¿Beevor? —Basil pareció algo confuso. Costaba mucho turbar la calma de Basil, pero creo que estaba empezando a sentir que la situación se le estaba yendo de las manos.

—Debo decir que he sido por algún tiempo el médico del doctor Foxcroft. Ahora parece que ha perdido su confianza en mí. Pero antes de abandonar el caso considero mi deber llamar a Beevor. Con su permiso, Roper, iré al estudio.

De modo que mientras Cecil citaba a Cotton, Wale citaba a Beevor. Los demás quedamos en el comedor en un silencio que fue roto por una inspiración y un sollozo. Era Lucy Chigwidden. Había empezado a llorar quedamente.

—¡No puedo entenderlo —dijo—; no entiendo nada! —Se llevó un pañuelo a los ojos y se apaciguó—. Debes perdonarme, Basil; pero es tan desconcertante. Tan completamente desatinado...

Comprendí que la vanidad profesional de Lucy estaba herida. Era tan incapaz como cualquier otro de comprender el misterio que nos rodeaba.

Hubo otra pausa.

—La relación entre este Wale y Cecil —dijo Hubert—, ha sido problemática desde el principio.

¿Por qué o quién se asustaría de Cecil? He ahí el rompecabezas.

—Y con todo —dijo Anne—, Wale sin duda se asustó. *Vénus toute entière à sa proie attachée* sería una manera aproximada de expresarlo. Pero descuidamos el relato de tío Arthur.

En nuestra familia no utilizamos mucho las palabras tío y tía; consideré que los «tío Arthur» dedicados a mí por Anne eran una afectación irritante.

—Querida Anne, no hay mucho que relatar. Appleby te descubrió devolviendo un revólver al campo de tiro; escuchó tu charla con Geoffrey; hizo algunas observaciones agudas sobre vuestro carácter; y luego se fue.

—¿Devolviendo un revólver? —dijo Basil, con severidad—. ¿Anne, qué es esto?

—Traje un revólver a la casa para gastar una broma a Lucy. Después del disparo sentí que podía ser un compañero embarazoso, de modo que lo volví a su sitio. Geoffrey me siguió y prometí explicarlo durante el desayuno. Ahora lo estoy explicando. Sé, naturalmente —imitó a Basil de forma afrentosa— que fue de lo más imprudente.

Me he sentido siempre algo responsable de Anne; me sentí impulsado a decir algo para desviar la conversación.

—Appleby —observé—, es agudo y tenaz. Pero en una o dos ocasiones me pareció carecer de discreción. He mencionado que encontramos a Cudbird en el ático de Hubert. Él y Appleby parecen ser viejos conocidos, cambiaron observaciones algo enigmáticas. Y luego, si no me equivoco, hicieron una apuesta sobre quién llegaría primero a saber la verdad. Pude ver que Leader lo desaprobaba.

Basil —cuyas reacciones eran a menudo inesperadas— rió por vez primera desde que se produjo el disparo.

—Querido Arthur —dijo—, ¿sabes que en tu composición hay un toque de Cecil? Acechando en ti está el sentimiento de que ciertas cosas no se hacen. —Hizo una pausa—. Los prioratos, por ejemplo, no se venden. —Me miró burlonamente—. Pero considera este asunto por lo que vale. Appleby quiere la verdad. Cudbird, que es un tipo listo con el instinto de la curiosidad científica, se siente impulsado a buscar la verdad también. ¿Por qué no habían de espolearse el uno al otro con una apuesta? Si hubieran apostado, digamos, sobre las posibilidades de que se recobre Wilfred, me uniría a Leader en su desaprobación. De la lucha de Wilfred sólo pueden ser espectadores. Pero en la solución del misterio pueden ser actores. Aquí está toda la diferencia.

Había ocasiones, pensé, en las que Basil podía ser verdaderamente pesado.

—La diferencia no es necesariamente lo mismo que toda la diferencia —dije—. De todas formas, repito que Appleby no me parece del todo discreto. Deja ver sus intenciones. Por ejemplo, le conduje anoche a la puerta que está enfrente de los molinos. Y entonces me reveló hacia dónde se dirigían sus sospechas.

—¡Vaya! —dijo Geoffrey—. Sabía que al fin obtendríamos algo de Arthur.

—Observó cuan fácilmente podría haber disparado...

Richards apareció en la puerta.

—Míster Cambrell —anunció.

Inmediatamente después del aviso de Richards apareció Cambrell en persona.

—Roper —dijo—, ¿me excusará por venir a esta hora? Sentí que debía expresarle mi sentimiento ante la triste noticia. —Y Ralph Cambrell puso cara larga. La puso, pensé, sin mucha dificultad, como si su negocio de cintas estuviera atravesando un mal momento.

El reconocimiento de Basil y la información sobre las últimas noticias de Wilfred fueron acompañadas por el crujir de un periódico sobre la mesa. Era Anne.

—Pero no está en el *Post* —dijo—. No obstante, ¿cómo lo supo?

Cambrell pareció turbado.

—La policía —replicó—. Me enteré por la policía. El caso es —se volvió de nuevo a Basil— que tengo que darle una explicación. —Titubeó—. Y he de devolver algo. —Cogió un libro que llevaba bajo el brazo y lo dejó sobre la mesa.

—Tome una taza de café —dijo Basil.

Cambrell pareció más turbado todavía.

—Y naturalmente presentar mis disculpas. Le ruego que perdone lo que dije ayer tarde cuando nos separamos.

Bajamos la vista con embarazo. Basil se las ingenió admirablemente para no ser brusco ni cordial; Cambrell recibió su café y tomó dos terrones de azúcar.

—Sí —prosiguió—, como digo, la policía. Parecen ser rápidos y eficientes. Eso es muy satisfactorio.

—Muy satisfactorio —dijo Anne.

—Muy satisfactorio —dijo Geoffrey.

Cambrell se deslizó ligeramente en su silla.

—El libro. Me siguieron la pista a través del libro que dejé en su estudio.

Basil pareció confuso.

—Estoy completamente seguro de que...

—El libro que dejé anoche.

—El libro —dijeron a coro Geoffrey y Anne—, que dejé anoche.

Basil, me alegra constatarlo, no permitió que esto continuase.

—Anne —dijo—, Geoffrey, sin duda tendréis vuestros propios planes para la mañana.

La puerta se cerró tras la pareja imposible. Cambrell pareció ligeramente aliviado.

—Sería mejor que empezase por el principio. Después de dejarle ayer tarde me dirigí a mi oficina y trabajé un buen rato. Poco después de las siete me dispuse a ir a casa. Entonces se me ocurrió que en los asuntos que habíamos estado discutiendo quizá no se hubiera dicho la... la última palabra. Recordé su observación de que

probablemente estaría trabajando en su estudio hasta la hora de la cena. De modo que entré en el parque por la puerta pequeña.

Los ojos de Basil se dirigieron por un momento a los míos. Pude ver que sabía muy bien lo que yo iba a decir cuando nuestro visitante fue anunciado.

—Y me dirigí a la casa. La puerta principal estaba abierta...

—Sí —le interrumpí—. La dejé abierta cuando salí.

—Y el vestíbulo desierto. Observé que pasaban un par de minutos de las siete y media. Sentí el impulso, me temo que totalmente inexplicable, de no presentarme de nuevo de un modo formal. De manera que pasé directamente por el pequeño corredor, llamé a la puerta de su estudio y entré. Estaba vacío.

Basil alzó levemente las cejas.

—Comprendo. Acababa de irme. Y Wilfred no había entrado todavía. Lamento no haberle visto.

Cambrell recibió esta ironía sin resentimiento.

—Aguardé un par de minutos. Debo decirle que llevaba un ejemplar procedente de una biblioteca ambulante. Debí dejarlo sobre el escritorio. —Cambrell hizo una pausa—. Diga que aguardé un par de minutos. Pero quizá fue realmente menos de uno; de hecho no tardé mucho en comprender que había actuado de forma extremadamente torpe.

—Sí, realmente.

—No piense que exagero al decirle que un ligero pánico se apoderó de mí. Recogí mi libro, volví al vestíbulo, lo encontré todavía desierto y abandoné la casa, cerrando la puerta al salir. En mi aturdimiento cogí el libro equivocado.

—Qué raro —dijo Basil—. Si hubiese querido demostrar su presencia en el estudio no habría podido dejar una pista mejor.

—Sin duda. Y como digo, la policía actuó del modo más expeditivo. Vieron mi libro al examinar la habitación y preguntaron a su mayordomo si usted estaba suscrito a esa biblioteca. Él le dijo que a usted le enviaban los libros desde Londres. De modo que hicieron levantar al director de la biblioteca a primera hora de esta mañana, examinaron sus listas y, siguiendo la pista del libro, llegaron hasta mí. Un joven detective llamado Appleby, un tipo muy educado, estaba a las ocho de la mañana a mi puerta y tuve que explicarle todo el asunto. Fue muy razonable y parece estar de acuerdo en que actué de manera imprudente, pero bastante natural. —Cambrell dijo esto con cierta satisfacción, sin parecer darse cuenta de que en la declaración de Appleby estaba involucrado cierto juicio de carácter—. Y entonces sentí, naturalmente, que debía venir en seguida para explicarlo todo. Y devolver el libro que me llevé.

Basil cogió el libro de la mesa.

—Sí —dijo—. Ya lo veo, la *Seria Llamada* de Law.

Mientras cruzaba el vestíbulo unos veinte minutos más tarde, encontré a Geoffrey. Llevaba un gran suéter y una bufanda; estaba balanceando una raqueta de *badminton*.

—Esta visión de muerte —dijo—, parece una campana que llama a mi vejez al sepulcro. ¿Recuerda que Wale citó eso en el juego de Lucy? Iba a pintar algo surrealista sobre ello esta mañana. Pero los dedos se enfrían demasiado con este tiempo. De modo que si los detectives vienen, Anne y yo estamos en la cochera. Y Cecil está encerrado en su dormitorio.

—¿Encerrado en su dormitorio?

—Quiero decir que se ha encerrado. Como sabes, Wale ha estado molestando a un tal Beevor. —Geoffrey soltó una carcajada—. Cecil está desarrollando rápidamente una manía antimédica. Nadie debe estar con él excepto ese abogado que ha mandado llamar. ¿Extraño, verdad? Como diría Lucy el argumento se complica. Enferma, sería la palabra adecuada, en mi opinión. ¿Se trata de saber quién va con quién, supongo?

Esta era la forma en que Geoffrey se refería a mi estilo literario. Su generación aparenta no preocuparse por las relaciones personales y ver cada salón como un dormitorio aburrido.

—Sí —dije—, intentaré hacer una obrita, versará sobre unos que se entienden bastante bien. A propósito, Appleby piensa que Anne y tú os parecéis a los personajes de mis libros.

Geoffrey se me quedó mirando; creo que estaba realmente escandalizado.

—Piensa que estáis excepcionalmente bien informados sobre quién va con quién en Belrive. También dijo que habéis penetrado hasta el corazón del misterio.

—Si quiere decir que no hay ningún misterio, tiene razón.

—¿Qué no hay ningún misterio? No creo que quisiera decir eso.

Geoffrey me miró con los ojos muy abiertos.

—¿Seguramente no pensarás que haya alguna duda sobre quien disparó a Wilfred?

Lo miré con desaliento.

—Realmente...

—Basil disparó a Wilfred, naturalmente. Intentó asesinarlo. Cuando te aburran los chismes de alcoba ven a ver el *badminton*.

Y mi joven pariente se encogió de hombros y se fue. Pero después de dar un par de pasos dio la vuelta.

—¿Imaginas —habló con una mezcla de irritación y vehemencia— que un chico como Basil dejaría que un pequeño banquero gordinflón frustrara algo serio?

El final de esta desagradable conversación casi pudo oírlo Basil; entró en el vestíbulo al mismo tiempo que desaparecía Geoffrey. Simultáneamente apareció Richards; habían llamado desde la puerta principal. Al cabo de un momento reapareció anunciando primero al inspector Leader y luego a un anciano de aspecto serio e imponente acompañado por un hombre difícil de clasificar con una cartera de mano.

Sir Basil —dijo Leader—. Míster Foxcroft está fuera de peligro, me alegra decirlo.

El anciano imponente entregó un abrigo a Richards.

—Excelente —dijo—. Estamos devotamente agradecidos. Pero supongo que de todos modos precisará de los servicios de este servidor convocado con tanta prisa, ¿eh, Sir Basil? Y buenos días a todos.

—Buenos días Cotton. No ha entendido bien la situación. El inspector se está refiriendo a Wilfred Foxcroft, que se halla en el hospital después de que le dispararan anoche.

—¿Le dispararon? —Cotton se apartó bruscamente de Leader, como apartándose de un enemigo natural súbitamente descubierto—. Le dispararon, claro está. Bien, no debemos empezar a hablar aquí de esto. Cuando sucede algo así, se impone la discreción. Pero entendí que alguien llamado Foxcroft...

—El hermano de Wilfred, Cecil. Ha decidido que requiere consejo legal con urgencia, de modo que le di su nombre.

—Es extraño —dijo Cotton—. Vine apresuradamente porque entendí que se trataba de un testamento urgente. ¿Tripet, no era un testamento?

El aludido asintió con la cabeza.

—Sí, señor. Un testamento, ciertamente.

—Un testamento que había que redactar con urgencia. De modo que traje a Tripet. No me creerán, pero he conocido testadores que estaban determinados a dejar legados para todo el mundo a tres millas a la redonda. Virtualmente imposible encontrar un testigo. De modo que traigo a Tripet. ¿Eh, Tripet?

—Sí, señor.

Basil estaba observando a Richards saliendo del vestíbulo.

—No dudo de que mi sobrino Cecil quiera hacer testamento. Pero debo decirle que creo que está indispuerto. Su doctor, Mervyn Wale, que permanece con nosotros, ha propuesto llamar a consulta a un colega llamado Beevor.

—¿Beevor? —exclamó Cotton—. Beevor es un alienista. ¿No es así, Tripet?

—Sí, señor.

—Vamos pues, vamos allá. No hay tiempo que perder. De nada serviría recibir instrucciones sobre disposiciones testamentarias de un cliente después de que lo haya visitado Beevor, ¿eh? Utilice su cabeza, Tripet.

—No, señor. Ciertamente, señor.

—Entiendo —dijo—, que el doctor Foxcroft ha concebido de repente un miedo irrazonado hacia la profesión médica. El mal está ahí.

—Para mí consultar doctores es una pérdida de dinero y una empresa desesperada. ¿Eh, Tripet?

—No, señor; no puedo decir que estoy de acuerdo.

—Muy bien, Tripet, muy bien. Conozca su propio criterio. Esencial en jurisprudencia.

—Gracias, señor. Sí, señor.

Leader movió sus pies con discreta impaciencia.

—Sir Basil, si pudiera concederme unos minutos...

Basil asintió con la cabeza.

—¿Arthur, podrías acompañar a Cotton y a míster Tripet donde está Cecil? Es penoso y absurdo, pero parece ser que se resiste a bajar.

Les precedí, preguntándome al mismo tiempo qué habría sido de Appleby. Debía haber empleado las primeras horas del día en el asunto de la biblioteca ambulante. Quizá hubiera ido a la cama después de entrevistar a Cambrell. Quizá en la investigación del asunto de Belrive iba a coger lo que podría llamarse el turno de noche.

La habitación de Cecil estaba situada al final de un corredor. Llamé a la puerta.

—Cecil, aquí está míster Cotton, el abogado que mandaste llamar.

Se oyó un ruido procedente del traslado de un mueble.

—Pregúntale —llegó la voz de Cecil—, si tiene una tarjeta.

Miré a Cotton a la débil luz del corredor sintiéndome incómodo.

—Me temo —murmuré—, que está de un talante bastante excéntrico.

—Ten la amabilidad de pasarla por debajo de la puerta.

Si Cecil hubiese hablado desatinada o aguadamente la situación habría sido bastante penosa. Pero la voz que llegaba a nosotros parecía la del director de escuela en su propio elemento, calmosamente autoritaria, intimidantemente augusta. Y esto añadía al asunto un ingrediente pavoroso.

Cotton sacó una tarjeta y la entregó a Tripet. Tripet la empujó por debajo de la puerta. Desapareció con un movimiento nervioso. Al cabo de un momento se oyó el sonido de una llave girando en la cerradura. Hubo una pausa y se nos dijo que entrásemos. Cecil se había retirado hasta un pequeño escritorio situado en el extremo opuesto de la habitación. Se levantó y se dirigió hacia Cotton con moderada cordialidad. Podía haber estado recibiendo a un pariente de condición respetable aunque no distinguida.

—¿Míster Cotton? —dijo—. ¿Cómo está usted? —Y al mismo tiempo miró con cierta aprensión la cartera de mano de Tripet. Estaba especulando, creo, sobre la probabilidad de que albergase estetoscopios y termómetros clínicos—. Deseo —dijo Cecil, y habló con falsa calma— hacer testamento.

Cotton se inclinó.

—Sabia resolución, mi querido señor —murmuró con dulzura—, el deber de tomar disposiciones testamentarias exactas...

—Eso es. —Las pupilas de Cecil se contrajeron, como si estuviese atisbando en el pasado remoto—. La propiedad debe ser conservada. Suelo dar una pequeña charla... —se interrumpió y pasó la vista cuidadosamente por la habitación—. Pero por el momento no es la propiedad lo que tengo en la mente. Mis instrucciones conciernen a la disposición —titubeó— conciernen a la disposición de los restos.

Di un respingo, y al hacerlo derribé un libro que se hallaba sobre una mesilla. Cecil saltó.

—Arthur —dijo—, ten la amabilidad de apoyar la cómoda contra la puerta.

—Querido Cecil, no puedo persuadirte...

—Rompe la corriente. En estas frías mañanas encuentro que rompe la corriente.

Hice lo que se me pedía.

—... De los restos. Y a esto quiero darle curso legal al momento.

—Una declaración —dijo Cotton suavemente—, formalmente testificada. Una cosa excelente. Pero debo decirle que de hecho no puede...

—Y debe haber dos copias, hechas *inmediatamente*. Y, Arthur, deseo que bajes al vestíbulo una de estas copias y la asegures con alfileres.

Le miré asombrado.

—¿Asegurar con alfileres?

—Asegurar con alfileres. Asegurar con alfileres. —La calma de Cecil había desaparecido. Temblaba violentamente. Súbitamente se sentó en la cama—. Una pequeña charla —dijo—. Doy una pequeña charla. Sobre lo que llamo Control... lo que llamo Control... *Control...*

Mientras bajaba al piso inferior —pues había decidido que las penas de Cecil no eran de mi incumbencia— encontré a Lucy Chigwidden en el vestíbulo. Sobre una mesa frente a ella había un montón de crisantemos que estaba colocando en jarrones. Junto a ella había también una hoja grande de papel en la que estaba haciendo garabatos con un lápiz.

—Arthur —llamó—, ven y dame tu consejo. Estoy colocando las flores porque resulta muy sedante. —Dio una punzada al papel—. Qué bonitas son estas rosas.

—Querida Lucy, son crisantemos.

Lucy escudriñó el montón de flores ligeramente sorprendida,

—¡Dios mío... es cierto! Sabes, esperaba que trajeran rosas... Andrews prometió rosas... de modo que las vi como rosas. Y ahora estoy muy desilusionada. Pero muestra lo que el doctor Johnson llama la prevalencia de la imaginación.

Lucy estaba decididamente literaria.

—Muestra —dije—, una gran distracción. Y ese lápiz no es apropiado para cortar tallos; te servirán mejor las tijeras que están sobre la mesa.

—Gracias, Arthur. —Lucy cogió las tijeras y las colocó sobre el papel—. Supongo que estaba en algo sobre un estudio marrón. Estoy empezando a perfilarlo.

—¡Ah! —Lucy, que había cruzado el vestíbulo para pulsar un timbre, se llevó un dedo a los labios—. Richards, lleve este jarrón a la biblioteca. Para la ventana grande.

—Lucy, eres incorregible. Richards es el mayordomo. Esta joven que acaba de salir se llama Rose.

—Richards se levantó^[2] bruscamente —dijo Lucy.

—¿Perdón?

—*Richards se levantó bruscamente*. Hay un Richards en mi nuevo libro, y esta mañana decidí terminar un capítulo así. *Richards se levantó bruscamente*. Así que puedes ver de donde viene la confusión.

Suspiré.

—Sólo me falta añadir a eso una Rose con cualquier otro nombre...

—Cecil —interrumpió Lucy con precisión desusada—, lo hizo. —Buscó entre las flores que tenía en la mano izquierda el papel que llevaba en la derecha—. Lo he esbozado.

—Querida Lucy, en realidad no debes...

En este momento Basil entró en el vestíbulo y Lucy le vio.

—Basil —dijo de manera prosaica y levantando la voz—, Cecil lo hizo. —Halló su pedazo de papel y empezó a agitarlo en el aire. Agitándolo todavía, se dirigió de nuevo al timbre y llamó—. Rose, éstas estarán también mejor en la biblioteca. ¿Por

qué crees que diría Cecil que estaba rezando anoche a las siete y media?

Rose, a quien según todas las apariencias iba dirigida la pregunta, chilló sobresaltada y soltó el jarrón bruscamente sobre la mesa. Tuvimos que permanecer con un gran embarazo hasta que se hubo recobrado lo suficiente como para marcharse.

—Lucy —dijo Basil—. Si pudieses estar un poco más sosegada...

Moví la cabeza con severidad.

—Sí, por cierto. La chica parecía asustada hasta un extremo irrazonable. Tanto, espero, que se abstendrá de chismorrear en la sala de los criados.

Lucy se dio maña para aparecer momentáneamente contrita.

—Lo siento tanto, Basil. Pero cuando he conseguido algo...

—Si nos dijeras lo que has conseguido, quizá ese sería el medio más seguro de sacártelo de encima.

—Uno...

—¿Qué?

—Uno: ¿por qué dijo Cecil que estaba rezando a la hora del crimen?

—Quizás —sugerí—, porque lo hacía. Algunas personas lo hacen.

—Dos: —Lucy escudriñó su papel y lo colocó de través—. Dos: ¿por qué le asustan tanto los doctores?

—Es posible...

—O quizás podríamos expresarlo mejor así: ¿por qué le asusta tanto la *ciencia médica*? —Y Lucy alzó la vista del papel como si verdaderamente hubiese conseguido una formulación muy persuasiva—. Os diré el por qué. ¡Porque teme que pueda detectar la mentira!

La miramos con incredulidad.

—Algo sobre la presión sanguínea. No dudo de que un especialista del corazón como Sir Mervyn conoce la técnica. Una pequeña máquina. Ellos se la colocan y dicen: «¿Intentó disparar a su hermano?». Y entonces la máquina hace sonar una campana.

—Lucy —dije—, Anne diría que tienes campanas en el ático. O campanofilia. Primero las campanas de Shakespeare y ahora esto. Es demasiado.

Pero Lucy no se iba a detener por una cuchufleta. Se volvió a Basil como oyente más benévolo.

—Tres. —Golpeó la mesa con las tijeras de manera concluyente—. Tres es el motivo. ¿Quién ganaría más con la muerte de Wilfred? Cecil.

Basil intentó intervenir; tomó un camino distinto del mío.

—¿Lucy, no te parece una falta de decoro entregarte a esta fantasía a expensas de tus sobrinos? Estás permitiendo que tu imaginación se desboque. —Miró los crisantemos—. Vuelve tus pensamientos a otra parte.

Ante esto Lucy pareció ligeramente desanimada y me sentí impulsado a intervenir.

—Sospecho, Basil, que Lucy sólo está a la vanguardia. Todo el mundo en esta casa está empezando a construir alguna fantasía. Y la mayoría a expensas de los parientes. Appleby me hizo notar anoche la inevitabilidad de que esto sucediese. Y Cecil, aunque yo no creo la teoría de Lucy, es tan buena pieza como los demás.

—Esto me recuerda —dijo Lucy—. Pienso que es muy probable que huya. Es muy difícil. En circunstancias normales explicaría la situación a la policía, particularmente puesto que está aquí este agradable míster Appleby. Pero tratándose de un sobrino, esto es algo distinto, ¿no es cierto? Pero Wilfred es sobrino también. Desearía que Cecil no lo hubiese hecho. —Parecía muy afligida—. Se lo diré si tengo, ocasión.

—Si quieres seguir mi consejo —dijo Basil—, será mejor que guardes tus interesantes ideas enteramente para ti. Y en cuanto a que Cecil tome las de Villadiego, me parece muy improbable. De hecho hoy debía ir a almorzar con alguno de sus parientes de la ciudad. Pero parece determinado a permanecer en su habitación. Ahora está allí con Cotton. Lo que sucederá cuando aparezca este colega de Wale sólo Dios lo sabe.

Se oyó un ruido de pasos en la escalera. Aparecieron Cotton y su subalterno Tripet.

—Una azotea —estaba diciendo Cotton—. Recuerde eso, Tripet; una azotea. Nada más natural.

—Sí, señor.

—Ninguna agitación, Tripet: en absoluto. Nuestro trabajo duró más de lo esperado, sin duda, y el doctor Foxcroft tenía prisa.

—Sin duda, señor.

—Para un hombre atlético, un director de escuela, adviértalo, la caída no sería nada del otro mundo. No nos sorprendió, Tripet. No nos sorprendió en absoluto.

—No, señor.

—Nuestro cliente, aunque indignado por lo que parece haber sido alguna indiscreción por parte de su consejero médico, estaba tranquilo. ¿Eh, Tripet?... tranquilo.

—Tranquilo, señor.

Cotton avanzó hacia Basil.

—Nuestra tarea ha terminado, Sir Basil. Tuve que advertir al doctor Foxcroft que lo que proponía era, hum, inoportuno. Entonces, el doctor Foxcroft salió.

—¿Salió?

—El doctor Foxcroft salió por la ventana. Una cita urgente, creo. Le vimos correr a través del parque. Una persona encantadora. Tuve un gran placer en aconsejarle.

Y Cotton se dirigió rápidamente en busca del sombrero y del abrigo. Lucy Chigwidden, con los brazos llenos de crisantemos, nos hizo una mueca expresiva a Basil y a mí.

La mañana fue inevitablemente inquieta. Por la pura necesidad de andar subí al ático de Hubert. Era probable que estuviera trabajando allí, y podía presentarme como portador de la noticia de que su modelo había huido. Una vez más, Horace Cudbird se había instalado allí.

—La noticia principal —dije—, es que Cambrell estaba vagando anoche por la casa como si se tratase de un hotel.

Cudbird parecía estar contemplando dubitativamente su traje de cincuenta chelines en, el espejo de cuerpo entero.

—Imagínese eso, ahora. Esos modales fáciles y libres de la clase alta. Licencia, debería llamarse a eso. Una licencia considerable, míster. Ferryman. —Transfirió su atención al espejo cóncavo.

—¿Ha visto a Basil esta mañana?

Cudbird rió entre dientes.

—Vamos, míster Ferryman. Los críticos llamarían a eso elaborar la ironía. Simplemente entré y subí. Quiero ver a Hubert Roper. —Hizo una pausa y se volvió al espejo grande—. Para hacerle bien, naturalmente.

—Estoy convencido de que Hubert estará muy complacido.

—Podría hacerme un cuadro del priorato. —Cudbird me miró agudamente—. Sería bonito tener un recuerdo.

—¡Un recuerdo! —grité horrorizado.

Rió de nuevo ante mi desaliento.

—No se preocupe. Las ruinas están protegidas. Inventariadas, dicen. La Oficina de Monumentos Nacionales vendrá e instalará una caseta con un par de torniquetes y un registro con entradas de seis peniques. Y habrá carteles que advertirán a la gente que se aparte de la hierba. —Se apartó del espejo y habló más juiciosamente—. ¿Qué noticias hay del herido?

—Se supone que Wilfred está fuera de peligro. Pero hasta ahora no le han podido interrogar. ¿Todavía sigue manteniendo su apuesta? Quizás el interés disminuya ahora que se sabe que no se ha cometido un asesinato.

—Oh, sí. Todavía la mantengo. —Me miró solapadamente—. ¿Le gustaría ver que el interés disminuye, como usted dice?

—Sí —hablé, creo, con desacostumbrada firmeza—. Actualmente hay una gran cantidad de especulaciones inútiles y extravagantes en la familia. E incluso entre los forasteros.

Cudbird movió la cabeza dubitativamente.

—No creo que se me pueda llamar exactamente un forastero, míster Ferryman.

—¿Seguramente no pretenderá que el asunto le concierne a usted?

—No si lo pone así... considerándolo en el pasado. Pero podría ser de mi incumbencia... si continuase. ¿Qué sería de mis planes si un segundo atentado a Sir Basil tuviese éxito?

—Está muy lejos de ser seguro que Basil fuese la víctima elegida la primera vez.

El mismo Basil no parece creerlo. Y aunque fuese así estoy seguro de que se trató de un loco impulso que no se repetirá. Creo que Basil está seguro.

Cudbird retrocedió dos pasos y me miró escrutadoramente.

—Bien, entonces digamos que a quien se quería disparar fue a Wilfred Foxcroft. ¿Estaría por eso Sir Basil fuera de peligro?

Le miré con los ojos muy abiertos.

—¡Naturalmente!

—Digamos que alguien tuviera un motivo poderoso y evidente para matar a Foxcroft... y fracasase en el intento. ¿No podría esa persona hallar seguridad en embrollar el asunto disparando de nuevo esta vez a Sir Basil?

—Me cuesta creer...

—O consideremos otra hipótesis. Digamos que Sir Basil intentó matar a Wilfred Foxcroft... y que la policía pudiera encontrar un motivo muy claro para eso. ¿No podría Sir Basil confundir el asunto efectuando un nuevo disparo... no fatal, por supuesto... contra sí mismo?

Sentí que perdía la paciencia.

—Mi querido señor, fue precisamente para escapar de ingeniosidades muy parecidas por parte de una dama imaginativa por lo que vine. Tales opiniones no pueden ser de ninguna utilidad y pueden ser malévolas. Mistress Chigwidden ha hecho la misma acusación contra Cecil Foxcroft. Y la ha presentado como una explicación de su postración nerviosa y de su encierro.

Cudbird estaba realmente sorprendido.

—¿Su encierro, dice que el doctor Foxcroft se ha encerrado? Eso no concuerda en absoluto. —Eché una ojeada al ático como si le hubiese presentado un nuevo rompecabezas.

—En realidad no creo que pueda decir si concuerda o no. Toda la trama del asunto es totalmente oscura y lo seguirá siendo probablemente. Y en cuanto a su acusación contra Basil, puede decir únicamente que parece compartirla con este joven petimetre de Geoffrey. Dejo a criterio suyo el juzgar si eso es una recomendación.

—¿Geoffrey Roper cree que su tío le disparó a Wilfred Foxcroft?

—Sí. Y si todavía quiere otra sospecha creo que Appleby se inclina a creer que Cambrell intentó matar a Basil.

—Están equivocados, míster Ferryman... todos ellos. Créame. Y no tengo nada en contra de Sir Basil. Es a Sir Basil a quien se suponía que iba dirigido el disparo, muy bien. ¿Le digo quién fue el que disparó?

Hubo en Cudbird una súbita confianza que me aterró a mi pesar. Una vez más tenía aquella cualidad apremiante que había retenido nuestra atención en el asunto de Jim Meech y los canarios. Le miré con desamparo, y al mismo tiempo con cierta ansiedad irrazonable.

—Sí —dije—. Dígame quién intentó matar a Basil.

La mirada de Cudbird recorrió el estudio.

—Es claro como... —Se interrumpió y frunció el ceño—. O más bien eso es justamente lo que no es. Está ahí, sin duda. Pero es difícil verlo con claridad. Es tan retorcido —hizo una pausa y reflexionó— como mi nariz en aquel espejo. —Y señaló el espejo cóncavo de la pared.

Estaba mirando el espejo, como si me pudiese proporcionar la pista de las especulaciones de Cudbird, cuando se abrió la puerta y entró Hubert Roper. No parecía estar en disposición de objetar nuestra presencia, sino que se dirigió directamente a la ventana y contempló el parque. Me coloqué a su lado. Debajo de nosotros se podía ver la nieve intacta; más allá, la ciudad resistía sombríamente la presión de un cielo plomizo. A la izquierda, y más cerca de lo que jamás las había visto, aparecía la parte posterior de algunas casas diseminadas por el valle en filas paralelas, como tentáculos tiznados cercenados abruptamente. Por todas partes, por encima de los negros tejados espolvoreados de nieve, el humo gris y negro se elevaba lentamente hacia el cielo, de modo que la ciudad parecía un vasto altar ceniciento cuyas inútiles ofrendas humeaban en el vacío. Un sol rojizo pendía bajo como la puerta de un horno en una fundición, o como un balón de fútbol encendido entre los postes de las chimeneas de la fábrica de cerveza. Y más lejos en el valle, como para sugerir que todavía había un círculo más exterior en el infierno del industrialismo, aparecía un tiznón más negro que hablaba de hierro y acero en una ciudad vecina. Que en alguna parte el invierno llevaba el reposo a la tierra, que en alguna parte las crecidas obtenían su velocidad de la nieve no manchada: esto era imposible de creer. Hubert miraba con atención el ladrillo, la pizarra y el humo.

—Dios mío —dijo—, ¡qué estúpido fui al ir al sur para pintar sus condenadas caras! —Se volvió hacia Cudbird—. ¿Sabe que he dedicado veinte años de mi vida a pintar caras que son todas iguales, como las posaderas de mellizos idénticos? Mientras que ahí estaba eso.

Y señaló con su pulgar a la ventana.

Estaba asustado; a mí la escena me producía únicamente depresión. Pero Cudbird también parecía estar asustado.

—¿Encuentra monótonas las caras? Eso es muy interesante. Nunca lo habría pensado. Porque incluso los canarios...

Hubert meneó la cabeza distraídamente.

—Los canarios viven en estado natural... más o menos. Pero las fisonomías humanas se van reduciendo a unas pocas máscaras. Tres o cuatro máscaras para cada sexo y para cada clase social, y las caras tienen que amoldarse. Es muy aburrido, créame. Naturalmente, la parte posterior de las casas también es monótona. Pero uno puede poner un cuarto de milla entre ellas y uno mismo. Y ganan en belleza y en misterio con cada yarda.

—Un caso —dijo— en el que la distancia presta encanto al paisaje.

Era una afirmación banal, y Hubert se dio maña en dar la impresión de que la

estaba considerando lúgubrementemente.

—La distancia —señaló luego— prestaría algún encanto a esos desconcertados policías. Ya están aquí de nuevo. Primero Leader fastidiando a la gente con lo del lugar y la hora. Y ahora Appleby recogiendo pedazos de hiedra en el jardín. Lo encontré mientras se dedicaba a ello y le pregunté si lo hacía para tener un recuerdo. Me dijo que era eso. Incidentalmente, la estaba contemplando con gran melancolía, como si la hubiese traicionado. Espero que quede realmente descorazonado y que se vaya.

—¿No cree —preguntó Cudbird— que debería aclararse ese atentado?

Hubert no respondió, sino que se apoyó en la mesa llena de bocetos. Cogió un lápiz y empezó a garabatear sobre una cartera, la vista perdida pensativamente en el espejo de cuerpo entero. Rompí el silencio.

—¿Quizás estés de acuerdo conmigo en que se trató de una locura momentánea y que es mejor olvidarlo?

Hubert me miró vagamente.

—¿Momentánea? Oh, seguro. No se necesita mucho tiempo para apretar un gatillo.

Quedé desconcertado ante esta inconsecuencia deliberada.

—Bien, quizás no tan momentánea como eso. Appleby tiene la teoría de que alguien vio la oportunidad de disparar a Basil, fue a buscar un arma y no se dio cuenta de que mientras tanto Wilfred había ocupado el puesto de Basil. Esto proporciona al asunto una cierta deliberación siniestra. Pero aunque fuese así considero que todo lo que ha pasado es una simple aberración. Y si conozco algo acerca de la naturaleza humana... la naturaleza humana de los que estamos en esta casa... la única secuela será horror y repugnancia. No habrá un segundo intento. ¿No lo crees así, Hubert?

Hubert dejó de jugar con su lápiz.

—No puedo decir que esté de acuerdo. No. Pienso que tu posición es forzada y arriesgada. Decididamente arriesgada. La verdad es, Arthur, que tú perteneces a la categoría de personas que harían mucho por evitar un escándalo vulgar. ¿No lo cree así, Cudbird?

Cudbird no dijo nada. En el silencio llegaba a través de la ventana el griterío de los gorriones peleándose en los aleros. Me sentí desconcertado y alarmado.

—Appleby... —dije.

—Es extraño —me interrumpió Hubert— como éste Appleby llena a Arthur de ideas y luego lo suelta por ahí. La policía nos está contando muchas cosas. ¿Pero qué deberíamos contar a la policía? —Sus dedos jugaron nerviosamente con el lápiz—. Donde estábamos entonces. Les dije que estaba en mi habitación. —Rió vagamente—. Excepto tú, Arthur, todo el mundo les ha dicho lo mismo. Me pregunto cuántos embustes implica esto.

Cudbird, que había cogido un dibujo para colocarlo contra la pared; se volvió al

oír esto.

—Quizás todos tengan un secreto sin importancia que ocultar. Pero en alguna parte alguien tiene un secreto que es importante. Es fastidioso. —Miró su reloj—. Las doce, y el gato está todavía en el saco. ¿Se impacientará y saldrá? ¿O —Cudbird levantó otro dibujo para estudiarlo— hay alguna rendija por la que asoma un bigote o la punta de la cola? —Meneó la cabeza como un oráculo—. Hay un secreto importante en alguna parte.

—¿Está seguro?

Dimos la vuelta al oír una nueva voz. Era Appleby, que se había deslizado en la habitación. Visto a la luz del día parecía mayor. O pudo haber sido cierto aire de ansiedad el responsable de este efecto: tenía la apariencia de no estar satisfecho de sí mismo.

—¿Está seguro? —repitió—. ¿Y qué si el gato es un gato de Manx, sin cola? Y eso es lo que realmente _ pienso de este problema: falta algo.

—¿Un gato de Manx? —dijo Hubert—. A Ferryman le gustaría que el misterio fuese como el de Cheshire y que se desvaneciese.

Appleby nos miró sucesivamente.

—Falta algo —repitió.

—Eso es.

Como si se estuviera probando uno de sus nuevos trajes, Cudbird se situó cuidadosamente entre el espejo grande y el espejo móvil.

—Bien —dijo—, Cecil Foxcroft ha desaparecido. ¿Y qué pasa con eso? Pero no estoy seguro de que no tengamos a mano todo lo necesario para resolver el acertijo.

Appleby recorrió el ático a zancadas, se volvió, examinó primero a Hubert y después a mí. Tuve la incómoda impresión de que nos estaba catalogando como muestras totalmente insatisfactorias.

—No —dijo, y sus modales eran bruscos como no lo habían sido hasta ahora—. Falta algo, lo sé.

Hubert se apartó de la mesa.

—¿Un conocimiento más bien negativo, no es así? —Cogió una paleta y empezó a rascarla—. Y no nos gustaría pensar que está malgastando su tiempo.

Si esto era una indirecta, Appleby la ignoró.

—Realmente no pienso que esté haciendo eso —dijo—. Esta convicción de que falta algo... puede ser útil. Sí —su voz titubeaba debido a su distracción—. Sí... creo que pueden encontrarlo. Es lo que sentí desde el principio. De no ser así no me habría entrometido.

Le miramos perplejos.

—Mr. Appleby cree —dije— que la pieza que falta ocupará su lugar tan pronto como recuerde un trozo de poesía... algo sobre la niebla y la nieve.

Apartándose de la ventana a través de la cual había estado contemplando las casas, Appleby meneó la cabeza.

—No se trata exactamente de que falte una pieza. Ni, • por muy interesante que pueda ser la conducta del Dr. Foxcroft, de un hombre desaparecido. —Sonrió—. Si me siguiera ese Beevor también saltaría por la ventana. Incidentalmente, Beevor ha llegado. Él y Wale están discutiendo el caso *in absentis* en la biblioteca. No parece el método clínico más satisfactorio. Y Mrs. Chigwidden ha estado conferenciando también con ellos. Tiene una teoría. —Appleby estaba empleando frases desarticuladas, lo que me hizo sospechar que su mente no estaba enteramente en lo que decía—. Quizás el Dr. Foxcroft tenga también una teoría. —Nos miró con ironía—. ¿Y quién no la tiene?

—Entendí —dije— que Lucy Chigwidden se resistía a revelar su teoría a la policía.

—Ella no sabe que la ha revelado. —Y Appleby me dedicó una mueca que podía, suponerse, injustamente quizás, como levemente presuntuosa—. Pero es completamente insostenible. —Se volvió hacia Huber—. Puesto que sé positivamente que el Dr. Foxcroft no hizo aquel disparo. Pero cualquier otro... excluyendo a Wilfred Foxcroft... pudo hacerlo. Cualquiera de ustedes pudo hacerlo. —Appleby hizo una pausa que me dio la impresión de ser deliberada—. Sólo el Dr. Foxcroft tiene una coartada.

—¡Cecil tiene una coartada! —grité asombrado—. Pero entendimos...

—Sí. Pero las devociones del Dr. Foxcroft no se llevaron a cabo en la soledad. De hecho —por un momento Appleby pareció el más rudo de los policías— el nombre de la joven es Rose. Los criados han sido interrogados; el hecho salió a la luz.

—Esto —dije— es lo que uno obtiene por ir hurgando por ahí. Y no es extraño que Rose se turbara ante las observaciones de Lucy. Yo mismo estoy disgustado y puedo ver que también lo está Cudbird.

Hubert rió sin mucha alegría.

—Uno imagina que los requerimientos amorosos de Cecil serían indecisos y embarazados. No creo que Rose perdiera su virtud... ni siquiera el resuello.

—Pero Cecil ha perdido su cabeza ciertamente. —Me volví hacia Appleby—. ¿Conoce Wale esta indiscreción? Y es por eso por lo que...

Appleby se había dirigido a la ventana y estaba tamborileando suavemente en el antepecho; de nuevo me dio la impresión de que estaba esperando algo distinto de la conversación de Hubert, Cudbird y yo mismo. Se volvió.

—Difícilmente explicaría su intención de hacer testamento.

—Debía —dijo Hubert— almorzar con un pariente, un hombre terrible llamado Podman que construye motores en Riverton. Supongo que alguien debería telefonearle para decirle que está enfermo. Porque supongo que *está* enfermo. Debiendo ser bien encerrado por Beevor. —Hubert rió con menos alegría incluso que antes. Tiró su paleta sobre la mesa y se paseó con impaciencia por el ático—. Al diablo con esta charla interesante. Nada me aburre más. ¿No podríamos tener algo de acción?

—¿Acción? —dijo Appleby. Sonrió afectando una vaga afabilidad—. Oh,, no. Simplemente esperamos.

Se metió las manos en los bolsillos.

Cudbird, como si se sintiera impulsado a tomar la actitud contraria, se dirigió vivamente a la puerta.

—Para estar a tono con la espera de John —dijo— uno tiene que parecer muy alerta. En cuanto a la acción...

—Sí, acción. —La voz de Hubert se alzó con insistencia—. Esta charla no lleva a ninguna parte. —Hizo una pausa, y me di cuenta de que me dedicaba una mirada extraña—. Solamente con que el desconocido efectuase otro atentado contra Basil, el asunto podría empezar a resolverse.

—Pienso —dijo Cudbird— que Sir Basil está bastante seguro por el momento.

—Por lo que me dijo anoche —me volví hacia Appleby— llego a la conclusión de que usted piensa realmente que podría haber algún peligro de que Basil fuese atacado. Cudbird tiene algunas ideas que apuntan a la misma posibilidad.

Appleby negó con la cabeza; parecía cada vez más preocupado.

—No, no pienso que haya mucho peligro. Quizás estuviera sometiendo a prueba algo sobre Sir Basil. —Sonrió con su sonrisa distraída y simpática—. Como dice Mr. Roper: mucha charla interesante. Por toda la casa. Teorías más que hechos, quizás se estén incubando en Belrive. ¿No lo cree así, Mr. Cudbird?

Cudbird todavía estaba de pie junto a la puerta; su respuesta se perdió en el repentino ulular de la sirena de Cambrell.

—Las doce —dije— y parece que apenas hayamos acabado de desayunar.

—¿Las doce? —Appleby sacó las manos de sus bolsillos y miró inocentemente sorprendido—. Dios mío, quizás debiéramos bajar.

—Quizás debieran —dijo Hubert—. Todos ustedes han sido muy generosos con su tiempo. Y no debo ser codicioso y esperar más que mi parte.

Appleby sonrió amigablemente.

—Estoy convencido, y Mr. Cudbird todavía lo está más, de que usted está completamente absorbido en su trabajo. —Miró al cervecero y pensé que su sonrisa tomaba el carácter de una broma privada—. ¿Pero quizá usted bajará también? Acabo de recordar... —y los rasgos de Appleby adquirieron la expresión de quien acababa de recordar— que Leader ha propuesto una especie de conferencia a las doce.

—¿Una conferencia? —pregunté con suspicacia.

—En la biblioteca. Debemos apresurarnos o llegaremos tarde.

Precedidos por Cudbird nos lanzamos escaleras abajo. Todos estaban en la biblioteca —o todos excepto Basil y Cecil—. Incluso Cambrell había aparecido una vez más.

Y en un escritorio cerca del centro de la habitación estaba sentado Leader acompañado por un sargento de la policía. Nos sentamos, y observé que Appleby desaparecía por una esquina oscura. Esperamos. Nadie tenía nada que decir, ni

ninguna idea de lo que iba a seguir. El efecto era desusadamente solemne.

El largo y agitado silencio fue roto por la tos presuntuosa de Leader.

—Nuestro asunto... —empezó.

El sargento murmuró algo en su oído. Leader se interrumpió y asintió con la cabeza. El sargento se levantó y pulsó un timbre. Un alguacil apareció, recibió instrucciones en voz baja y se fue. La policía había descendido sobre Belrive como una inundación.

—Me temo —dijo Leader— que no podemos empezar sin Sir Basil. —Golpeó el escritorio con impaciencia—. Aunque no creo que tarde mucho. Prometió estar aquí con los demás al mediodía.

Y Leader se dedicó a estudiar su cuaderno de notas. Tenía la apariencia de haber crecido durante la noche. Volvió una página; el ruido cayó sobre un silencio cada vez más tenso.

Pasaron un par de minutos. Leader, pensé, estaba pasando de la simple impaciencia a la aprensión. Ante el ruido de pasos en el vestíbulo todo el mundo miró hacia la puerta: era de nuevo el alguacil. Murmuró algo a Leader, cruzó la habitación y murmuró algo a Appleby. Y me pareció que entre los dos se cruzó una mirada cautelosa y alarmada.

El silencio descendió una vez más; una vez más fue roto por el ruido de pasos. Pero esta vez los pasos pertenecían a alguien que estaba corriendo. La puerta se abrió de par en par: apareció Richards seguido de otro alguacil.

Echó una mirada perturbada por la habitación y se dirigió apresuradamente a Leader.

—Sir Basil —gritó—, Sir Basil ha sido atacado en las ruinas. Un intento de asesinato. Lo están trasladando a la casa.

Por muy aventajado que esté en el terreno de Lucy Chigwidden, veo que en materia de capitularización he descendido hasta su sentido del efecto. El anuncio de Richards constituye un excelente telón, un telón que se levanta de nuevo inmediatamente entre el gran alboroto y confusión de la biblioteca. Pero al menos puedo abstenerme de explotar esto. En pocas palabras, lo que siguió fue algo parecido a una escena de una tragedia clásica. El mensajero se lanza a la escena con la noticia del desastre, el coro produce una gran barahúnda, y entonces un segundo mensajero —algo menos jadeante— llega y da una explicación más completa del mal en cuestión. En nuestro caso el segundo mensajero fue un inspector de policía uniformado: por un momento me hallé esperando que fuese aquel Haines de cuyos servicios Appleby nos había privado hábilmente la noche anterior. Su nombre —si llegué a saberlo— lo he olvidado hace tiempo. Le recuerdo sólo como una voz. Como eso y como un intimidante indicio de la forma en que la policía se estaba congregando alrededor del misterio.

Wale —una vez más solicitado para auxilios de emergencia— salió apresuradamente de la habitación. Y entonces se oyó la voz. Pareció que todo el parque y los jardines estaban siendo patrullados y que el éxito de este nuevo ataque había inquietado muchísimo a la policía: nuestro segundo inspector parecía ocupado en disculpar a sus subordinados ante toda la compañía. Había concertado una cita con Basil, al parecer, para examinar el pequeño arsenal del campo de tiro. Cuando llegó, halló a Basil inconsciente en las ruinas.

—Un accidente urdido con mucho ingenio —dijo el inspector, nominalmente, a Leader, pero en realidad de una manera indefiniblemente amenazadora a la concurrencia—. Gravemente herido en la cabeza, y junto a él una gran piedra desprendida aparentemente de la torre. Ni siquiera habrá podido gritar, pobre caballero, pues lo habría oído alguno de nuestros hombres. Una treta bastante endiablada.

La voz era claramente más emocionada que la de sus colegas que habíamos encontrado hasta aquí. Meneó la cabeza sombríamente y fue interrumpido por Appleby, hablando desde su esquina.

—¿Algún rastro en la nieve? ¿Se ha informado de que se haya visto a alguien en el parque?

La voz negó con la cabeza.

—Ningún rastro. Y ni un alma. Y de la presente compañía... con la excepción del Dr. Foxcroft parece que se puede responder de todos.

Sentí que alguien se movía junto a mí: era Geoffrey Roper. Se inclinó hacia

delante como si quisiera interrumpir y luego, pensándolo mejor, se dejó caer en su silla.

—Hay algo extraño, de todos modos. El chaleco de Sir Basil y su camisa estaban desabrochados. Parece como si el responsable hubiese querido asegurarse de que estaba muerto.

Observé que Appleby parecía momentáneamente desconcertado, y me pregunté si alguna de sus teorías habría sido desbaratada por esta noticia. Pero para eso todos nosotros estábamos sin duda muy turbados. Este nuevo desastre, viniendo a rematar el disparo inicial y la locura de Cecil, nos dejó sin aliento.

Lucy fue la primera en aventurarse a contribuir a las deliberaciones de la policía.

—Quizás —dijo nerviosamente— fue realmente un accidente. Mirando la torre he pensado a menudo que estaba peligrosamente descompuesta. Quizás se desprendió realmente una piedra e hirió a Basil. —Su mirada pareció perderse, como cuando estaba consultando con algún mundo de experiencias interiores—. Después de todo, suceden las coincidencias más extraordinarias.

La respuesta a esta sugerencia la dio Wale, que había reaparecido en la puerta.

—La mampostería que cae al azar —dijo—, no se comporta con habilidad quirúrgica. —Cruzó la habitación y se sentó cansadamente—. El golpe no podría haber sido descargado con mayor destreza.

Se hizo el silencio. Todos estábamos ligeramente aturridos sin que por el momento supiéramos la razón. Entonces habló Hubert Roper.

—Pero seguramente no fue un ataque muy eficiente... suponiendo que fuese eso. ¿Basil, según parece, vive todavía aunque la herida sea grave?

—¿Grave? —Wale resopló desdeñosamente—. Podría parecer grave para una mirada inocente. Pero les aseguro que Roper no fue más que golpeado... y con una destreza poco común. Jamás hubo el menor peligro. No tendrá nada más que dolor de cabeza durante las próximas veinticuatro horas.

Desde el otro extremo de la habitación llegó la clara voz de Anne Grainger.

—Pero la policía nos tomará por una pandilla de ineptos. Primero Wilfred, al que le disparan de manera confusa y no convincente y ahora esto. Digo que es positivamente humillante. Pero supongo —y nos miró tranquilamente sin hacer ningún caso de la desaprobación que se reflejaba en nuestras caras— que es muy típico de nuestra decadente clase social. Nada completamente bien hecho.

Leader frunció el ceño. La voz lo frunció mucho más amenazadoramente que Leader. Y si Appleby, al contrario, parecía complacido, obtuvimos poco consuelo por ello. Estábamos totalmente desconcertados. Podría parecer imposible sobrepasar estas espantosas bromas de Anne. Pero lo fueron, y no hace falta decirlo, por Geoffrey.

—Lo siento por el dolor de cabeza de Basil —dijo Geoffrey—. Será algo tan terriblemente incómodo de llevar a la chirona.

Me parece estar contemplando a Appleby apoyándose en el respaldo de su silla... y mientras hago esto, de nuevo se presenta ante mí la imagen de un telón que se levanta. Para él la representación estaba empezando. Y, aunque espectador pasivo, en gran parte no era más que un simple espectador. Había algo en él del modo de ser del productor teatral que finalmente ocupa su lugar en la fila de butacas. Pensé que estuvo particularmente satisfecho cuando Geoffrey se levantó de repente y le señaló con el dedo haciendo un gesto que tenía mucho más de dramático que de buenos modales.

—Miradlo —dijo Geoffrey—. Y mirad a los otros. —Su mano se dirigió a Leader, el segundo inspector, el sargento, el alguacil asistente—. ¿Pensáis que ellos creen esta historia acerca de que alguien haya atacado a Basil? Naturalmente que no. Y cualquier bufonada más es una pérdida de tiempo.

Hubert Roper había estado observando la conducta extravagante de su hijo con una mirada desaprobadora. Ahora meneó la cabeza.

—Intolerable pérdida de tiempo, muy bien. Con todo, no parece que vayas a acelerar las cosas gritando, muchacho.

Y habiendo hecho el esfuerzo de proferir esta increpación desacostumbrada, Hubert se sentó y evidentemente debatió consigo mismo la corrección de encender un cigarrillo.

—Dejad que Basil —continuó Geoffrey imperturbable— sea retirado en un gran carromato negro. Entonces podremos cambiarnos de vestido. No quiero decir que no piense que es una lástima. Lo pienso. Tenía cierto sentido esa idea de la estación meteorológica. Y en cuanto a lo de la venta, por mí no habría objeción, y Belrive, después de todo, sería mío algún día. Si una persona como Wilfred, que no tiene ninguna idea excepto la de hacer cómodamente porquerías, anuncia que va a ir al encuentro de una idea, bien, pienso que es completamente razonable que encuentre una bala. Pero Basil no debería haber fallado. Esto demuestra que debe estar perdiendo facultades. Le hace sentir a uno que también podría fallar en el asunto de la Antártida. Y entonces habríamos perdido Belrive por nada. Lo siento por Basil. Pero asumió un riesgo y ahora cuanto antes lo lleven en este carromato, menos ajeteo habrá. Porque podéis estar seguros de que éstos —y Geoffrey señaló con el dedo a Leader y a su sargento— no dejarán a nadie tranquilo. Encarcelar tipos constituye su mayor felicidad.

Había escuchado estupefacto este largo discurso, y supongo que a los demás les ocurrió lo mismo. Appleby fue el primero en hablar.

—¿De manera que usted piensa, Mr. Roper, que Sir Basil disparó a Mr. Foxcroft porque Mr. Foxcroft podía interferir la proyectada expedición de Sir Basil?

—Eso es lo que usted piensa, Mr. Appleby. Únicamente le estoy ayudando a hallar el motivo. Tiene que aparecer y cuanto antes lo haga mejor. Se habían peleado

hace mucho tiempo mientras estaban escalando una montaña. No sé por qué: quizás incluso por aquellos tiempos Wilfred necesitaba demasiadas comodidades. Puede haber habido un aplazamiento semiconsciente desde entonces hasta la cuestión presente. Pero no lo creo. La decisión de Basil de eliminar a Wilfred no se remonta más allá de la hora del té de ayer.

Lucy Chigwidden profirió una exclamación de alarma.

—Al menos Lucy se recuerda. Estábamos hablando de la venta de Belrive, estábamos hablando de panecillos, y Wilfred dijo que no lo creía, pero que si fuese cierto él conocía al que podía detener a Basil. Obviamente se refería a sí mismo: es el hombre de negocios de la familia, recuérdelo, el que estaría al corriente de ese tipo de asuntos. Y justo en ese momento entró Basil. Lo había oído perfectamente y todos nos sentimos unos idiotas. Recuerdo que Cecil empezó a hablar de su *Seria Llamada*. Pero fue la llamada seria para el pobre Wilfred, y casi su última. Basil, digo, que es realmente un bicho despiadado, no iba a permitir que naufragase su expedición. Disparó a Wilfred. Y naturalmente nadie le atacó en las ruinas esta mañana. Simplemente sintió que esos próceres —el dedo esta vez señaló a Appleby y a la voz — probablemente le iban a la zaga y decidió oscurecer el asunto preparando un falso atentado.

Recordé que menos de una hora antes, Cudbird me había presentado esta misma posibilidad. Miré con los ojos muy abiertos a Geoffrey, horrorizado por la brusca y casi despreocupada convicción con que hablaba. No era posible resistir a la convicción de que creía lo que decía; creía no solamente en los hechos tal como los había relatado sino también en el sentido moral oculto tras ellos. Basil había tenido una idea, y tenía el derecho de eliminar a Wilfred, que no tenía ninguna idea, si Wilfred se inmiscuía. Pero Basil había fallado, y cuanto antes fuera a presidio tanto antes podríamos regresar a nuestros escritorios y estudios. De ahí un celo repentino por la ejecución de la justicia. Puedo decir únicamente que la perversidad de este deseo de arrojar a un tío a los sabuesos me dejó sin aliento. Cuando me hube repuesto algo fue para oír, con un alivio considerable, la voz incolora de Leader.

—¿Y usted diría, señor, que un falso atentado puede escenificarse de esa manera? —Leader hizo una pausa cargada de pesada ironía—. ¿Que un hombre puede golpearse con éxito en la parte posterior de la cabeza: contiene su experimento esa posibilidad?

Sólo momentáneamente Geoffrey pareció inseguro.

—Si uno fuera Basil... sí. No le falta mucho para ser un atleta y un chico listo. También es un alpinista, con articulaciones como un contorsionista. Y una resolución totalmente anormal. Sí, Basil lo podría hacer muy bien.

—Usted dice —Appleby habló por primera vez— que Sir Basil es un atleta. ¿Diría también que es un buen tirador?

Geoffrey hizo una mueca.

—Muy bueno, ciertamente.

—¿De hecho, más o menos tan bueno como malo es usted?

La mueca de Geoffrey se ensanchó; sintió claramente que iba a sacarse algo de la manga.

—Justamente eso, más o menos.

—¿Entonces cómo explica el hecho de que a una distancia de unos pocos pasos Sir Basil no consiguiese matar a su hombre? La bala, como sabemos, alcanzó el pulmón derecho. ¿Sugiere que esa persona despiadada, como llama a su tío, estaba tan agitada que era incapaz de apuntar bien? ¿O por qué le dispararon tan mal a Mr. Foxcroft?

La última frase me sobresaltó: la había utilizado Anne o el mismo Geoffrey cuando Appleby y yo estábamos espiando en las ruinas. Y recordé, también, algo que Appleby había dicho de ellos inmediatamente después: había dicho que habían penetrado hasta el corazón del misterio. Y mientras recordaba esto, volvió a hablar Geoffrey.

—Sí —dijo—, ¿por qué le dispararon tan mal a Wilfred? El centro del asunto está ahí.

Era una escena extraña. Geoffrey todavía permanecía en pie en medio de la biblioteca, ligeramente acalorado, quizás ligeramente nervioso, como un niño puesto a recitar. Y esparcido por la habitación estaba el auditorio bastante considerable constituido por la familia y la policía. El objeto por el que se nos había reunido antes del ataque a Basil parecía haber desaparecido o permanecer en estado latente; en su extraordinariamente mal pensado intentó de acelerar la solución del misterio, a Geoffrey se le estaba dejando el camino libre. Y ahora se lanzó a pleno galope.

—Basil se ha cambiado temprano. Ha estado trabajando en su estudio. Sale y encuentra a Wilfred saliendo de la biblioteca, donde no ha podido escribir una carta porque Lucy ha gastado todo el papel. Basil ve su oportunidad, le dice a Wilfred que vaya al estudio y escriba la carta en su escritorio. Entonces coge un arma.

Leader se aplicaba en su cuaderno de notas. Algunos de nosotros estábamos cambiando miradas desasosegadas. Había algo especialmente macabro en la afirmación de Geoffrey de que entonces su tío cogió un arma.

—¿Cuál es la posición? Wilfred, al sentarse para escribir su carta, estará encarando la ventana. Basil habrá dejado las cortinas separadas uno o dos palmos: es su costumbre. Ahora puede suceder una de estas dos cosas. Wilfred, a quien no le agrada mucho el frío, puede correrlas antes de sentarse. En ese caso Basil sólo tiene que entrar por la ventana, separarlas una pulgada más o menos y disparar. ¿Pero y si suponemos que Wilfred no ha movido las cortinas? Entonces hay una dificultad. Arthur, tú estuviste husmeando por ahí anoche con esta gente. ¿Si Wilfred estaba sentado en el escritorio con las cortinas separadas uno o dos palmos, qué podría ver exactamente?

La pregunta llegó inesperadamente y titubeé. No estaba en modo alguno dispuesto a ayudar en este intento desenfrenado de probar la culpabilidad de Basil.

Pero la mirada de Appleby se dirigió a mí en suave interrogación y me sentí obligado a contestar. Por un momento, sin embargo, me defendí con evasivas.

—¿Qué quiere decir «qué pudo ver exactamente»?

—¿Qué pudo ver de alguien que estuviese en la terraza, estando de pie, moviéndose, acercándose a la ventana?

—Si alguien estuviera paseando arriba y abajo cerca de la balaustrada no vería más que una figura indeterminada dando un paseo.

—¿Inidentificable?

—Eso creo. En *smoking*, ciertamente. Pero si la persona estuviese de cara a la casa y se acercase a la ventana...

—¡Exactamente! —Geoffrey paseó una mirada triunfal por la concurrencia—. Por simple precaución Basil debía disparar sin revelar su identidad a Wilfred. Por muy bueno que fuese el disparo, Wilfred habría podido contar la verdad si la ayuda hubiese llegado con rapidez. Basil por tanto podía pasear arriba y abajo junto a la balaustrada. Podía estar de pie junto a la balaustrada mirando al jardín. En estas condiciones no habría sido para Wilfred más que un miembro desconocido de la casa tomando el aire antes de la cena. *Basil no podía volverse y acercarse a la ventana sin peligro.*

La biblioteca quedó de repente muy silenciosa; el único ruido era el chasquido de un carbón en la parrilla.

—Consideremos —dijo Geoffrey— lo que se estaba haciendo en el campo de tiro ayer por la mañana. Exactamente qué ardid de tiro. —Se volvió bruscamente—. Cambrell, ¿lleva ahora aquel reloj?

Esto hizo sensación. Sentí que un escalofrío me corría por la espalda. Y Cambrell saltó como si fuese él el acusado. Luego asintió con la cabeza, buscó en su muñeca izquierda y dejó algo encima de la mesa. Era un reloj con un brillante brazalete metálico.

Geoffrey continuó lo que había venido a ser su discurso para la acusación.

—Estaba interesado en el ardid, el ardid de disparar de espaldas del que he oído hablar luego, y conseguí averiguar cómo se hacía. Cambrell se colocaba de espaldas al blanco, situaba el cañón de su revólver debajo de su brazo izquierdo y se quitaba la pipa de la boca con la mano izquierda. Esa era la clave. La muñeca izquierda sube, el puño de la camisa baja y, si la luz es apropiada, el brazalete sirve como un espejito. Con cierta práctica se puede sin duda efectuar un buen disparo.

El horror se apoderó de mí. Recordé las palabras con las que Basil había celebrado la treta de Cambrell.

—Un ardid de pistolero: creo que yo también podría hacerlo.

Cediendo a un impulso irresistible, grité:

—Es un disparate; ¡no puede ser cierto!

Curiosas miradas se dirigieron a mí sólo por un momento; luego todo el mundo se volvió de nuevo a Geoffrey mientras me dejaba caer en mi silla. Cualquiera que

pudiese ser la plausibilidad de su historia, tenía a su auditorio en un puño.

—Eso es todo. Basil está de pie junto a la balaustrada, como si estuviese observando el jardín o la detestable botella de Cudbird. Entonces da unos pocos pasos hacia atrás, es una acción natural si uno está contemplando una panorámica, y utiliza el ardid de Cambrell con Wilfred. Pero no está bien entrenado y falla... —Geoffrey hizo una pequeña pausa y miró a su alrededor casi desafiadoramente—, falla a la hora de matar.

Durante quizás veinte segundos, hubo silencio. Luego una voz habló tranquilamente desde la puerta.

—Una interesante teoría, ciertamente.

Todos nos volvimos. Era Basil.

—Pero falla desde el principio.

Basil estaba muy pálido y llevaba un ligero vendaje alrededor de la cabeza; avanzó con cierta inseguridad al tiempo que hablaba y se sentó cautelosamente en una silla. Wale se había levantado con precipitación; la aparición se producía evidentemente contra sus órdenes. Pero Basil le hizo sentar con un gesto imperioso.

—Estaré bastante bien. Y estoy de acuerdo con Geoffrey en una cosa: que ese asunto debe aclararse lo antes posible, por muy doloroso que pueda ser. Y lo primero que hay que establecer es que el caso de Geoffrey falla desde el principio. El motivo no existe.

Appleby se había apoyado en su silla con la apariencia de un hombre que espera que ahora el asunto se resolverá tranquilamente por sí mismo. Leader se dedicaba firmemente a su cuaderno de notas como si estuviese informando sobre la más pesada de las reuniones políticas. La voz nos estaba contemplando uno tras otro con desaprobación evidente y cada vez más profunda. Mi atención estaba dedicada por entero a Basil. Era ciertamente una persona algo fría y distante; yo no dudaría en absoluto de que pudiese ser despiadada en ocasiones, como aseguraba Geoffrey. Esperé lo que tenía que decir con gran nerviosismo. Y éste aumentó cuando comprendí que bajo su calma Basil estaba irritado, irritado como jamás le había visto antes.

—La sugerencia es que yo le disparé a Wilfred porque le oí declarar que él conocía al que me podía impedir que vendiese Belrive. Pero si Geoffrey fuese un hombre de negocios comprendería que eso es una tontería. Me estoy proponiendo organizar una expedición científica a cuya financiación estoy dedicando actualmente casi todo mi tiempo y pensamientos. He estado tratando de la venta de esta propiedad. ¿Es verosímil que sea incapaz de descubrir cualquier posible impedimento legal que pueda existir? ¿Es concebible que a estas alturas Wilfred pueda inmiscuirse, agitando algún papel o escritura olvidados, y detenerlo todo? Esa idea sólo se le podría ocurrir a alguien —Basil hizo una pausa y pareció volverse un poco más pálido— que estuviese bajo los más fuertes impulsos por inventarse algo.

Fue en este instante, creo, cuando la mayoría de nosotros comprendió la desagradable verdad de que Basil estaba ocupado en algo más que en justificarse. Vi a Horace Cudbird agitándose cautelosamente en su silla y mirando inquisitivamente a Cambrell; vi tiritar a Lucy y a Mervyn Wale levantándose para arrojar un tronco al fuego. Luego la voz de Basil reclamó de nuevo toda mi atención.

—Es cierto que oí lo que Wilfred dijo a la hora del té. Regresé a mi estudio y pensé en ello. Wilfred es una persona con muchas cosas que decir, de esas personas,

de hecho, a las que uno no siempre presta mucha atención. Sin embargo, ocupa un puesto de responsabilidad y no tiene la costumbre de hablar sin ton ni son en esa clase de asuntos. Lo que había dicho era virtualmente esto: que él podía impedir que siguiera con mi plan de disponer de esta propiedad. Después de pensarlo cuidadosamente hallé que sólo le podía dar un sentido a esta afirmación. Me sorprendió.

Basil hizo una larga pausa, menos por conseguir efecto, imagino, que porque el esfuerzo de hablar era considerable.

—En el actual estado de ánimo que impera en esta casa, son posibles otras explicaciones. Puedo ver cierta clase de mentalidad —y la mirada de Basil se dirigió fugazmente a su hermana— que podría suponer que Wilfred se proponía atacarme con un arma. Pero la verdadera explicación era menos sensacional. Digo que me sorprendió. Puesto que la actitud de Wilfred hacia Belrive ha sido siempre algo improvisada; ha adoptado la apariencia de creer que el lugar es un anacronismo... un impedimento para la utilización de una tierra de posible valor industrial. Por esta razón, y quizás porque había una frialdad residual entre nosotros, no le había comunicado directamente mis planes. Pero ahora era para mí perfectamente claro que en esto había obrado equivocadamente. Era perfectamente claro que Wilfred, que es un hombre muy rico, se disponía a comprar Belrive. Aproveché la oportunidad de hablarle, por tanto, antes de subir para cambiarme. Era como había pensado. Dijo simplemente que se interesaba en el proyecto de una estación y que compraría Belrive por la cantidad más elevada que se me había ofrecido hasta entonces. Y así como prefería la proposición de Cudbird a la de Cambrell también prefería la de Wilfred a la de Cudbird. Ya sé que usted, Cudbird, no sugerirá que se hubiese concluido nada entre nosotros.

Cudbird dio lo que parecía una cordial respuesta afirmativa. Fue ahogada, sin embargo, por la voz crispada de Anne.

—Entonces supongo que fue Mr. Cudbird quien le disparó a Wilfred. Geoffrey, ¿por qué no pensamos en eso? Sí —prosiguió Anne—; eso es. —Dirigió una brillante sonrisa y una severa mirada a la voz, habiendo adivinado, sin duda, que era la persona más afrentada de la habitación—. Está muy claro. Mr. Cudbird oye lo que Wilfred se propone hacer, de modo que se dirige a la ventana y le dispara. La situación queda entonces como antes, y Mr. Cudbird embotella a Belrive. Las Cervezas Belrive son las Mejores. Pruebe nuestro Priorato Completo. —Se volvió a Cudbird—. ¿Ve —preguntó con inocente seriedad— cómo mi explicación tiene la gran virtud de la simplicidad?

Cudbird la contempló impasible.

—Quizás, Miss Anne, nos contará cómo fue atacado Sir Basil ahora mismo en las ruinas. ¿Puede ser que acabe de adquirir el hábito de las armas y de las estacas?

Anne movió la cabeza.

—Eso lo dejo a la policía. —De nuevo dedicó una sonrisa a la voz—. Sería bonito

que les dejásemos dar alguna explicación. ¿No les recuerda una fila de potentes locomotoras guardadas en un patio? Puedo ver el principio de una película de herrumbre en Mr. Appleby. El inspector Leader es un tipo totalmente pacífico. Y en cuanto a este caballero —y Anne se inclinó gravemente ante la voz— uno siente que sólo hace falta tirar de un cordel para conseguir el más magnífico de los gritos.

El alguacil bufó; la voz respiró ruidosamente... dando así sin querer pie a la comparación de Anne; los demás intentamos mantener lo que recibe el nombre de silencio helado. Entonces habló Leader.

—La sugerencia de Miss Grainger —dijo— será considerada en su lugar. Es decir, si tiene un lugar. —Hizo una pausa como para llamar nuestra atención ante esta agudeza—. Y ahora, Sir Basil, hay un punto de la mayor importancia. Mr. Foxcroft, como usted sabe, no está en condiciones de responder a las preguntas, y no se puede decir qué giro puede tomar su estado. De modo que queremos algún testimonio independiente de su intención de comprar Belrive. Comprenderá...

—Naturalmente. —Basil estaba impaciente y dedujo de esto que estaba más irritado que antes, siendo sin duda la conducta de Anne la causa de esta irritación—. Hay, creo, algo parecido a una prueba. Wilfred señaló que se trataba de algo importante y que haría venir a su abogado. Y escribió un telegrama para que lo mandase Richards en seguida. Mencionó específicamente el traspaso de la propiedad.

—Gracias. Es suficiente.

Appleby se agitó en su silla como si no creyera que esto fuese suficiente en absoluto. Su política parecía consistir en que las locomotoras permaneciesen el mayor tiempo posible haraganeando en su patio.

—Sir Basil —dijo—, tiene algo más que decirnos... o eso creo.

—Así es. —Basil se acomodó en su silla—. Y voy a empezar por lo que se ha llamado el corazón del misterio. Utilizando la frase de Geoffrey: ¿por qué le dispararon tan mal a Wilfred? Hemos tenido una explicación: Wilfred quedó únicamente malherido porque se utilizó un difícil ardid de tiro. Pero hemos visto que esto no tienen ninguna base.

Leader alzó la vista de su cuaderno de notas.

—No del todo, Sir Basil. Hemos visto que un motivo concreto para que usted le disparase a Mr. Foxcroft no se puede sostener. Pero el ardid de tiro permanece igualmente en el tapete. Y debo decir que no parece una mala explicación de un detalle muy confuso del caso. Lógica, señor... debemos ceñirnos a la lógica.

No se podía negar que la lógica de Basil se había salido momentáneamente de los carriles; lo reconoció con un movimiento de cabeza que debió causarle un gran malestar físico.

—Muy bien. Simplemente les ofrezco, entonces, una explicación más simple de por qué Wilfred no fue muerto. *Matar a Wilfred no era la intención de la persona que hizo el disparo.*

—¿Quiere decir que el disparo iba destinado a usted?

El lápiz de Leader quedó suspendido en el aire. Muy débilmente, Appleby suspiró.

—Quiero decir —la voz de Basil era perfectamente paciente de nuevo— que la persona que disparó a Wilfred no pretendía *matar* a Wilfred. O por lo menos no al momento. —Basil hizo una pausa y pareció tomar una larga inspiración—. Geoffrey, ¿no es así?

Para mí al menos estas palabras tuvieron el efecto de un impacto. Que Geoffrey lanzase una acusación temeraria contra su tío, no dejaba de estar de acuerdo con su carácter. Pero que Basil volviera rápidamente la acusación contra su sobrino me pareció por un momento increíblemente horrible. Y por segunda vez en esta fantástica conferencia me sentí impulsado a intervenir.

—Basil —grité—, ¡por Dios, basta ya! No es así. ¿No hemos tenido bastante charla insensata?

En mi excitación me había puesto en pie de un salto. Ahora me senté, temblando. Me daba cuenta de la mirada de Appleby sobre mí, una mirada extrañamente aprobadora considerando la incoherencia de lo que había dicho. Y una vez más comprendí que este hombre tranquilo mantenía el control de todo lo que estaba sucediendo en la biblioteca. Los demás, también, creo, se estaban dando cuenta de esto; fue a Appleby y no a Leader a quien se dirigió Basil.

—Hemos tenido una charla insensata únicamente como consecuencia de una acción insensata... una acción tan insensata que faltaría a mí deber si no la expusiera. Geoffrey es culpable del ataque a Wilfred. Y el motivo fue pura avaricia.

Geoffrey, que no había hablado desde que su teoría sobre el crimen se había hundido, no dijo nada ahora. Pero rió. En aquellas circunstancias fue una risa curiosamente inofensiva, breve y natural.

Pero Basil no hizo caso.

—Geoffrey y Anne han estado locos por conseguir algo de Wilfred; parece que lo consideren un derecho. Y Wilfred ha estado dando largas a Anne... imprudentemente, pienso que debe decirse. Y creo que ha habido otra causa de fricción... probablemente de pasión... que no voy a mencionar ante esta reunión más bien concurrida.

Basil se llevó una mano a su cabeza vendada. El posible embrollo emocional entre Wilfred, su pupila y Geoffrey no era ciertamente algo que debiera airearse. Pero era la única base que yo podía ver para incoar un proceso. Se me ocurrió que Wale habría hecho bien en insistir en que se marchara Basil. Este volverse contra Geoffrey no correspondía a su manera de ser, y constituía la prueba más evidente de que su juicio estaba ofuscado a consecuencia del ataque que había sufrido. Pero claramente tenía que seguir adelante ahora con lo que tenía que decir.

—La acción de Geoffrey se ha producido de acuerdo con un curioso cálculo sobre cuál sería el comportamiento de Wilfred en ciertas circunstancias. Wilfred no había fijado nada para Anne. No le había legado nada. Pero tenía la intención de hacerlo, y

su demora procedía, al parecer, simplemente del deseo tonto de conservar una sensación de poderío. Pero puesto en peligro de muerte, muriendo o creyendo que iba a morir, Wilfred haría lo que él creía que era lo correcto. —Basil sonrió torvamente—. Y lo que Geoffrey creían que era lo correcto. Es por esto que Geoffrey no tiró a matar.

Basil se echó para atrás en su silla en medio de un profundo silencio, y una vez más se levantó Wale y se dirigió hacia él. Y entonces volvió a hablar Basil.

—Arthur puede atestiguar en qué momento le fue presentado el plan a Geoffrey... sin querer, espero y creo... por Anne. Fue cuando...

La voz de Basil se extinguió, exhausta. Todo el mundo miró en mi dirección. Titubeé, aunque había comprendido súbitamente lo que quería decir. Entonces decidí que tal como estaba el asunto era mejor que hablase.

—Ayer por la mañana durante la práctica de revólver —dije— Geoffrey y Anne estaban hablando, me temo que con resentimiento, de la actitud de Wilfred. Basil debió llegar a tiempo le oír el final. —Titubeé en un esfuerzo por recordar con exactitud—. Lo que Anne dijo finalmente fue esto: *Wilfred va a reunir a sus subordinados alrededor de su lecho de muerte. Y cuán infinitamente caritativo va a ser entonces.*

El lápiz de Leader se rompió en este instante. La frase detestablemente ingeniosa de Anne no podía haberse puesto de manifiesto de modo más efectivo, supongo, al final de la acusación de Basil. Y toda la concurrencia se volvió ahora a mirarla.

Estaba sentada junto a Geoffrey y había colocado su mano sobre la de él.

—Geoffrey contó su historia —dijo firmemente—, porque es impulsivo y un tanto desvergonzado. Pero Basil ha sacado a relucir la suya únicamente porque ese golpe le ha puesto algo fuera de juicio. Sabe muy bien que no es así. ¿No es cierto, Arthur?

—La teoría de Basil —dije suavemente— es totalmente falsa, sin duda.

—Geoffrey es un pintor. —La voz de Anne era inflexible, pero pude ver que sus labios estaban temblando—. Toda esta confusión doméstica la deja para mí. Se lo aseguro —se volvió a Appleby con algo de su habitual acento burlón— nunca dispararía a nadie a menos que se lo mandase yo. Y Wilfred, como Basil debería saber, es una persona a la que... a la que más bien he querido siempre. Incluso —su cara se transformó de repente en la de una niña— incluso aunque sea un viejo cerdo mezquino y atormentador.

—¿Puedo preguntar... —empezó Leader, y se detuvo. Anne se había puesto a llorar.

En este momento confesó Lucy Chigwidden. Se levantó y dijo en alta voz:

—Confieso.

Appleby miró su reloj y me pregunté si la extraordinaria diversión que estábamos presentando, empezaba a aburrirle. Fue él, sin embargo, quien tomó a su cargo a Lucy... y ciertamente desde entonces iba a tomar una parte más activa en el procedimiento.

—Señora —dijo gravemente—, ¿debo entender que se confiesa autora del intento de asesinato de su sobrino, Wilfred Foxcroft?

—Sí —dijo firmemente Lucy, y añadió al cabo de un momento—: No.

—¿No?

—No... no de mi sobrino. De mi hermano. Intenté asesinar a Basil. Dos veces. — Lucy miró a su alrededor, como para acaparar toda nuestra atención—. Dos veces — repitió enfáticamente.

Mervyn Wale se puso las gafas y estudió a Lucy a través de la habitación, como si estuviera pensando en llamar a Beevor una vez más. Ralph Cambrell, que estaba sentado en una esquina, empezó a jugar con su sombrero como si tuviese grandes deseos de ponérselo y de escapar. Horace Cudbird también estaba agitado; cada vez estaba *más* seguro de que se guardaba algo realmente decisivo. No me atreví a mirar a la Voz, pero no tengo la menor duda de que estaba reprimiendo sus emociones solamente con un esfuerzo considerable.

Y ahora se levantó Lucy y atravesó lentamente la habitación hasta llegar adonde estaban Anne y Geoffrey. Colocó una mano protectora sobre el hombro de cada uno de ellos.

—En esta monstruosa acusación contra estos pobres inocentes —dijo—, se ha pasado por alto un punto vital: el ataque a Basil justo antes de que empezara toda esta discusión. Si tuvieron éxito en lo que planearon anoche contra Wilfred, ¿por qué iban a atacar a Basil esta mañana? —Lucy nos miró vagamente, como si intentase coger de nuevo el hilo de sus pensamientos—. Pero, como digo, confieso. —Empezó a buscar el bolso alrededor de su silla, como si el asunto hubiese quedado aclarado y pudiésemos dispersarnos. De repente un pensamiento pareció herirla—. El motivo — dijo—, olvidé completamente el motivo. Odio a Basil. Intensamente. Lo he odiado desde que éramos niños. Ese es el motivo. —Siguió buscando.

Appleby se inclinó hacia delante.

—Un motivo siempre es útil —dijo gravemente—. ¿Pero podría darnos alguna prueba?

—¿Prueba? —Lucy pareció muy sorprendida—. Pero si *confieso*.

—Querida Mrs. Chigwidden, me terno que su confesión no va a probar su culpabilidad. Debe haber alguna prueba.

—Lucy, querida —Hubert Roper habló por primera vez— tranquilízate. Encontraremos alguna prueba si quieres. ¿Qué te parece esto? Wilfred fue alcanzado del modo más ineficiente. Está cada vez más claro que en eso reside el mayor enigma de este asunto. Si alguien quiere matar a un hombre apuntará a su cabeza o a su corazón. Sin embargo, el disparo, hecho a unos pocos pasos, alcanza a Wilfred en el lado derecho. —Hubert hizo una pausa y miró a su alrededor—. Ahora bien, ¿podría alguien que no fuese Lucy sufrir tal confusión? ¿Quién no la ha visto sumergir su pluma en el jarro de la crema y poner azúcar en la sopa? ¿No es ella la única persona que uno puede esperar que haga las cosas exactamente al revés, tomando un hombre por otro y su lado derecho por el izquierdo? —Hubert se volvió hacia Appleby—. No busque más —dijo perezosamente—. Ya tiene a su hombre.

Supongo que la actuación de Lucy puede decirse que había acreditado un corazón maternal. En el mundo abstracto en el que solía habitar, las lágrimas eran sin duda un símbolo de culpabilidad, y había considerado las de Anne en ese sentido. Su intento de confesión, sin embargo, tenía una vaga cualidad que encontré irritante —aunque no tan irritante como el trivial bordado de Hubert acerca del misterio—. Con Hubert —y por razones que deben aparecer luego— me sentí realmente enojado. Lo mismo le sucedió a Horace Cudbird. Cudbird se levantó.

—Voy a explicar —dijo— lo que sucedió anoche.

Por el rabillo del ojo vi a la Voz murmurando con apremio a Leader. Debía haber estado insistiendo —muy razonablemente— que en cuanto a las explicaciones ya habíamos alcanzado *l'emharras de richesses*. Sus debates, sin embargo, cesaron bruscamente: imagino que ante alguna señal de Appleby. A Cudbird se le permitió seguir. Pero no antes de que Anne, cuya capacidad de recuperarse de la emoción era rápida, se hubiese restablecido en sus funciones de coro irónico.

—Un pajarito se lo ha contado todo a Mr. Cudbird. Un canario sin duda.

Cudbird movió la cabeza con énfasis.

—Sí, los canarios han tenido que ver en ello, no lo niego. Si no fuera por haber estudiado su comportamiento, dudo que hubiese atinado en la verdad. O si no fuese por eso y por un creciente interés por el arte.

—Nuevos intereses por todas partes. —Automáticamente Geoffrey sintonizó con Anne—. ¿Han oído decir que Cecil recogía capullos de rosa cuando podía? Uno se pregunta si Rose cayó.

Con una considerable presencia de ánimo la Voz envió una severa mirada al alguacil que estaba inclinado a bufar. Por un momento la broma de Geoffrey flotó incómodamente en el aire y luego prosiguió Cudbird.

—El mal empieza claramente con la proposición de Sir Basil de vender Belrive y emplear la mayor parte del dinero en una costosa expedición. Mucha gente podría inquietarse por eso. —Cudbird hizo una pausa. Estaba hablando con una deliberación

que concordaba de manera impresionante con su autoridad natural. Sentí que mi corazón latía más aprisa; estaba convencido de que verdaderamente tenía algo que decir—. Mucha gente podría inquietarse. Totalmente de improviso, y como resultado de lo que podía muy bien parecer un antojo, una fortuna considerable va a perderse —como dijo alguien— para ser disparada a la luna. O, en cualquier caso, para disiparse en la ventisca y la nieve.

Appleby, que había estado observando el fuego, transfirió su mirada al techó.

—Mr. Roper —y Cudbird movió la cabeza bruscamente en dirección a Hubert— podría inquietarse. Es el heredero. No voy a suponer que fuera a perderlo todo ante las disposiciones de Sir Basil. Pero perdería mucho, ciertamente... incluida la propiedad, a la que puede muy bien sentirse más vinculado que su hermano.

Appleby bajó la vista, me miró, y asintió gravemente con la cabeza. Luego volvió a contemplar el enlucido.

—Mr. Roper podría inquietarse, se puede ver claramente. Y ahora acerca de mis canarios. —Cudbird se ajustó su brillante chaqueta y barrió la habitación con su mirada extrañamente apremiante; disfrutó con esta brusca transición—. Hay ocasiones en las que es preciso colocar a uno de los animalitos solo en una caja. Y a menudo el pobre se vuelve taciturno... Y ahora, me temo, que debo ser algo personal. Quiero que todos echen una mirada a Sir Basil.

Miramos a Basil, preguntándonos qué relación podría existir entre él y el canario taciturno. Me produjo cierta satisfacción ver que Appleby parecía estar francamente confundido.

—Hay un parecido —un aire familiar— entre Sir Basil y sus sobrinos, Cecil y Wilfred. Eso ya lo he hecho notar a algunos de los que están aquí. No es un gran parecido. Wilfred, por lo que pude ver, se parece muchísimo a Cecil; los dos se parecen —aunque no tan marcadamente— a Sir Basil. Sería más fácil tomar a Wilfred por Cecil o a Cecil por Wilfred de lo que sería confundir a cualquiera de los dos con Sir Basil. —Cudbird hizo una pausa para dejar que esto fuera bien comprendido—. Y ahora permítanme recordar algo que Mr. Roper dijo hace unos minutos. Dijo que Mrs. Chigwidden es la única persona que uno podría imaginarse haciendo las cosas completamente al revés. Pero eso es exactamente lo que puede hacer un canario cuando le colocan frente a un espejo.

Cudbird había hecho sensación. Hubert dio un brinco en su asiento, su pereza o afectación de pereza había desaparecido. Los demás miramos fascinados al pequeño cervecero.

—Cuando el pájaro está solo he probado algunas veces darle un trozo de espejo como compañía. Suceden dos cosas. Presta mucha atención al espejo. Y queda totalmente confundido. Esas dos cosas son exactamente lo que le han sucedido a Mr. Roper.

—Eso —dijo Hubert Roper— es cierto.

—Contemplan sus bocetos. Constituyen obviamente el trabajo de meses. Y todos

ellos se han hecho con la ayuda de espejos: un espejo, dos espejos, tres espejos... incluso cuatro. Bocetos de la reflexión de una reflexión; un fascinante ejercicio técnico, no lo dudo.

Recordé la extraña escena entre Hubert y Geoffrey cuando Geoffrey había ofrecido sus consejos sobre la composición del cuadro de Cecil. Hubert había dicho algo acerca de trabajar como un esclavo con éstos mismos bocetos hasta que se sintió como Alicia en el espejo. En este punto al menos no había duda de que Cudbird había dado en el clavo. Y existía una mortal efectividad en la manera en que estaba desarrollando su idea. Hacía aparecer todo lo que habíamos oído hasta entonces como el más ligero soplo de airé.

—Pueden ver la pertinencia de esto con relación al gran enigma: el hecho de que Wilfred Foxcroft fue alcanzado en el pulmón derecho. Trabajen con la intensa concentración de un artista día tras día en estas travesuras de la reflexión y puede muy bien encontrarse completamente confundidos en un momento de crisis. Constantemente han estado poniendo en un papel o en un lienzo una izquierda que saben que es una derecha o una derecha que saben que es una izquierda. Y luego se llega a una ventana brillantemente iluminada y se intenta alcanzar a un hombre en el corazón. Si en lugar del corazón se le acierta en el pulmón derecho... bien, a mí no me sorprendería.

—Ni a mí. —Hubert estaba pálido, pero estaba mirando a Cudbird con bastante firmeza—. Dudo de que en mi vida haya oído algo más razonable.

—Pero eso no es todo. He dicho que Cecil y Wilfred se parecen muchísimo, y que cada uno de ellos tiene una semejanza menos marcada con Sir Basil. Aquí tenemos algo más que concuerda. Le disparan a Wilfred; Wilfred se parece a Cecil; Mr. Roper ha estado estudiando a Cecil *en un espejo*. Ahora, hay un hecho curioso sobre la fisionomía humana —creo que ésa es la palabra— que puede estudiarse con la ayuda de los negativos fotográficos. Es el hecho de la naturaleza asimétrica de la cara humana. Tomen una fotografía de la cara y corten el negativo en sentido vertical a través de la nariz y el mentón. Pueden entonces imprimir tres caras distintas: primero la normal, utilizando las dos mitades; una cara hecha utilizando dos veces el lado izquierdo; una cara utilizando dos veces el lado derecho. Pero lo que aquí hace al caso es algo que una vez más he aprendido de los canarios. Es esto. Los caracteres asimétricos pueden heredarse en una posición traspuesta. Y aquí existe una clase especial de parecido familiar —del tipo llamado «desconcertante»— que es el resultado de esto. Si le dedican un minuto verán lo que sigue. *El parecido entre dos personas de esta clase se hará mayor si una de ellas es observada a través de un espejo*. —Cudbird hizo una pausa—. Y se hará de nuevo menor si se utiliza un segundo espejo. Mr. Roper, entonces, probando ahora un sistema de espejos y luego otro para su retrato de Cecil, está estudiando intensamente una apariencia que se aproxima a la de Sir Basil unas veces más y otras menos. Y así como Wilfred es tan parecido a Cecil, el efecto habría sido exactamente el mismo si hubiese estado

pintando a Wilfred. Creo que apenas es necesario que me extienda en el hecho de cuánta confusión causa todo esto.

Leader, que se había embrollado en el vano empeño por transferir el razonamiento de Cudbird a su cuaderno de notas, asintió enfáticamente con la cabeza. Appleby se había metido las manos en los bolsillos de los pantalones; recordé su apuesta con Cudbird y me hallé esperando que sacase cincho chelines allí y entonces. No hizo más, sin embargo, que formular una pregunta.

—¿Fue realmente así? Usted supone que el disparo no iba dirigido a una figura inidentificable simplemente porque esa figura estaba en el escritorio de Sir Basil; se hizo el disparo porque los rasgos de Wilfred Foxcroft —sin duda entrevistados breve e imperfectamente— fueron confundidos con los de Sir Basil. Pero seguramente un pintor, por muy confundido que estuviese por este asunto de los espejos, sería el último en caer en tal error.

Respiré más libremente... pero sólo por un momento. Cudbird negó con la cabeza.

—No este pintor. No hay nada que aburra tanto a Mr. Roper como la cara humana. Incluso declara que sólo existe un puñado de caras distintas. Ha tenido que ganarse demasiadas veces el pan con ellas, y no le agradan.

Hubert alzó la vista y asintió.

—De nuevo —dijo— demasiado cierto. Querría que me gustase su necia cara. Pero no me gusta. —Miró a Cudbird con una calma sombría que me alarmó.

—¿Por qué todo este asunto de los espejos? —Cudbird siguió inexorablemente—. Simplemente para que pueda pretender que está pintando caras cuando en realidad está pintando otras cosas. Cosas técnicas. Cantos, por ejemplo, de la clase que sean. Podrían decir que Mr. Roper está obstinadamente empeñado en que las caras, son todas iguales. Y para rematar eso viene el hecho de que las caras que intervienen se han ido aproximando una a otra de la manera que he explicado. No hay escapatoria. Hubert Roper es el hombre.

—Hubert Roper es el hombre. —Fue el mismo Hubert quien habló. Miró de reojo a Lucy—. Y también podría confesar de una vez.

Fue un tirón excesivo a algún tornillo que me había estado taladrando la cabeza durante esta larga y extraordinaria escena. Algo estalló. Di un brinco.

—¡Basta! —grité—. ¡Hubert, detente, por Dios! Se lo diré... les diré quien lo hizo.

Eché una ojeada a la biblioteca.

—Cambrell —dije—, Cambrell lo hizo.

Mi propia voz me sonó extraña. No me había propuesto hacer esta acusación, y admito que no la habría hecho ahora si hubiese creído que había pruebas suficientes como para asegurar una condena. Pero el peligro en que se hallaba Hubert —y creía que el ingenio de Cudbird hacía este peligro muy real— me había espabilado y hablé impulsivamente. Sin duda la terquedad del propio Hubert fue la responsable en último término. Ahora puedo ver que no tenía la intención de confesar el crimen. Sus palabras habían sido simplemente un eco irónico de las de Lucy. Pero por un momento habían nublado mi juicio y me pareció que si quería evitar el desastre debía presentar vigorosamente la acusación contra Cambrell.

—La interpretación de Cudbird es extraordinariamente ingeniosa. Pero no es en modo alguno la única acusación que puede formularse para explicar el modo peculiar en que fue alcanzado Wilfred. La acusación contra Cambrell, aunque igualmente sorprendente, es más simple e incluso más convincente.

Había estado observando a Hubert. Ahora hice una pausa, muy complacido por la forma en que había modificado mi primer estallido.

Cambrell se aprovechó del silencio.

—¡Protesto! —dijo en alta voz—. Protesto contra la escandalosa irregularidad de estos procedimientos. Si Roper no estuviera virtualmente incapacitado —y movió la mano en dirección a Basil— no lo permitiría. El alguacil principal lo oirá. ¿Y quién diablos es Ferryman para acusarme de comportamiento criminal? Si la policía quiere interrogarme dejemos que lo diga y mandaré por mi abogado. Regresé por cortesía. No voy a consentir que me insulten.

Y Cambrell se levantó como para marcharse. Su actitud, aunque manifestada destempladamente, difícilmente podía ser tildada de irrazonable. Fue Appleby quien intervino. Appleby había interrumpido su contemplación del techo cuando hablé por primera vez, y me había mirado con todas las apariencias de un hombre que espera que la verdad emerja al fin. Pero ahora el techo le había reclamado de nuevo. Habló casi distraídamente.

—Pienso —dijo— que Mr. Ferryman habló al principio con cierta excitación. Por lo que ahora dice, uno llega a la conclusión de que no estaba presentando ningún cargo. Todo esto es exploratorio, simplemente exploratorio...

Leader lo confirmó con la cabeza.

—Estamos explorando todas las posibilidades —dijo sentenciosamente—. Nada más que eso.

—No debemos dejar —dijo Appleby— ninguna, piedra por remover.

—Rutina —dijo la Voz—. Oímos las opiniones de los interesados. Mera rutina.

Lo que a estas afirmaciones les faltaba de fuerza lógica lo compensaban en confianza. Cambrell cedió bajo el coro confortante.

—Muy bien —dijo—, me rindo. Hablen cuanto quieran. Pero no voy a contestar preguntas.

Respiré profundamente.

—Cambrell quiere comprar Belrive. Lo mismo que Cudbird. Tengo razones para saber —me temo que es algo que alcancé a oír— que Cambrell ofreció la cantidad más elevada. Basil la rechazó; prefirió que Cudbird tuviese la propiedad por una suma inferior porque estaba interesado en lo que se proponía hacer Cudbird. Cambrell estaba enormemente enojado. Y parece haber creído —esto también lo oí— que Hubert, si fuese el dueño de la propiedad, estaría dispuesto de manera distinta. Creía que Hubert vendería, y le vendería a él. Y sabemos, naturalmente, que si Basil moría Hubert heredaría la propiedad y tendría plenos poderes para disponer de ella.

Anne interrumpió.

—¿Pero, tío Arthur, un hombre, un industrial —miró a Cambrell— un *respectable* industrial, cogería verdaderamente un arma como medio de tomar posesión de un terreno para construir fábricas más oscuras y más satánicas? Como motivo, ¿no está algo cogido por los cabellos?

—No en el caso de Cambrell. —Me temo que estaba empezando a disfrutar con mi tesis—. Sus hilanderías limitan todo su horizonte mental. No piensa en nada más. Lo que otro hombre podría hacer por una mujer, o un tesoro, él lo haría por su negocio. Y deben recordar que en este asunto Cambrell ha estado en directa competencia con Cudbird. Un elemento puramente humano entra aquí. Creo que sentiría una franca derrota ante Cudbird como intolerable. Consideren todo esto y el motivo resulta ser muy verosímil.

Hice una pausa para ordenar mis pensamientos.

—Ahora, sabemos que Cambrell estaba realmente en el estudio de Basil anoche. Eso es algo que él mismo ha confesado. Pero que de ningún modo ha confesado voluntariamente. Dejó... y el error, siendo una prueba de precipitación, es significativo por sí mismo, un libro suyo y se llevó en su lugar uno de Cecil... la *Seria Llamada* de Law.

Sir Mervyn Wale, que había estado sentado acurrucado y en silencio en una silla grande junto al fuego, trató de interrumpir en este instante.

—Hablando de eso, debería decir...

Pero estaba demasiado excitado para detenerme.

—Dice que entró por la puerta principal, fue directamente al estudio, lo encontró vacío, decidió que había actuado de manera poco juiciosa y se retiró tal como había venido. Lo encuentro difícil de creer. Reparemos en el libro. Cambrell entra en el estudio y lo encuentra vacío; espera un momento y luego se va. ¿Es concebible que

en esta posición ligeramente incómoda dejase un libro que llevaba? Pero únicamente si lo hubiese dejado le habría sido posible llevarse por error otro libro. Uno puede, por otra parte, representarse mentalmente ciertas circunstancias en las que habría dejado su libro.

Vi que Appleby afirmaba ligeramente con la cabeza, y sentí que aprobaba el razonamiento hasta entonces.

—Y ahora llego a algo que vi. Como he contado a la policía, cuando salí a dar un paseo vi la figura de un hombre acechando en la terraza. ¿No sería Cambrell, esperando sorprender a Basil? Dice que después de haberse marchado antes algo enojado sintió cierto reparo en presentarse de nuevo tan pronto ante los criados de Basil. Si fuese así, ¿no es más fácil que se deslizase por la terraza y que se dirigiera directamente al estudio? Pueden muy bien advertir que lo más probable es que Cambrell viniera y se marchara por este camino.

»No se sabe con qué intenciones vendría. Pero si lo que digo es correcto está muy claro que no entró realmente en el estudio hasta después de producirse el disparo. Parece probable que se paseará, indeciso, o que se apresurara en conseguir un arma, no dándose cuenta de que Basil había abandonado la habitación y que había entrado Wilfred. Cuando disparó lo hizo tras la cortina; hasta que lo alcanzó no se arriesgó a ser identificado. Y entonces, cuando Wilfred cayó, entró en la habitación para asegurarse. Debió haberse arrodillado junto al cuerpo, y éste es el momento en que dejó su libro. Vería que no había disparado a Basil, sino a Wilfred, y que Wilfred no estaba muerto. Su instinto le aconsejaría desaparecer. Agarraría su libro, o lo que pensó que era su libro, y se iría por donde había venido. Y es un hombre resuelto. Lo que no consiguió en el estudio anoche lo intentó de nuevo en las ruinas esta mañana, y eso incluso después de que la policía hubiese rastreado algunos de sus movimientos de ayer.

Me senté de nuevo en medio de lo que habría sido silencio a no ser por el súbito alarido de la sirena de Cambrell llamando al trabajo a sus productores. Cambrell volvió a coger su sombrero.

—Si usted cree —dijo bruscamente— que me va a mandar a la cárcel con eso...

—En absoluto. —Hablé con energía—. Nadie espera nada de esto. Estoy mostrando simplemente que como sospechoso es tan convincente como Hubert.

Leader dejó su lápiz sobre la mesa y negó con la cabeza.

—No creo que pueda decirse que lo ha conseguido, señor. Mr. Cudbird nos ofreció una explicación verdaderamente ingeniosa del gran enigma: la extraña forma en que fue alcanzado Mr. Foxcroft. Mientras que...

—Mientras que —interrumpió Cambrell—, si Ferryman hubiese prestado la menor atención a la práctica de tiro de ayer, se habría dado cuenta de que, entre varios buenos tiradores, soy en cierto modo el mejor. Si quisiese dispararle a un hombre desde una distancia inferior a media docena de pasos, puede estar seguro de que la bala iría exactamente adonde yo quisiera.

—Y eso es justamente lo que hizo.

Creo que todo el mundo dio un brinco. Había estado reservando mi último argumento para el momento más efectivo.

—Eso es justamente lo que hizo. —Miré deliberadamente a mi alrededor—. Hemos oído varias explicaciones de por qué Wilfred fue alcanzado en el lado derecho: porque Lucy no distingue la derecha de la izquierda; porque Geoffrey no quería matar a su víctima en el acto; porque Hubert se había desorientado con sus espejos. Pero ahora voy a sugerirles el por qué Cambrell, aunque es un excelente tirador, le disparó a Wilfred, o como él creía, a Basil, donde lo hizo. La explicación es al mismo tiempo más simple y más sorprendente que cualquiera de las otras. Cambrell y Basil son viejos conocidos; han trepado juntos por los páramos de Cumberland y Westmoreland.

Basil levantó la cabeza y me miró asombrado. La inconsecuencia deliberada era menos elegante que la de Cudbird en el caso de los canarios, pero debió ser igualmente desconcertante.

—Y en una ocasión tuvieron un percance. Basil —que era un escalador de primer orden— tuvo una caída y permaneció inconsciente por algún tiempo. Cambrell tuvo que permanecer a su lado hasta que llegó la ayuda. ¿Ahora bien, cuál sería una de las primeras acciones en tal situación? —Hice una pausa y luego respondí a mi propia pregunta—. Querría asegurarse de que Basil no se había matado. Palparía su corazón. Y sugiero que lo encontró en el lado opuesto.

Una vez más Appleby asintió con la cabeza. Y Wale se agitó en su silla junto al fuego y se volvió hacia Basil como si le viese por primera vez.

—Hay una disposición —por cierto, rara— conocida como dextrocardia completa: Sir Mervyn me rectificará si me equivoco. Es algo así como lo que Cudbird ha estado señalando en el caso de los espejos teniendo lugar realmente en el cuerpo humano. El corazón se aloja en el lado derecho. Si se conociese la existencia de tal disposición en un hombre y se pretendiese matarlo se apuntaría al lado derecho.

Hubo un silencio prolongado. Luego habló Appleby.

—Magnífico —dijo—. El argumento es perfecto. —Movié la cabeza con pesar—. Sólo que resulta no ser cierto. Sir Basil no es dextrocardíaco.

Le miré asombrado.

—¿Cómo lo sabe?

Appleby sonrió a la concurrencia.

—Porque —dijo— lo dejé inconsciente para comprobarlo...

Fue la sensación del día. Muchos se levantaron; hubo exclamaciones y gritos; a Leader se le oyó jadear; la Voz empalideció por la emoción contenida.

—Naturalmente —dijo suavemente Appleby—, no como oficial de la policía. Como un conocido simplemente. —Miró su reloj—. Será mejor que aplacemos esta reunión.

Un viento ligero envió pequeñas manchas de hollín sobre la nieve. Desde atrás de una pared rota se agitó un trozo de papel encerado; siguió una mano, lo agarró, lo alisó, se apartó. Di la vuelta a la esquina y me topé con John Appleby. Estaba sentado en un ataúd de piedra comiendo un bocadillo de jamón. En el suelo, junto a él había una de estas botellas planas comúnmente usadas para las bebidas alcohólicas. Contenía leche.

—Me satisface ver —dije— que tiene el privilegio de dejarse ver poco. Pero quizás ha venido simplemente a regocijarse en el escenario de su hazaña.

Appleby dio un gran bocado a su bocadillo.

—Me inclino a pensar que debe estar loco. Loco —añadí— como la niebla y la nieve.

—Amigo Ferryman, hemos visto que usted se inclina a pensar en toda suerte de cosas improbables. Pero, como usted dice: niebla y nieve.

Appleby contempló por un momento los restos de su bocadillo con cara de preocupación.

—¡Demasiada charla ingeniosa! Si únicamente —habló en una especie de ensoñación ingenua— pudiese hallar la verdad. —Súbitamente me miró con viveza—. La verdad —repitió casi suplicante.

No dije nada. Desenroscó el tapón de su botella y bebió.

—Sí, demasiada charla ingeniosa: cada vez me convenzo más de que algo se ha perdido en nuestro asunto... ¿Me cree loco? ¿Qué hay de Sir Basil... está enfadado?

—Más bien debería preguntar si está furioso. Pero no lo está. Le dije que usted debería haberle preguntado sobre su corazón de forma confidencial. Dijo que usted podía tener motivos para no hacerlo. Incidentalmente, comió normalmente durante el desayuno y parece virtualmente repuesto.

—¡Repuesto! Naturalmente que lo está. Uno tiene que aprender a hacer estas cosas con eficiencia. —Appleby se terminó la leche—. Y ciertamente tenía mis motivos. Por un lado quería dejarles expresarse. Ustedes me ayudaron, creo, detallando nuestra actuación de anoche: eso les aturdió bastante. —Rió descaradamente—. Pero un traqueteo adicional no vino nada mal. No quiero decir con esto que ése fuera el punto principal.

—Espero que no consistiera en nada tan extravagante.

—Ah. Bien, fue así. La idea de la dextrocardia se me ocurrió casi al principio.

—Claro. —Hablé con cierta frialdad—. No recuerdo que lo mencionase.

Appleby rió de nuevo.

—Algunas ideas son tan extravagantes que uno hace bien en no divulgarlas. Con

todo, se había de probar. Wilfred Foxcroft no tenía un corazón así: nos habrían informado en el hospital. Pero quizá lo tenía Sir Basil, y Wilfred había sido alcanzado en el lado derecho por alguien que creía que estaba disparando a Sir Basil: su teoría, en suma. Pero, una vez más, quizás algún otro tenía el corazón así. Quizás Wilfred fue confundido con alguien con una disposición dextrocardíaca. En ese caso se podría pensar que Sir Basil era el agresor. Debido a esa posibilidad no quería hablar con él ni con ningún otro de la idea de la dextrocardia. De ahí el método que empleé. Naturalmente, cuando usted aireó esta cuestión dejó de tener interés el ocultarlo. —Appleby suspiró—. Incidentalmente, cometí un error... algo que en mi profesión uno no puede permitirse. La camisa y el chaleco de Sir Basil.

—¿La camisa y el chaleco?

—Los dejé desabrochados después de palpar su corazón. Poca cosa, Ferryman, pero un error con todo. —Tapó la botella y la deslizó en su bolsillo—. Falta algo. —Pronunció esta cantilena rotundamente—. Si me permite decirlo, nunca lo advierto con mayor insistencia que cuando hablo con usted.

Me alarmé.

—Tiene debilidad por los enigmas, Appleby. No consigo seguirle.

—No puedo devolverle la acusación. Su exposición del caso contra Cambrell fue sumamente lúcida. Pero pienso que usted no creía en absoluto en lo que dijo.

Permanecí callado.

—O que no pudiera darnos menos teoría y más hechos... Estaba interesado en el momento en que decidió no hablar más.

Desde el otro lado del muro de separación de Belrive llegó el traqueteo de un tranvía decrepito. El ruido creció, pasó, disminuyó y se extinguió; era una hora tranquila en la carretera principal. El silencio desusado tuvo el efecto de hacerme sentir la necesidad de decir algo.

—Me impresionó la actuación de Cudbird. Tiene una innata habilidad retórica que le envidio. Cuando empieza no se puede apartar la atención de lo que dice. Es como si el Antiguo Marinero lo agarrara a uno por las solapas.

—Sí. —Los ojos de Appleby se habían redondeado ligeramente. Transfirió su mirada a una grieta a sus pies en la que el sol había empezado a fundir la nieve—. Hubo un momento en que casi me convencí de haber perdido cinco chelines... A propósito, ¿por qué vino a buscarme? ¿Sólo para decirme que estoy loco?

Negué con la cabeza.

—Quizás un creciente interés morboso. Usted anda por ahí repudiando cualquier tipo de acción a los pocos minutos de golpear a Basil en la cabeza.

Appleby se levantó.

—Prometo enmendarme. Bien, debemos regresar. Toda esa gente debe reunirse de nuevo a las dos y media. Y entonces acabaré con este caso.

—¡Lo acabará! —grité—. ¿Está en condiciones de hacer eso?

—Decididamente. —Appleby titubeó; me pareció que iba a tomar una

determinación importante—. Sé quién hizo ese disparo. Y sé a quién iba dirigido. — Empezó a caminar rápidamente hacia la casa—. Geoffrey Roper habló de un gran carromato negro. Bien, dentro de media hora estaré aquí.

Caminamos un rato sin hablar. Sólo unos pocos minutos antes, Appleby había estado confesando que la verdad se le escapaba. Cómo habría podido recibir en el intervalo una inspiración repentina era algo que me sentía incapaz de imaginar. Pero había hablado con la mayor confianza y determinación; ciertamente había habido algo calladamente despiadado en su forma de anunciar que estaba en condiciones de atrapar a un criminal.-

A mi pesar, me sentí extremadamente inquieto.

—Ya sabe —dije luego— que la perspectiva de una revelación escandalosa en mi familia me aflige muchísimo. Que uno de nosotros intentase verdaderamente asesinar a un pariente, quizás a un pariente cercano...

—Efectivamente. Su intento de presentar un caso académico contra Cambrell mostró sus sentimientos a ese respecto. Pero no se preocupe.

Me detuve.

—No entiendo...

—Dije que no se preocupase. —Appleby habló concisamente—. Esta no es una cuestión familiar.

—¿Quiere decir que ningún miembro de nuestra familia es responsable?

—Exactamente.

Le miré, completamente, confundido. Nunca esperé que el problema tomase ese curso.

—Como puede ver —dijo secamente—, puede sentirse aliviado.

El sargento de policía estaba husmeando por la terraza; llamó a Appleby con apremio. Me demoré mientras hablaban brevemente, y luego Appleby volvió a mi lado con cara seria.

—¿Tendría inconveniente —dijo— en ir a la biblioteca para decirles que llegaré algo tarde? Debo telefonear.

Le miré con curiosidad. Su talante era casi normal; sin embargo, se podía percibir que estaba ocultando una gran angustia.

—¿Es algo serio? —pregunté.

Titubeó. Luego habló bruscamente.

—Sí... serio y curiosamente desagradable.

Se marchó.

Entré en la casa. Eran las dos y cuarto y durante unos minutos vagué desasosegadamente. En el comedor me topé con Hubert, que se había retrasado y ahora parecía perdido en la melancólica contemplación de un queso de Stilton. Alzó la vista pensativamente.

—Ese Cudbird —dijo—. Un mequetrefe listo. Me dio un buen traqueteo.

—Me lo figuro.

Hubert volvió a mirar el queso; estaba ligeramente confundido.

—Arthur... —empezó, y se detuvo. Cuando prosiguió fue para decir—: Y ahora me ofrece que le haga unos cuadros: ¿qué piensas de eso?

—Creo que es de muy mal gusto.

Hubert dejó de aparecer confundido y pareció muy sorprendido en cambio.

—¡Qué extraña opinión! Nunca llegaré a entender a los literatos. Pienso que es magnífico. Voy a pintar todos los barrios bajos de la ciudad, ladrillo a ladrillo. Años de verdadero trabajo. Se acabaron esos traseros disfrazados de...

—Bien —dije—, si piensas que es magnífico no voy a discutirlo. Pero la policía no ha aceptado la opinión de Cudbird acerca del disparo. Por lo menos te has salvado por los pelos y puedes estar agradecido.

—Oh, vamos. —Hubert estaba empezando a mostrar ese aburrimiento que siempre le producía una conversación prolongada—. Se habría derrumbado tarde o temprano, hicieran lo que hiciesen esos cargantes policías. Un galimatías como ése.

—Nunca se sabe. Pueden aparecer nuevas pruebas.

Hubert apartó el queso como si fuese importante que pudiese estudiar el mantel.

—¿Sabes —dijo lentamente— que creo que sé quién disparó?

Debí de dar una exclamación de alarma, pues Hubert movió la cabeza tranquilizadamente.

—No, no voy a airear otra teoría. Como tú, no creo que trajera nada bueno. Hasta ahora, toda esa charla no ha llevado a ninguna parte. Que es justamente como debe ser. Dejémoslo así, la policía se largará y el asunto quedará en el olvido. Por lo que se me alcanza —y Hubert pareció estar haciendo un esfuerzo desusado por pensar con lógica— no se producirá otro ataque. El motivo ha desaparecido.

Nos miramos en silencio.

—Sí —dije luego—. Eso es lo que he estado pensando. Sólo que se ha producido un nuevo acontecimiento. Appleby ha anunciado que el misterio está resuelto. Dentro de unos minutos nos vamos a reunir para oír la solución. ¿Qué significa eso?

—Significa —y Hubert sonrió perezosamente— que el culpable haría bien en irse mientras esté a tiempo. ¿Qué recibe uno por un intento de homicidio? Algo considerable.

—Pero eso no es todo. Appleby me ha dicho que no debemos preocuparnos. Me refiero a la familia. No es un asunto familiar.

Hubert me miró confuso.

—Todavía debe estar ladrando tras Cambrell. Aunque el corazón de Basil esté en el lugar correcto —Hubert rió entre dientes—, como siempre he sido bastante buen hermano para creerlo. Con todo, hay muchas pruebas para instruir una causa. Por ejemplo, uno podría combinar tu opinión sobre el motivo con la idea de Geoffrey de disparar de espaldas para no ser reconocido. Algo así. Pobre Cambrell.

Hubert pareció vagamente divertido.

Una profunda irritación me invadió de repente.

—Dudo —dije encolerizado— de que tan siquiera hayas visto cuál es el punto esencial.

—¿El punto esencial? Querido Arthur, eso lo dejo para ti.

Hubert se levantó, alargó el brazo para alcanzar un trozo de queso del mantel y se dirigió a la puerta. Recordé el mensaje que me había encomendado Appleby y le seguí fuera de la habitación.

La puerta del estudio estaba abierta y al pasar vimos a Appleby de pie junto al teléfono. Nos hizo señas de que esperásemos y luego habló al aparato.

—Vergonzoso —dijo fríamente—. Su estado era conocido. Le dijeron que lo siguiera de cerca. Y cuando esto sucede se halla a veinte yardas. El resultado es este horrible asunto y un caso inmensamente más difícil en el juzgado. No puedo felicitarle. Buenos días.

Colgó el auricular bruscamente y se dirigió a la puerta.

—Iré con ustedes —dijo sombríamente—. He terminado con esto.

Avanzó a grandes zancadas por el corredor y le seguimos asombrados.

En la biblioteca no se hallaban ni Leader ni la voz ni el sargento; tuve la impresión de que toda la policía local estaba desacreditada. Y que calladamente, pero con firmeza, Appleby había asumido una autoridad completa sobre todos los que estábamos en la habitación. El ambiente era totalmente distinto al de la reunión anterior, durante la cual cada uno de nosotros había podido despacharse a su gusto.

—Mr. Foxcroft —dijo Appleby sin preámbulos— fue alcanzado por una bala de cuproníquel del calibre 0,35; fue disparada, casi con certeza, por tanto, con una pistola automática. Quiero esa pistola.

Nadie habló.

—Por lo menos uno de los presentes conoce su paradero. Pido a esa persona que la presente. Y que diga lo que él o ella sepa. Nos podría ahorrar una investigación laboriosa y desagradable.

De nuevo, silencio. Appleby se hallaba de pie junto a una ventana grande y nosotros estábamos sentados formando un semicírculo irregular a su alrededor. No podía haberse colocado en una posición más dominante. Wale se encontraba frente a él, con Hubert a su derecha. Yo me había sentado en una silla cercana a la puerta.

—Siento que no haya respuesta. —Appleby pareció momentáneamente preocupado, como si no supiera cómo seguir—. Confiaba en aclarar lo del disparo antes de tener que decirles algo que me temo que les va a producir una gran conmoción a todos. Se trata del Dr. Cecil Foxcroft. Lamento profundamente tener que comunicarles que ha muerto.

Se oyó un jadeo horrorizado; luego un silencio helado; y entonces Lucy Chigwidden empezó a sollozar. Basil atravesó la habitación y se sentó junto a ella. Algunos murmuramos las frases mecánicas e inadecuadas que una noticia de esta clase suele evocar. Y entonces Appleby habló de nuevo.

—Sir Mervyn —se había acercado mucho a Wale— ¿tenía motivos para temer algo así?

Wale negó con la cabeza. Estaba perfectamente tranquilo e impasible.

—Su pregunta es equívoca. Pero, de cualquier forma que se entienda, la respuesta es no. Las condiciones físicas de Foxcroft no eran tales como para que abrigase el menor temor de muerte repentina. Y si quiere decir que se ha quitado la vida, también es inesperado. Sus experiencias recientes habían trastornado ciertamente su equilibrio mental; como usted sabe, trató de que lo examinara un colega esta mañana, y lo impidió su inesperada partida. Pero ciertamente no habría esperado que sus cuitas tomaran un giro suicida. Esta es una gran desgracia. —Y Wale miró a los afligidos parientes de Cecil del modo más apacible—. Una vida vigorosa y útil. Es muy

triste... muy triste ciertamente.

Se acomodó confortablemente en su silla.

—El Dr. Foxcroft —continuó Appleby— debía almorzar con un tal Mr. Podman, padre de uno de sus alumnos. Asistió a esta cita. Después de abandonar Belrive de forma precipitada fue, según parece, directamente a Riverton y encontró a Mr. Podman en su oficina. Era demasiado temprano para almorzar, de modo que Mr. Podman se ofreció a enseñarle su fábrica. Es una gran empresa, y se dedica principalmente a la construcción de carrocerías de automóvil. Mientras estaban observando algún proceso relacionado con esto, ocurrió el accidente. El Dr. Foxcroft debía estar todavía muy excitado, pues al parecer la maquinaria es totalmente segura para cualquiera que tenga cuidado. Sea como sea, algo le asustó, se echó para atrás rápidamente, tropezó y cayó. La maquinaria fue detenida en seguida, pero era demasiado tarde. Murió instantáneamente.

Lucy había dejado de sollozar, pero ahora había empezado Anne. Con el fondo de sus suspiros desesperadamente contenidos Wale habló de nuevo.

—Es un consuelo —dijo— saber que sólo puede haber experimentado un dolor momentáneo. —Movié la cabeza de forma satisfecha y produjo una sonrisa triste y resignada que quería indicar claramente cuál debía ser la actitud de la familia—. ¿Puedo preguntar —se dirigió a Appleby— adónde, por el momento, han trasladado el cuerpo?

Appleby pareció estar en un gran aprieto.

—Y ahora —dijo— si puedo sugerir...

Pero Wale insistió.

—¿El cuerpo... adónde lo han trasladado?

—Me temo... que es algo horrible tener que explicarle... bien, tengo entendido que todavía no lo han sacado.

Le miramos consternados.

—El Dr. Foxcroft cayó en una potente prensa, utilizada para estampar carrocerías de acero. Fue triturado instantáneamente. Los restos no tendrán un espesor de más de unos pocos milímetros.

Nuestro silencio horrorizado fue súbitamente desgarrado por un alarido mezcla de desesperación y rabia. Salió del hasta aquí profesionalmente insensible Wale. Se había puesto en pie de un salto como si estuviese poseído y estaba agitando los brazos con furia maniaca. Luego, se desplomó súbitamente.

Y Appleby a su vez estaba en pie señalándolo.

—Aquí —dijo dramáticamente— está el hombre. Su dedo se dirigía directamente al corazón de Wale.

Debí quedar casi atontado; recuerdo la voz de Appleby como saliendo de la niebla unos minutos más tarde. Estaba hablando rápidamente y con extraordinaria energía.

El joven distraído y ocasionalmente más bien tímido había desaparecido. Supongo que fue durante esta actuación cuando todos comprendimos qué formidable oficial de la policía había traído accidentalmente bajo su techo.

—... Y lo han visto traicionarse. Y aquello para lo cual trabajó, para lo cual casi mató a otro hombre, está perdido... irrevocablemente.

—¿Ha leído alguno de ustedes una narración de Saroyan titulada *La Aspirina es un Miembro del NRA*?^[3] Una irónica frase de esa obra se me ha quedado grabada. «La muerte no daña el corazón... los doctores en todas partes la recomiendan.» — Appleby hizo una pausa—. La muerte no daña el corazón... eso es lo que quería asegurar Wale.

Recuerdo una visión fugaz de caras asombradas; su mirada estaba pendiente de Appleby.

—Wale quería tener el corazón de Cecil Foxcroft. Debía conseguirlo; es, como saben, un especialista del corazón, y había llegado a ser su interés principal.

De nuevo un sentimiento como de vértigo se apoderó de mí. Recordé —creo que lo he escrito antes en este relato— que Cecil había tenido un corazón raro como colegial. Recordé —más intensamente— la extrañeza que me produjo la relación entre Cecil y Wale, recordé —más vivamente todavía— aquella entrevista o consulta con la que había tropezado en las ruinas, y la expresión de la cara de Wale cuando terminó. Esa expresión me había recordado evasivamente algo entonces: ahora sabía lo que era. Era la misma expresión que vi en la cara de un coleccionista en una sala de una subasta cuando un rival se llevó un libro único en su género que jamás podría esperar ver de nuevo.

—Pero Wale era con mucho el más viejo... y además estaba enfermo. Comprendió que en la marcha normal de los acontecimientos el doctor Foxcroft le defraudaría, le defraudaría en su deseo apasionado por poseer, e investigar algo de un singular interés científico. Creo que comprendió esto de una forma particularmente aguda durante un juego sobre el que me ha informado míster Ferryman. Estaban buscando campanas en Shakespeare y habían obtenido una cosecha más bien melancólica. Entonces le tocó el turno a Wale —o uno de sus turnos—; citó de *Romeo y Julieta*. Citó: *Esta visión de muerte es una campana que llama a mi vejez al sepulcro*. Y entonces abandonó la habitación algo excitado. Sabía que no iba a vivir mucho tiempo y que no era probable que el doctor Foxcroft le precediera. — Súbitamente Appleby se dirigió a Wale—. ¿No es cierto?

Wale estaba recostado en su silla, pálido y exhausto. Asintió con la cabeza.

—Sí, es cierto. Pero...

—Estaba decidido a matar al doctor Foxcroft, pero de forma que el órgano que codiciaba no se menoscabara. Halló un plan sencillo para atraer a su víctima al lugar elegido. El doctor Foxcroft había perdido un libro: la *Seria Llamada* de William Law. Wale lo encontró. Lo dejó en el estudio y le dijo al doctor Foxcroft que lo había visto allí. Lo planeó contando con que el doctor Foxcroft fuese a retirarla después de

mudarse de ropa y justamente antes de la cena. Por desgracia el doctor Foxcroft — Appleby titubeó— halló otra cosa en que ocuparse. Y por un nuevo golpe de mala suerte Wilfred Foxcroft —que resulta ser desusadamente parecido a su hermano— entró en el estudio en su lugar. El resto se explica por sí mismo. Pero queda la curiosa forma en que el doctor Foxcroft dio con la verdad.

»Sucedió cuando Wale regresó del hospital después de que operaran a Wilfred Foxcroft. El doctor Foxcroft se hallaba en el vestíbulo y preguntó por su hermano. Por una casualidad muy extraña los términos en que Wale respondió brevemente contenían las palabras «seria» y «llamada». Y al instante la mente del doctor Foxcroft captó la verdad de lo que había sucedido. Wale era su médico y el hombre que conocía su estado; dependía de él absolutamente. Pero esto debió hacerle saber — subconscientemente al menos— la extraordinaria clase de codicia con la que Wale consideraba a su sumamente interesante paciente. Y entonces la verdad emergió: la información de que el libro de Law estaba en el estudio había sido dada con un propósito profundamente siniestro. Quizá el doctor Foxcroft ya había tenido alguna sospecha; quizá Wale fue chapucero al dar la información. Sea como fuere, el doctor Foxcroft vio a su médico súbitamente transformado en un Shylock de una clase particularmente horrible, deseoso no de una libra de carne sino de varias libras de corazón humano.

»No pienso que sea irrespetuoso con el difunto doctor Foxcroft el decir que no era un hombre animoso. Las circunstancias eran en extremo enervantes, y no se le debe censurar por perder la cabeza. Su idea fija era protegerse de Wale. Dio con lo que debe admitirse que era un plan ingenioso. Mandó llamar a un notario y se propuso hacer testamento, o algo a medio camino entre un testamento y una proclama, puesto que el documento debía hacerse público inmediatamente. Cualesquiera que fuesen las circunstancias de su muerte —este era en efecto su deseo— no debía haber en ningún caso un examen *postmortem*. Si podía conseguir esto y Wale llegaba a saberlo, estaría seguro. Cuando el notario le dijo que no tenía poderes para hacer una disposición legal de esta clase, abandonó bruscamente Belrive, con el infeliz resultado que ahora conocen ustedes.

»Todo esto podría ser difícil de verificar. Pero resulta que el doctor Foxcroft escribió gran parte de lo que les he contado en un documento escrito a primera hora de esta mañana, y entregó este documento a míster Cotton, el notario, con el encargo de debería ser entregado a la policía en el caso de que muriese. —Appleby se detuvo un momento y luego se volvió hacia Wale, que todavía estaba acurrucado en su silla—. Sir Mervyn Wale, le arresto...

—¡Alto!

La voz resonó en la habitación. Era la mía.

—¡Alto, digo! Esta perversión de la justicia... esta monstruosa inventiva... no debe continuar. He ocultado la verdad demasiado tiempo. Hubert le disparó a Wilfred. Esa es la verdad y la he sabido desde el principio.

Hubert alzó la vista al tiempo que yo pronunciaba las últimas palabras, y vi que en su cara aparecía la más perezosa de sus sonrisas.

—No esperaba esto —dijo. Suspiró y la sonrisa se desvaneció—. Fue Arthur. Arthur fue el idiota que lo hizo. Y ahora la policía debe saberlo.

Appleby nos miró sucesivamente.

—Mr. Ferryman —dijo gravemente.

Miré fijamente a Hubert.

—Todos ustedes comprenderán que no quería hacer esto. Cuando Cudbird presentó su penetrante explicación de por qué Hubert le disparó a Wilfred, intervine con un argumento contra Cambrell. Espero que Cambrell me perdonará. Hubert pareció estar a punto de confesar y me lancé por la primera desviación que se me ocurrió. Porque quería desesperadamente que Hubert no fuese declarado culpable públicamente de este acto horrible. Fue una locura momentánea, estaba seguro, y era mejor olvidarla. Intenté conseguir de Hubert de manera velada la seguridad de que podía confiarse en que no actuaría de nuevo de un modo tan perverso y disparatado. Su respuesta no fue muy satisfactoria; es testarudo; con todo, creí que era mejor correr el pequeño riesgo que permitir que la familia tuviese que figurar en una audiencia criminal.

»Pero entonces vino esta repentina y espantosa complicación. La policía, que parecía desconcertada entre el tumulto de nuestras teorías contradictorias, dio con otra: esta interpretación diabólicamente hábil de míster Appleby contra Wale. Antes de que reanudáramos esta extraña conferencia después del almuerzo, míster Appleby me dijo que tenía una causa, y que no afectaba a nadie de la familia. Se lo conté a Hubert en seguida: la perspectiva inminente de un posible extravío de la justicia nos presentaba claramente a ambos un formidable problema moral. Pero su actitud fue de nuevo muy insatisfactoria. Vino a decir que el problema era solo mío. Debe suponerse que ya estaba preparando la fantástica acusación contra mí que hizo hace un minuto.

»Y ahora no queda más que decir la verdad. No sé cuántas mentiras he contado; pienso que no muchas. Lo que he hecho es suprimir algo vital.

Appleby había ocupado otra vez su posición frente a la ventana. Me interrumpió.

—El arma —dijo—. ¿Puede presentar eso?

Asentí con la cabeza y me dirigí a la puerta.

—En menos de un minuto. —Y salí al vestíbulo—. La escondí —expliqué al volver—, en uno de esos jarros egipcios. Me alarmó algo encontrar al pobre Cecil husmeando en ellos inquisitivamente anoche. Aquí está. —Y deposité el arma frente a Appleby.

La observó pensativamente por un momento.

—Como pensé —dijo—. Una pistola automática. ¿Me dispensarán? —Y dejando el arma en una mesa se levantó y abandonó la habitación.

Fue un intervalo incómodo. Todos miramos el arma; ninguno miró a los demás. Pero después de un minuto de silencio habló Hubert.

—¿Arthur, por qué no te escabulliste cuando te dejó salir de la habitación? ¿No pensarás que tu cuento té sirva de nada?

No contesté. El silencio se prolongó. Al desaparecer de esta forma inesperada Appleby había interrumpido mi declaración del modo más embarazoso. Y debieron pasar sus buenos ocho minutos antes de que reapareciera.

—Siga —dijo.

—Estaba diciendo que con objeto de proteger a Hubert había suprimido algo vital.

Hubert se agitó en su silla.

—¿Sería interrumpir de manera demasiado descortés —preguntó—, si devolviese el cumplido? No tenía ningún deseo de ver a Arthur en la cárcel. Así que no dije que le había visto salir del estudio y escabullirse con esa arma. ¿Si eso no es vital, qué lo es?

Hubo un murmullo de perplejidad. Geoffrey Roper, que había estado desusadamente sumiso desde su actuación antes del almuerzo, se dirigió a su padre.

—Papá, ¿no estás yendo demasiado lejos? No veo qué motivo podría tener Arthur...

Hubert movió la cabeza.

—Se han presentado algunos motivos imaginativos, pero no el motivo auténtico. Cuando cualquiera de vosotros clama que iban a disparar a Basil a causa de su proyecto de vender Belrive, el motivo se da en términos de libras, chelines, y peniques. ¿Pero no podéis ver ningún otro? El pobre Arthur está loco por el priorato, y siempre lo ha estado. Vive en el pasado. Haría cualquier cosa por evitar que sea derruido. Y creyó que si Belrive venía a mis manos no habría venta. Eso es más bien un cumplido, teniendo en cuenta que nunca tengo un centavo. De modo que siento tener que descubrirlo. Pero cuando intenta colocarme el mochuelo...

Appleby le interrumpió con firmeza.

—Pienso que sería mejor que empezásemos por la cuestión vital que míster Ferryman dice que ocultó.

Asentí con la cabeza.

—Es ésta. Antes de cenar, como sabe todo el mundo, salí a dar un paseo. Vi a alguien en la terraza: tuve que admitir eso ante míster Appleby, al ser cogido más bien por sorpresa. Déjeme intentar recordar qué relación di de mis movimientos. Estaba junto al estanque cuando un destello de un tranvía me mostró esta figura. Creo que dije que esperé otro destello que no llegó. Eso es cierto. Luego dije que unos pocos minutos más tarde me alejé de la casa y entré en el parque. Eso también es cierto. Lo que suprimí fue algo que hice en esos pocos minutos.

»Estaba intrigado y por alguna razón ligeramente alarmado. Volví sobre mis pasos, subí los escalones y atravesé la terraza. Llegaba un haz de luz procedente de la

ventana del estudio y gracias a esto pude ver apenas que la figura era Hubert. Estaba de pie de espaldas a la balaustrada, donde no podía ser reconocido desde el interior, y estaba mirando atentamente la habitación. Se movió ligeramente y vi que tenía un arma.

Hubert se levantó.

—Eso —dijo, y supe por vez primera que estaba encolerizado— es una mentira.

Me volví hacia él.

—¿Niegas que estaba allí?

—Estaba allí... y fui un necio al no decirlo a la policía desde el principio. Sin duda que estaba mirando atentamente al interior. Tengo la costumbre de mirar atentamente: es parte de mi trabajo y una ventana iluminada puede ser algo fascinante. Pero que tuviese un arma es una mentira.

—Siga —dijo Appleby.

—Muy bien. —Pensé por un momento—. Puede parecer extraño, pero me persuadí a mí mismo que nada estaba mal. O más bien debí prohibirme el creer que nada pudiese estar seriamente mal. Tuve la idea de que alguna broma disparatada estaba en marcha, un atraco simulado o algo parecido. En estas reuniones hay a veces un ánimo bromista. Pero ciertamente no quería verme envuelto en ninguna tontería de esta clase, y me fui. Pero esta ocultación de la calidad siniestra de aquello con lo que me había topado no duró mucho. Me paseé, cada vez más intranquilo, y finalmente volví a la terraza y me acerqué a la ventana del estudio. Hubert había desaparecido, pero la pistola todavía estaba allí, sobre la balaustrada. Poseído por un pánico súbito la recogí, entré por la ventana, separé las cortinas, y penetré en la habitación. Vi el cuerpo acurrucado en el suelo y al instante comprendí la verdad. Hubert había disparado a su hermano Basil; si fatalmente o no, no podía decirlo. Quise evitar un escándalo si eso era posible. Salí corriendo a la terraza, me metí la pistola en el bolsillo y me dirigí rápidamente a la puerta principal. Tenía la intención de ir directamente al estudio y aparentar que me había encontrado con el desastre por vez primera. Pero mi plan fue desbaratado por la aparición de míster Appleby y tuve que disimular mi alarma. La noticia de que era Wilfred el que había sido alcanzado me dejó sin habla. Pero estaba empeñado en ocultar el crimen de Hubert.

Appleby se dirigió a Hubert.

—Y usted vio a míster Ferryman salir del estudio con una pistola. Entre sus relatos hay, de hecho, sólo una discrepancia. Míster Ferryman dice que cuando le reconoció usted llevaba una pistola. Ahora...

—No la llevaba —interrumpí—. Eso no es exacto. La había dejado sobre la balaustrada cerca de su mano.

—¿Quiere decir —la voz de Appleby era particularmente tranquila— que vio simplemente *que se hallaba sobre la balaustrada*? ¿Míster Roper estaba de pie junto a la balaustrada encarado a la ventana, y la pistola estaba sobre la balaustrada, cerca, pero no realmente en su mano?

—Sí.

Appleby se levantó.

—Nuestra investigación —dijo solemnemente—, ha concluido.

Habían traído el té. Montones de panecillos se apilaban sobre la mesa. El apetito de Appleby resultó ser considerable.

—Fue una suerte —dije—, que los nervios del doctor Foxcroft fallasen y que llegase a abrigar tan extraordinarias aprensiones acerca de Sir Mervyn. Eso me permitió dar a Ferryman —que es una persona desusadamente obstinada— la sacudida definitiva. Y es una suerte, naturalmente, que el doctor Foxcroft esté vivo... Sin duda recuperará rápidamente el equilibrio nervioso.

—¿Cecil está vivo? —Lucy Chigwidden, aunque había oído esta buena noticia varias veces, parecía demasiado aturdida para asimilarla.

—Ciertamente. Sir Mervyn —que con toda seguridad tiene el interés apasionado que le atribuí— todavía puede tener su oportunidad. Y, como digo, dejé que se presentase acusación tras acusación con la esperanza de que alguien sacase a relucir la verdad, y la pistola. Estaba casi seguro de que era Ferryman quien estaba ocultando algo. Cuando nos encontramos frente a la entrada, y antes de que debiera saber que algo iba mal, me dio la impresión de ser un hombre que trataba de ocultar alguna inquietud. En mi trabajo uno adquiere olfato para esas cosas.

—También adquieren —dijo Basil secamente—, un notable control muscular. —Se tocó su cabeza vendada con delicadeza.

—Y debe pensar también que adquirimos una cara atrozmente dura. Pero actué como lo hice porque temí que mis colegas pudieran con demasiada eficiencia obtener un intento de asesinato a expensas del misterio. Esa explicación me resistí a aceptarla desde el principio. Cuando se reunieron en el vestíbulo después del disparo, empecé a formar una opinión que nunca fue seriamente modificada. No creo que ustedes constituyan una compañía muy amigable, pero sé que no son de la clase de personas entre las que el homicidio encuentra un campo abonado. Era eso lo que se mantuvo tan totalmente ausente de este caso: la atmósfera, la tensión particular que se desarrolla alrededor de un asesinato. Ustedes son, si se me permite decirlo, una partida especulativa y habladora, felices reuniéndose y acusándose el uno al otro de las invenciones más extraordinarias. Pero les falta la pasión de matar. Incluso miss Anne —Appleby sonrió—. Miss Anne que es la que me inspira mayor simpatía... incluso ella utilizaría únicamente dagas intangibles.

Geoffrey Roper se libró de un panecillo y pareció puerilmente complacido.

—Fue una gran suerte —dijo—, que una persona de su penetración se encontrase aquí.

Appleby se levantó y alargó su taza a Lucy para pedir más té.

—Naturalmente —continuó mientras iba a la caza del jarro de crema—, otros factores menos indefinidos apuntaban a la verosimilitud de un accidente. Toda la familia se había entregado a la práctica del tiro con revólver. El herido se imaginaba

ser un armero teórico y práctico...

—Gotas de Verona —dije.

Appleby sonrió.

—Las gotas existen... ¿pero son gotas de Verona? Más bien pienso que no... y eso es todo. Wilfred Foxcroft posee mucha información, en gran parte ligeramente confusa. Su destreza técnica sin duda se halla en el mismo caso.

»Estaba el arma. La bala, cuando fue recobrada, resultó tener una envoltura metálica, y eso suponía una pistola automática. Este arma es siempre más peligrosa que un revólver, puesto que cuando se quita la cámara suele quedar un cartucho. Es por esto por lo que tales armas comúnmente tienen un seguro hecho a conciencia. Esta pistola —y Appleby cogió el arma que yo había ocultado de forma tan funesta— normalmente lo tiene. La parte posterior de la culata lleva una palanca, de manera que el percutor y el muelle estén desconectados a menos que el arma se sostenga con la mano. Pero el diseñador no contaba con las rarezas mecánicas de Wilfred Foxcroft. Había vaciado la recámara, olvidando totalmente el cartucho que quedaba listo para ser disparado. Y entonces se había entretenido con el arma. Se había entretenido en la terraza. Y luego —habiéndose cansado, sin duda— puso la pistola sobre la balaustrada y la dejó allí. Quedó allí... prácticamente lo más parecido a una máquina infernal que podría idearse.

»Quedó allí mientras Hubert Roper estaba paseándose por la terraza; permanecía allí junto a su mano mientras estaba en pie y miraba al estudio. Permaneció allí, de hecho, hasta que Ferryman, habiendo llegado a su natural aunque falsa conclusión, la recogió para ocultarla. Y apareció finalmente en la mano de Ferryman mientras Roper regresaba de su paseo y fue observado por él.

—Pero mientras tanto —dijo Basil—, se había disparado.

—Mientras tanto se había disparado. Y ése era el enigma. O más bien el segundo enigma. Para mí, aferrado a la teoría del accidente, el primer enigma era la ausencia de un arma. Atribuí su desaparición a algún acto oficioso —Appleby me miró con ironía— y luego quedaba este segundo enigma. Los accidentes ocurren corrientemente cuando un arma se halla en las manos de alguien, o bien está en movimiento. Pero si ése no era el caso, si éste era un accidente del que nadie tenía conocimiento, ¿cómo pudo suceder? La pistola no podía haber estado sobre el escritorio: de ser así habría habido un chamuscamiento. De hecho, sólo podía haber estado fuera sobre la balaustrada; el tiro pasó a través de la ventana abierta por la rendija dejada en las cortinas por Wilfred Foxcroft. Pero si era así ¿cómo se había disparado? Puesto que, por muy peligroso que fuese el equilibrio en que se había dejado el mecanismo, algún agente explícito sería necesario. Pensé y experimenté varias cosas: un indicio de hiedra, una hoja arrastrada por el viento. Nada sirvió. Y durante todo el tiempo, irritantemente, supe que tenía la respuesta en algún lugar en mi cabeza.

—Niebla y nieve —dije.

—Exactamente. Sir Mervyn al volver del hospital, dijo algo acerca de la niebla y la nieve. Eso me hizo pensar en una poesía, una poesía que contenía la solución. Me eludía hasta que alguien hizo otra observación casual. Ferryman dijo algo acerca de que Cudbird era como el Antiguo Marinero. Era el *Antiguo Marinero* de Coleridge el que estaba acechando en mi mente. O más bien exactamente dos líneas de él.

*Y ahora llegaron la niebla y la nieve,
y sobrevino un frío asombroso.*

La solución estaba aquí. *Y sobrevino un frío asombroso.* Eso, ustedes recordarán, es justamente lo que sucedió anoche. Y fue el frío, al contraer ligeramente el metal de la pistola en el estado peligroso en que Foxcroft la había dejado, lo que ocasionó que el extremo del gatillo resbalase de la curva del percutor, disparándose así el cartucho. Fue tan sencillo como eso.

Appleby se levantó.

—Wilfred Foxcroft está en camino de recobrase. Cuando abandoné la habitación hace un rato fue para telefonar al hospital. Ha podido responder a una pregunta. Le preguntaron si recordaba haber dejado una pistola en la terraza. Respondió que sí.

»De manera que el misterio de Belrive ha sido lo que siempre esperé que fuese... un caso de Mucho Ruido y Pocas Nueces. Únicamente para el doctor Foxcroft, me temo que fue por un tiempo... bien, una Comedia de Horror. —Y Appleby avanzó hacia Basil como habría hecho la noche anterior si la cena hubiese transcurrido como estaba programado—. Espero que me perdonará aquel golpe. Y que su expedición a la niebla y la nieve será un éxito. Adiós.

Este libro fue impreso el mes de noviembre
de 1974 en los talleres gráficos
de Linomonograph, S. A.
Riera S. Miguel, 9
Barcelona



JOHN INNES MACKINTOSH STEWART (Edimburgo, Escocia, 30 de Septiembre de 1906 - Coulson, Londres, Inglaterra, 12 de noviembre de 1994) fue un novelista y académico escocés.

Estudió Literatura Inglesa en el Oriel College de Oxford. En 1929 estudió psicoanálisis en Viena. Fue lector de inglés en la Universidad de Leeds (Yorkshire, Inglaterra) entre 1930 y 1935. Se casó con Margaret Hardwick en 1932, tuvieron 3 hijos y 2 hijas. En 1936 se traslada a Adelaide (Australia) donde continúa su carrera como docente. Durante el viaje escribe su primera novela que publicaría como «Michael Innes», seudónimo que utiliza hasta 1986. En 1945 vuelve a Gran Bretaña y se establece en Belfast hasta 1948.

Entre 1949 y su jubilación en 1973 imparte clases en el Christ Church College de Oxford. En 1954 publica su primera novela con su propio nombre «Mark Lambert's Supper». También publicó estudios críticos sobre la obra de James Joyce, Joseph Conrad, Thomas Love Peacock Rudyard Kipling y Thomas Hardy.

Murió en Surrey, en el sur de Inglaterra, en 1994. Fue uno de los escritores preferidos de Borges y Bioy Casares.

Notas

[1] Otra de las innumerables citas literarias del texto. Esta proviene de T. S. Elliot. (*N. del T.*) <<

[2] Juego de palabras intraducible, entre el nombre de la criada (Rose) y «se levantó» (rose). (*N. del T.*) <<

[3] N.R.A.: National Recovery Administration: Oficina para la Recuperación Nacional. (*N. del T.*) <<